Edan Owicz

Más Allá del Paraíso

De Mis Padres

Enrique y Dora

A Mis Hijos

Alexander e Ingrid

In Memoriam

Michele Deron
Marcia Câmara
Fernando Lopez Yrala
Vaifro Meo
Víctor Atlas
Raúl Auteri
Marcelo Lartigue
Araguací de Mello Dutra
Aníbal Fernando
Elizabeth Gimenez Pastor
Isaac Tillinger
Júlio Motta
Raúl Crespo
Gustavo Bernáldez
Jorge Bernáldez
Carlos Federico Kauffmann
Juan José Terré
Esteban Bundza
José Castillo
Jorge Lanata

Agradecimientos

A Valeria R. Tapia

Y

Daniel F. Molinari

“Hay dos tipos de drama: el drama que se puede representar y el drama que no se puede representar. Este último participa de la epopeya. A los personajes humanos mezcla, como la naturaleza misma, otros personajes: las fuerzas, los elementos, lo infinito, lo desconocido.”

Víctor Hugo

PROLOGO

El objeto de esta obra es remitir al lector a un lugar y a una época que ya no existen. El intuito que me ha llevado a escribir estas páginas ha sido el de plasmar personajes y situaciones de tiempos pretéritos a lectores que no han podido participar de ellas y en alguna medida algunos se sentirán contentos de no haberlo hecho. Pido al lector que no tome estas páginas como si fuesen las de un libro de historia, puesto que no he tratado de seguir mi relato basado solamente en la descripción cronológica de los hechos relatados. Simplemente he tratado de ofrecer un aguafuerte de aquel tiempo en aquel lugar que espero, aporte algún valor su conocimiento. Más allá de los inevitables juicios sobre sus personajes y de quien los relata, es mi deseo que mi intención de remitir a una época desconocida para los más jóvenes, y recordar a los mayores con un cierto aire de nostalgia, cumpla mi objetivo.

Estas páginas componen una obra de ficción inspirada en hechos reales ocurridos en un lugar que ya no existe. He tratado de

respetar la humanidad de sus personajes en todo lo que me ha sido posible y en la medida en que mi memoria y mis escasos apuntes me lo han permitido. La mayoría de sus protagonistas ya no están entre nosotros o simplemente las aguas del río de la vida los ha arrastrado. Los nombres de algunos personajes y lugares han sido cambiados para proteger su verdadera identidad. Cualquier semejanza con personas, hechos y lugares es mera coincidencia.

El autor

Capítulo I

Encuentro mortal

Günther me invitó a entrar a su casa. Le dije que no podía; ya era tarde y debía regresar al trabajo antes de las doce para participar de la cena de navidad. El insistió y temeroso por su reacción, si me negase nuevamente, acepté. Entré en medio a dos enormes y feroces Rottweiler. Seguí avanzando pegado al corpulento alemán y sudando frío. Nos sentamos frente a un gran ventanal desde donde podía contemplarse toda la ciudad. Se acercó al bar y trajo un lujoso estuche lacrado forrado en terciopelo azul conteniendo una botella cerrada de cognac Hardy. Abrió la botella y nos sirvió. Brindamos y poco después comenzó a quedarse dormido sobre la mesa. Entonces lo llamé y le dije que tenía que irme. Se despertó de muy mal humor. Günther incorporó sus más de cien kilos y llamó a su casero. Este hizo su aparición y Günther le preguntó por Nina. El casero le respondió que se había arreglado y que había salido. Günther enfureció. En ese momento entró una mulata curvilínea y vulgar. Era Nina.

Günther le propinó una cachetada con tanta fuerza que la infeliz cayó al piso a unos dos metros de donde él le propinara el golpe.

—¡Te voy a matar! —le gritó a la mujer, que ya sangraba copiosamente por la naríz— y vas a ser testigo —dijo dirigiéndose a mí.

Veinte metros y dos peligrosos Rottweiler me separaban de la libertad. De poder abandonar esa pesadilla. Entonces la mujer se levantó y corrió hacia la puerta mientras Günther, poseído, había ido a buscar una escopeta calibre 12 de dos caños. La mujer ganó la calle y yo salí corriendo, logré entrar en mi auto y arranqué mientras los perros me ladraban enfurecidos llenando las ventanillas de baba. Escuché un disparo y el grito de la mujer. Vi como el cuerpo caía por el espejo retrovisor y los perros entraban a la casa mientras yo trataba de huir a toda velocidad. Entonces escuché un segundo disparo y el estallido de mi luneta trasera al tiempo que el auto se iba incontrolablemente hacia la izquierda en la pendiente por la que bajaba. Algunos perdigones le habían dado a las cubiertas del lado izquierdo. Entonces el auto volcó y giró una dos, tres, cuatro veces, mientras yo me asía desesperadamente al volante, hasta que finalmente el automóvil se detuvo con las ruedas hacia arriba. Permanecí inconsciente durante algún tiempo y sentí mi cabeza muy mojada. Pensando lo peor constaté que no era sangre; era nafta. El olor era muy fuerte y el contacto continuaba encendido a pesar de que el motor se había detenido. Salí por la ventanilla como pude y corrí. Milagrosa e inexplicablemente no fui alcanzado por los disparos a pesar de haber sufrido algunos cortes superficiales por los vidrios. Conseguí llegar hasta la avenida y pedí ayuda. Poco después vi como la policía y una ambulancia se dirigían a la casa de Günther. Llegué a mi casa a pie, me desvestí y me bañé tratando de

quitarme los vidrios que tenía clavados por todo el cuerpo. Entonces recordé la frase de Flavia:

"Un día vas a terminar mal y sé que no vas a tener nada que ver…"

❖ ❖ ❖

Capítulo II

El viaje

Caía la última tarde del mes de marzo de 1987 y el viejo ómnibus de la empresa que administraba las salinas más grandes del país se abría paso con dificultad por un camino olvidado, polvoriento y poceado. Lenta, pesadamente, a través de las ventanillas rayadas por el tiempo, desfilaba el paisaje del Norte del estado de Rio de Janeiro; más parecido al de un desierto que al del paraíso perdido anhelado con tanta fruición. La carrocería destartalada sufría solo un poco menos que sus ocupantes; entre los que me encontraba; a mis veintitrés años. Una niña negra sentada sobre la falda de su madre escudriñaba fijamente los ojos de los pasajeros atrás de ella. Se irguió sobre las piernas de su progenitora y se aferró

fervorosamente al pasamanos del asiento, embadurnado por una mezcla grasosa, oscura, de tierra y sudor amalgamados. Los asientos eran de fibra de vidrio; duros y sin tapizar, transmitían las imperfecciones del camino a los pasajeros. Un chupete atado a un repasador, que habría amanecido blanco, chorreaba sus hilos sobre su pequeño cuerpo cubriendo parte de sus piernas salpicadas por picaduras de insectos y cicatrices, que a esa edad no se merecen. Su tristeza precoz se dejaba vencer por la espontaneidad de la infancia y sin pudor exhibía sus dientes cariados con una ingenua sonrisa, sólo reservada a los puros de corazón.

Cuando alguno de los pasajeros la correspondía, avergonzada, la niña buscaba refugio detrás del respaldo del asiento y de las anchas espaldas de su madre, también poblada por cicatrices y queloides. Cada tanto la niña salía del cono de sombra de su escondite materno. Observaba y reía; una y otra vez. En el primer asiento una pareja de jóvenes turistas escandinavos trataba de encontrarse infructuosamente en un enorme mapa.

“La península es el paraíso, el mejor lugar del mundo…”

Había escuchado decir a alguien en alguna mesa del albinegro calçadão de piedras portuguesas de la Avenida Atlántica; entre turistas extranjeros, prostitutas y vendedores de fruslerías. Súbitamente el ómnibus frenó y algunas bolsas con las compras de

algún pasajero colocadas adelante, sobre el compartimiento del motor, al lado del chofer, cayeron y se rompieron. Los víveres se desparramaron por el piso del coche.

—Ay, Jesús —dijo una vieja negra, con el rostro arado de arrugas y desaliñada por el destino, mientras se incorporó y, torpemente se dirigió hacia las bolsas esparcidas por el piso. Su rostro denotaba sufrimiento; mas no uno reciente. Un sufrimiento que formaba parte de su ancestral desgracia, que se perpetuaría en su descendencia. Un sufrimiento que precedía al de ella, al de su infancia, al de sus padres. Un sufrimiento tan grande que había estado presente cada día de su vida. Degradándola, enemistándola con todo y con todos. En cada dura jornada de trabajo, aún esclavo. En cada ración, que un animal carnívoro se negaría a ingerir. En cada golpe recibido. En cada feto muerto abortado y enterrado en silente soledad, en cada nuevo amorío del hombre que le llenaba las entrañas con un hijo una y otra vez. Todo esto para, silenciosa, dolorosamente, arar cada surco en su rostro, como cuenta y marca su encierro el prisionero, cada uno de los días de su condena.

Su cabello alisado estaba quemado, seguramente por un peine de hierro heredado de alguien, que como ella, renegaba de su cabello crespo y grueso. Los cabellos opacos y duros estaban cubiertos por un pañuelo marrón que los empobrecía aún más. La negra se levantó de su asiento y avanzó lenta y grotesca y pesadamente, colgándose del pasamano del techo del coche,

alternando ambas manos hasta alcanzar sus provisiones desparramadas en la parte delantera. Un rayo de sol burló la densa camada de cúmulos que flotaba en el horizonte e iluminó la escena dándole un poco de vida a ese coágulo seco e inerte que era la vieja. Los vidrios de las ventanillas revelaban impresiones digitales superpuestas por incontables camadas de polvo. Partículas en suspensión iluminadas por la luz tibia danzaban y formaban círculos en el aire que ascendían en parábolas. El ómnibus se había detenido para permitir el paso de dos chicos arrieros.

Descalzos y a juzgar por sus cuerpos difícilmente pasarían de los once años. Con la frente severamente fruncida, una y otra vez sus vocecitas filosas cortaban el aire al forzar a una docena de bueyes a cruzar el camino.

Los chicos fustigaban a las bestias con cañitas. Los bueyes expresaban su disgusto con mugidos al tiempo que los observaban de reojo. Los cencerros que colgaban de sus pescuezos tintineaban lata sorda. Un perro bastardo y flaco ladraba sin parar mientras movía la cola. Un enorme macho bajó su cabeza y se preparó para silenciar al perro que le ladraba mientras observaba un becerro aparentemente decidido a abandonar el grupo. Uno de los chicos lo vio y en un movimiento certero tomó una piedra y se la arrojó al perro.

El proyectil dio de lleno en uno de los cuartos traseros del perro. Movió su cabeza y vio al buey a poco más de un metro de

distancia avanzando en su dirección. Giró y escapó. Los chicos volvieron a ser chicos por un instante y rieron a carcajadas. El perro transpiró vergüenza. El miedo se reflejaba en los ojos de los animales flacos y contrastaba con los cuernos del enorme macho, que no intimidaba a los chicos.

La vieja juntó los fideos del piso y les volvió a dar la vida cuando sopló la tierra antes de arrojarlos con desprecio dentro de una bolsa plástica que sobrevivió indemne a la frenada.

Una joven le sonrió mientras le alcanzaba restos de una bolsa de harina que le ofrecía cordial, al tiempo que le extendía su brazo; solidaria.

Nuevamente, la mujer tomó la harina de las manos de la chica y en su tragedia no le agradeció; no necesitaba hacerlo. El gesto de la joven era sólo una partícula de la deuda que la humanidad tenía para con los suyos desde la noche de los tiempos. El mundo le debía una vida mejor y nunca supo que ese desprecio que le expresaba a la joven con su silencio era su silenciosa forma de cobrársela. Volvió a su asiento, se desplomó torpemente sobre él y refunfuñó cosas ininteligibles. Su rostro se tensaba mientras sus ojos cercados por las blanquecinas aureolas de las cataratas escudriñaban meticulosamente la nada a través de la ventanilla; sus ojos se movían sin parar y probablemente casi sin ver. Ahora bueyes y chicos cruzaban el camino. El conductor tomó con firmeza la larga palanca de cambios con una toallita celeste que tenía el centro ennegrecido

por el uso. La palanca terminaba en una punta roscada donde debería haber una esfera faltante que facilitaba asirla. Estiró su brazo y tomándola firmemente tiró hacia atrás con convicción, moviéndola más de medio metro. La acción produjo un fuerte ruido de hierro contra hierro que estremeció la carrocería. El vehículo dio un salto descontrolado hacia adelante y se movió, seguido por un tironeo.

El ómnibus avanzaba ruidosamente mientras el chofer aceleraba a fondo. Parecía que los pistones iban a saltar fuera del bloque. Después de un minuto repitió la operación y con otro ruido semejante cambió de marcha. El motor agradeció. El ómnibus ganó un poco más de velocidad. De vez en cuando las ruedas caían en un pozo hondo y los chicos que viajaban sentados en el último asiento saltaban casi hasta el techo para luego caer. Se agarraban del aire y reían. Cuando acababa la breve experiencia antigravitacional aterrizaban violentamente en los asientos duros, sometiendo a prueba la dureza de sus cóccix. La vida se lleva mejor cuando hay alegría y se divertían. Un poco más adelante un viejo negro que llevaba un sombrero de paja, montaba una mula que lideraba una fila de otras tantas mulas de carga atadas entre sí, formando una caravana que venía de encuentro al ómnibus. A juzgar por la proximidad de la noche y por sus cestos de mimbre vacíos, la caravana regresaba de una bien sucedida transacción comercial, probablemente asociada a la venta de naranjas. Los animales

conocían el camino de regreso de memoria, garantizándole al viejo un viaje seguro a pesar del alcohol barato que seguramente, habría bebido antes de emprender el regreso. Al pasar el ómnibus el viejo se quitó el sombrero en señal de educación y dejó ver su cabeza casi rapada al tiempo que practicaba una tosca aunque respetuosa reverencia. El viejo y las mulas se perdieron en la indiferente y espesa polvareda con la que el ómnibus les devolvió el saludo.

El camino difícil fue substituido poco a poco por manchones obscuros, resabios de un pavimento en pésimo estado, salpicado por incontables pozos. El ruido del motor del ómnibus disminuyó cuando el chofer descubrió una aliviadora tercera marcha. Ya era de noche y una garúa tenue, sin viento comenzó a caer y se pegaba a los vidrios. Las ventanillas ahora parecían pinturas impresionistas al multiplicar y sublimar las gotas de lluvia coloridas que reflejaban las luces en la calle mojada. Los pasajeros iban abandonando el vehículo. El chofer arrimó el coche y ayudó a la vieja a bajar junto con los restos de sus compras. En el ómnibus sólo quedaban la pareja nórdica y el chofer. Finalmente el coche se detuvo en la calle lateral de una plaza. El chofer apagó el motor y las luces y se colocó la toallita que utilizaba para sujetar la palanca de cambios alrededor del cuello. Se secó el sudor y se apeó.

Podía escucharse una sibilante perdida de aire del sistema de frenos. Era el fin de la jornada, del camino; del viaje. Tan solo un punto final en algún lugar de la noche húmeda y pegajosa. Nada más.

❖ ❖ ❖

Capítulo III

Charla con el Diablo

El aire pesado flotaba sobre la plaza, que lucía olvidada. Había comenzado nuevamente una lluvia fina, de pequeñas y frías agujas. Las hojas de las tupidas amendoeiras[1] de la plaza tomaban brillo, un brillo que las tornaba más verdes; más vivas. Eran las aguas de Marzo cerrando el verano. Espectros murmurantes surgían del corazón de las sombras para desvanecerse tan rápidamente como habían llegado. La lluvia aumentaba sobre la Plaza Santos Dumont. Probablemente la mayoría de quienes la habían cruzado una y otra vez durante décadas de bautismos, casamientos y entierros, ignorasen aquel homenaje al padre de la aviación mundial. En la plaza había varios carritos que vendían hamburguesas y salchichas, iluminados por lámparas conectadas a la red pública de electricidad, dejando a la vista la instalación clandestina que permanecía impune, como en una kermesse silenciosa. Súbitamente el ruido de un motor de dos tiempos en una acelerada brutal irrumpió en la quietud de la noche, dándole una impronta vertiginosa que me erizó la piel. Era una motocicleta enduro, una Honda roja que su conductor estacionó delante de una de las tres enormes puertas de madera, embadurnadas de barniz brillante, de la Padaría La Boca y que daban frente a la plaza.

[1] **Amendoeira**: Almendro Malabar. Almendro de los trópicos (*Terminalia catappa*).

El humo azulado, perfumado por el olor a aceite quedó flotando en el aire. Los hombres que ocupaban las mesas de la panadería súbitamente callaron y produjeron un silencio profundo; perturbador. Un hombre morocho, alto y delgado, de facciones duras como la piedra, ligeramente encorvado como algunos boxeadores, de tanto hacer abdominales, se apeó y entró a la panadería. Tenía poco más de un metro ochenta de altura distribuidos en ochenta kilos. Vestía botas tejanas, jeans y un colorido chaleco búlgaro; ciertamente genuino. El chaleco cubría con dificultad parte de su exageradamente desarrollado torso, que terminaba en una cintura fina. Sus brazos eran colosalmente fuertes y trabajados, en contraste con sus piernas que parecían largos brazos, de tan finas. El cabello negro lacio estaba cortado prolijamente a excepción de una fina trenza que pasaba los veinte centímetros y que pendía sobre su espalda fundiéndose en el raso carmesí del chaleco. En el centro de su cabeza una línea imaginaria de cabellos erizados unía el medio de su frente hasta el comienzo de su nuca, recordando los grabados del último de los Mohicanos o los de los gallardos penachos que remataban los arrogantes cascos de la antigua Guardia Pretoriana Romana.

Sus ojos eran negros, hundidos e inquisidores y su mirada fría e impersonal; parecía atravesar todo lo que observaba. Entró con pasos largos, decidido. Miró en derredor. Sus ojos se posaron en los de todos y se detuvo un instante en los míos. Se apoyó en el

mostrador y mirando fijamente a los ojos del empleado inmóvil y pidió cerveza.

El empleado retrocedió y bajó la vista; obedeciendo. Un silencio sepulcral se apoderó del salón. Ahora solamente se escuchaba la voz del locutor de la Globo en el televisor, que hablaba sin parar. El hombre miró en derredor y sondeó los presentes hasta la médula. Detenidamente sus ojos de águila inspeccionaron una vez más las miradas esquivas. Me miró y sentí inmediatamente el respeto tácito que su mirada imponía. Sonrió y se aproximó a mi mesa.

Se dirigió a mí con un fuerte acento eslavo.

—¡Drago! —fue la única frase que profirió, al mismo tiempo que me extendió su enorme mano, llena de callos.

Se sentó a mi mesa mientras yo esperaba que me ayudase a comprender lo que él quería. Era yugoeslavo y como muchos, era una mezcla de embustero simpático, tahúr y seductor. Tal vez fuese la sangre latina la que causaba ese efecto, cuando combinada con la eslava. Adiviné un pasado doloroso, una infancia triste ya disuelta con el pasar de los años que le habían dejado un rictus propio de los niños que han sufrido en su infancia o que no la han tenido. Una personalidad fuerte, excesivamente fuerte, que buscaba compulsiva, desesperadamente asirse a algo, o a alguien, para tratar de borrar de un plumazo las cicatrices que llevaba en el alma. Al mismo tiempo esas cicatrices eran la espoleta que podían lastimar gravemente a

algún imprudente que se burlase de su desgracia; aunque fuese por única vez. Ese hombre estaba sentado frente a mí e intuí que él sabía más de mí que ciertamente yo de él.

Me preguntó si yo sabía quién era él con una sonrisa irónica mientras se debruzaba sobre la mesa en dirección a mí, al tiempo que me clavaba los ojos. No supe a ciencia cierta hacia dónde apuntaba su pregunta: si lo conocía, si sabía de lo que era capáz... ¿si sabía quién era aquel hombre que me indagaba en forma misteriosa?

Levanté mis ojos y lo observé.

—¡Soy el Rey de este lugar! —exclamó, imbuido de una especie de delirio místico.

—¡Bien! —le respondí, prudente. Demostrándole respeto, tal vez temor, al inferir que si él percibía que le temía, no le ofrecería peligro alguno y hasta podía llegar a granjearme su simpatía.

Pidió otra cerveza, que ofreció convidarme. No me sentí cómodo, tal vez por no estar a la altura de las circunstancias; a pesar de haberme encontrado en muchas situaciones bizarras desde mi más tierna infancia. Pidió la cuenta, miró fijo al empleado y le pidió que las pusiera a su nombre. Al final del salón un hombre de cabello gris nos observaba con atención. El empleado asintió con la cabeza y extendió

el brazo con el pulgar hacia arriba, en señal de aprobación. Drago me tendió su mano y se despidió sonriente.

De un salto montó en su moto al tiempo que aplicó una violenta patada para ponerla en marcha. Enseguida una fuerte acelerada y una enorme nube de humo azulado es el único rastro que dejó en las sombras. Lo contemplé y volví a sentarme. El hombre que nos observaba se acercó y me habló.

—¡Disculpame! ¿Sabés quién es ese tipo? —me preguntó en perfecto castellano rioplatense.

Bronceado, en sus cincuenta y tantos, bien afeitado y con sus cabellos platinados prolijamente peinados hacia atrás con gomina. Tenía las facciones de un moro. Su cinto marrón combinaba con sus mocasines impecablemente lustrados. Vestía una camisa celeste de mangas largas, prolijamente dobladas hacia atrás. Parecía un estanciero del Río de la Plata aunque no lo era. Era uruguayo pero no estanciero. Jorge Semper era su nombre. Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de su camisa del que me convidó uno, luego se sirvió él y continuó. Lo observé y me pareció un personaje salido de un filme francés; tal vez porque reflejaba un poco la época de Jean Rochefort, Jean Gabin o Jean-Louis Trintignant; Jorge tenía un poco de cada uno. Fumamos, bebimos y se confesó. Tal vez impulsado por el raro fenómeno que en ocasiones hace que nos sintamos a gusto

con un desconocido y seamos capaces de relatarle nuestros más sórdidos secretos con lujo de detalles.

Así, no le costó tanto contarme su vida en lo que tardamos en beber poco más de cuatro cervezas. Despreciado por sus hijos debido a su afición a la bebida y las mujeres, decidió hacer una última apuesta lejos de los juicios familiares, ahora en compañía de su nueva pareja: una abogada de su misma edad, hija de una familia de clase media de la Baixada Fluminense[2]. Me miró fijamente a los ojos, preocupado, como si fuera un hijo suyo.

—Bueno...; acabo de conocerlo. Me dijo que es yugoeslavo. Parece un tipo duro.

—Creo que te dijo algo que debería haber llamado tu atención —replicó arqueando las tupidas cejas negras.

—Sí. Me dijo que era el Rey de este lugar... Tiene sentido del humor —agregué.

Jorge me tomó la mano con firmeza y me miró fijamente. Lentamente mi sonrisa dio paso a una mueca de preocupación. Entonces tuve que aceptar que era algo serio lo que él me presentaba.

[2] **Baixada Fluminense**: Región del estado de Río de Janeiro conocida hasta el siglo XIX como Bajada de la Guanabara. En el siglo XX comenzó a recibir obras de drenaje para recibir migrantes de otras regiones en busca de mejores condiciones de vida en la entonces capital federal. A partir de 1950 consolidó su imagen como región de grandes problemas sociales y violencia urbana que perdura hasta hoy.

—Ese tipo es loco. Un mercenario, un loco de la guerra. No te le acerques. Hay que evitarlo todo lo posible, sobre todo jamás te acerques a su cabeza. Un cabezazo de él es el equivalente a recibir un tiro en el medio de los cuernos. Se dice que tiene una ballesta con mira laser y algunos dicen que es un contratista. Un tipo que acepta ser contratado para matar personas.

—¿Para matar? —le pregunté incrédulo.

—Sí. Para liquidar, para matar; es un asesino.

Cuando entendí lo que Jorge acababa de decirme quedé mudo.

Le dije que me parecía que estaba exagerando. Podía entender que el tipo no le agradase, pero...

Jorge prosiguió, en su afán de convencerme.

—Drago significa querido en algunas lenguas eslavas. El es yugoeslavo. Nadie que yo conozca sabe su nombre completo. Dicen que quedó huérfano a los catorce años y que fue a parar a un reformatorio por haber matado a un amante de su madre cuando salió de sí al sorprenderlo mientras la golpeaba brutalmente hasta casi matarla. Se dice que de no haber sido por él ella hubiera muerto. Del reformatorio consiguió escaparse varias veces. Finalmente consiguió alcanzar la frontera francesa donde conoció e hizo algunos negocios con otros como él. Preso y condenado varias

veces, incorporó la esperanza de una identidad y de una vida nueva después de fugarse y conseguir enrolarse en la Legión Extranjera.

Entonces Semper hizo una pausa para invitarme otra cerveza que pagó en el acto.

—Después de algunos años Drago se rebeló contra la disciplina de la Legión y se granjeó la enemistad de sus superiores —continuó — huyó de la Legión tres veces. Las dos primeras lo agarraron lo juzgaron y lo condenaron a permanecer un buen tiempo en una prisión de la Legión. Probablemente en ese lugar conoció a otros delincuentes mercenarios con los que huyó. La tercera vez que consiguió huir llegó a Paris, donde ya tenía algunos contactos. Con un cómplice planearon y concretaron el robo de una famosa joyería parisina, pero sin disparar un único tiro. El y su cómplice consiguieron escapar en medio de una fuga de película.

Consiguieron hacerse con el botín y huir con él hacia Brasil. Ambos pasaron un tiempo en la ciudad de Río de Janeiro gastando dinero en alcohol, mujeres y drogas. Después de comenzar a llamar mucho la atención, vinieron hacia acá. Aparentemente su cómplice no se sintió a gusto y desapareció. Nunca más se supo nada de él.

Permanecí en silencio escudriñando los ojos de Jorge. Tal vez alguna parte de mí esperaba que todo lo que acaba de decirme se desmoronase en un atisbo de sonrisa por parte de él y que delatase la tomada de pelo que acababa de hacerme. Pero mis esperanzas se

desvanecían. Ese gesto nunca llegó. Jorge me había prevenido: yo había compartido la mesa con el mismísimo Diablo.

—Bueno: no es para que te suicides. Es para que sepas quién es él. Y vámonos a otro lado que no aguanto más este lugar — refunfuñó Jorge con hastío. Un hastío que le provocó repulsión a juzgar por su expresión. Porque si bien estaba jugando su última carta en ese lugar recóndito del mundo, sabía que el precio era alto y le disgustaba pagarlo.

Dejamos La Boca en silencio y vimos dos automóviles VW Brasilia estacionados en la plaza; justo delante de los carritos que vendían salchichas y hamburguesas. Sobre el techo de las Brasilias, minúsculos carteles de Taxi apagados podían adivinarse a la distancia.

—Mirá —me dijo— por lo menos hay dos taxis — señalándomelos con el dedo.

A medida que avanzábamos hacia la Calle de las lajas, una banda ejecutaba una marcha. El volumen aumentaba paulatinamente hasta que doblamos en una esquina. Allí se erguía un templo evangelista. Nos detuvimos y observamos algunos adolescentes que se reían y jugaban atrás de los barrotes de hierro fundido que terminados, en punta de lanza, protegían un bullicioso paraíso perdido (que no era el de Milton), del mundanal silencio regado con llovizna. Dos paisanos apostados a ambos lados de la puerta principal vestían

trajes pasados de moda, dos talles más grandes de lo que les correspondían. Lucían corbatas con nudos pequeños y apretados. Se diría imposibles de deshacer. Parecían hombres mal disfrazados.

—Gracias a Dios no profeso ninguna religión —dijo orgulloso.

Le respondí que yo tampoco lo hacía y hasta habría podido afirmar que me consideraba un tipo afortunado por no hacerlo. Creía, y aún lo hago, en Dios y fui educado a respetar la libertad de culto aunque haya cultos más primitivos que otros. Después de todo alguna vez me cuestioné si existía algo más primitivo que las religiones en sus infinitas variables.

—Mirá: ese tipo cree que va a conseguir redimir el mundo de sus pecados azotando una batería.

Un bajo y una guitarra desafinados y exageradamente amplificados eclipsaban las voces de los integrantes del coro, de quienes sólo podía adivinarse que intentaban cantar a juzgar por la mímica de sus bocas. Hombres y mujeres de todas las edades uniformemente vestidos, formaban el coro. A las mujeres los largos cabellos divididos al medio les caían en cascada por la espalda hasta la cintura. Las más viejas tenían los cabellos completamente blancos y no usaban maquillaje. Jorge y yo los contemplamos por un instante. Entonces Jorge dijo con un indisimulable hastío:

—Son todos tarados.

Le dije no estar de acuerdo con esa observación; lo que no pareció importarle. Me respondió que esa pregunta debería ser formulada a Dios. E insistió aún:

—Son tarados. Mirá: vos venís de una buena familia, me parece, por lo poco que te conozco. Parecés ser un tipo leído, educado, culto; si te gusta más. ¿Vos crees que por venir a torturar a los vecinos todos los días, Dios te va a hacer un lugarcito al lado de él? O mejor: ¿creés que si no venís hasta este templo, Zeus, Dios, Jehová, el Gran Arquitecto del Universo o Allah, o como quieras llamarlo, te va a lanzar un rayo certero en el medio del culo?

—No.

—Bien. ¿Sabés por qué me das esa respuesta...? Porque no pertenecés al mundo de los tarados.

Le pregunté hacía dónde nos dirigíamos y me respondió que hacia una posada cercana que no era cara. Luego señaló una casa señorial en la acera opuesta. Me sugirió que antes de registrarme preguntase el precio, por las dudas. Con el mentón me señaló a un hombre corpulento de unos cuarenta años, de cabello blanco, que marchaba apresurado por la vereda de enfrente.

—Ese es Carcará —dijo Jorge. Un amigo de Drago.

Carcará tenía un comercio que no casualmente se llamaba Drugstore, a pocos metros de allí. A la vuelta de la esquina.

—Andá a averiguar por la posada. Yo me quedo acá a fumar un cigarrillo. Si no venís en un rato, me voy y mañana paso a buscarte a media mañana, así charlamos un poco más, mi mujer está en Niteroi así que no tengo problema de horarios; por lo menos hasta que vuelva.

Antes de entrar me detuve y observé el edificio. La austera, aunque sólida construcción, se erguía sobre la calle de lajas. La puerta de madera de la entrada tenía dos hojas con varias camadas de pintura multicolor acumuladas por los años. En un cartel de madera se leía: Posada do Mar. Entré y un joven mulato sentado en un pequeño banco de madera, se levantó y vino a mi encuentro sin desviar los ojos del pequeño televisor. Finalmente me miró directamente a los ojos y me saludó. Vi la habitación que quedaba en el primer piso. Una sólida escalera de madera conducía a la habitación. Oía el ruido de las pequeñas olas golpeando la arena a pocos metros. Al observar la playa pude adivinar la espuma blanca que se desvanecía cuando el agua regresaba al mar. La puerta de entrada y una discreta ventana protegida por gruesos postigos de madera daban a un patio interno con plantas. En ese patio había una puerta cerrada que permitía un exclusivo acceso a la playa. Se podían ver las pequeñas embarcaciones danzando al ritmo de un suave vaivén sin fin. La habitación estaba bien ventilada y era alegre; parecía salida de un cuento de hadas. Las paredes eran blancas y los

muebles rústicos estaban patinados con algunas discretas flores naif pintadas a mano, que proporcionaban un toque minimalista; de buen gusto. Me sentí cómodo a pesar de estar exhausto. Decidí tomar la habitación. Después de discutir el precio pagué por adelantado. El recepcionista se retiró y me recosté sobre el cubrecama, aún vestido. Abrí la ventana y sentí la brisa del mar. Apagué la luz. Ahora escuchaba el ruido de las olas con más claridad. Pensé en ir al baño por causa de la cerveza, pero desistí. No quise cortar el sutil encanto de ese momento. Pensé que era bueno que estuviese solo; cerré los ojos y sonreí. Saboreé mi soledad y dormí.

❖ ❖ ❖

Capítulo IV

El paraíso

A la mañana siguiente desperté con el sol tibio de la mañana acariciándome el rostro. Abrí los ojos y traté de situarme. Eran las

nueve de la mañana. Recorrí la habitación con los ojos y fui hasta el baño. Al abrir la ducha sentí una pequeña descarga eléctrica en la punta de los dedos; al probar el agua la sentí ligeramente salada. Terminé de asearme, me vestí y bajé al lugar donde era servido el desayuno. El día estaba espléndido y no había nubes en el cielo. Josué, el recepcionista, no estaba. En su lugar, una bella mujer de unos cuarenta y pocos años conversaba animadamente con Jorge. La mujer se dirigió a mí en tono cordial y me preguntó si había llegado en la víspera. Era afable, aunque inquisidora. Saludé a ambos, le respondí y le pedí a mi nuevo amigo que me acompañase a desayunar. Su nombre era Andrea; era la gerente. Una egipcia nacida en Alejandría que había vivido años viajando por el mundo como azafata. Luego se había instalado en Buenos Aires y después en Bariloche. Me preguntó si había descansado bien, si estaba todo en orden con la habitación e indagó discretamente sobre mis orígenes e intenciones. Me ofreció huevos revueltos que en un instante me haría preparar. Acepté y me informó, no sin cierto pesar, que yo era el único huésped; al menos por el momento.

Nos acomodamos en una mesa que daba a un enorme ventanal. Desde allí una fantástica vista de la playa nos quitaba la respiración; gracias a la fantástica imagen de un mar sin fin. Tres metros más abajo la arena se fundía con el mar. La mesa estaba adornada con una flor de hibisco roja aún fresca. La gerente llamó en voz alta a una tal Cleidinéia. Una hoja de la enorme ventana estaba abierta y

dejaba entrar el olor a yodo del mar calmo; sin olas que parecía una enorme piscina. En el horizonte una cadena montañosa se recortaba nítidamente fundiéndose con el cielo. Al final del salón, sobre la mesa donde estaba servido el desayuno, una voluminosa biblioteca revelaba, los gustos de los dueños del lugar, sumados a los de algún turista que después de haber leído su libro lo habría donado.

—Usted no tiene que estar en la calle. Le pago para que trabaje, no para que esté en la calle —se escuchaba a la gerente reprendiendo a alguien.

Ella regresó, se disculpó y explicó que los termos contenían café, leche y agua caliente. Sobre la gran mesa había jamón y queso, las frutas frescas estaban dispuestas con esmero. Una negra simpática me trajo los huevos revueltos todavía humeantes. Forzando una sonrisa, la empleada colocó delicadamente el plato sobre la mesa y deseándome buen apetito se retiró. La gerente era culta y elegante, con ojos cautivantes que contrastaban con cejas oscuras perfectas. Su sonrisa era maternalmente cordial a pesar de que la vida la condenara a no tener hijos. Su voz era melodiosa y pausada. Comentó que en esa época no había mucho movimiento. La mayoría de los turistas, sobre todo los extranjeros llegaban en enero. En forma espontánea me expuso su hartazgo por la gente que raramente salía de sus casas o que viajaba por primera vez. Tal vez para darle una pincelada colorida al aguafuerte gris de sus vidas que transitaban agrupándose en hordas donde intercambiaban las

vivencias de sus existencias miserables, más preocupados con la apariencia y las conversaciones fútiles que en verse tal cual eran. Nos habló sobre lo ávidos que llegaban tratando de llenar sus mentes con las más variadas informaciones sin sentido. Argentinos en su mayoría. Personas que vomitaban su incontinencia verbal de la misma forma que sus hijos llenaban cuanto recipiente encontraban con caracoles, algas y piedras: todo depredado impiadosamente de las playas locales.

Pero esas colecciones no eran transportadas de regreso a casa, con el equipaje familiar. Las colecciones, ya habiendo comenzado el normal proceso de descomposición eran abandonadas con desdén, haciendo las veces de grosera propina para las mucamas, quienes con infinita paciencia y resignación, tal vez heredadas de los tiempos de la esclavitud declarada, las retiraban una y otra vez de los placares de las habitaciones; lenta, silenciosa y resignadamente. Las toallas blancas eran usadas para limpiarse los zapatos y los restos de mortadela que guardaban en los frigobares de las habitaciones, desarrollaban colonias verdes de bacterias. La gerente se preguntaba si en sus casas harían lo mismo. ¿La respuesta era obvia? No. No lo era… Ella mostraba su hastío en responder las preguntas obvias que le formulaban los turistas. La seguidilla incluía las más absurdas comparaciones con sus ciudades de origen, o playas, con las de la península. Entonces le pregunté, ingenuo:

—¿Cuánto tiempo hace que está acá?

Ella sonrió e inclinando su cabeza amablemente, con aire maternal e infinita compasión para con ella misma y para conmigo, paciente, me respondió.

—¡Demasiado...!

Café cortado, un sándwich y un vaso de jugo de naranja recién exprimido conformaron mi desayuno. Encendí un cigarrillo, tomé mi mochila y salí con Jorge. No sin antes dirigirme a la biblioteca para tomar un libro. A pesar de estar escrito en portugués, opté por Os Sertões, de Euclides da Cunha[3]. El libro tenía varias discretas notas en lápiz donde, quien me hubiera precedido en su lectura y con bella caligrafía, había traducido varias palabras. Dejé la llave en manos de la gerente y salimos.

La calle de las lajas tenía unos cuatrocientos metros de largo. Los recorrimos juntos. El porqué del nombre no tardó en revelárseme. Enormes bloques de lajas, piedras plomizas brillantes, e irregulares, la pavimentaban en toda su extensión. Todos los comercios están cerrados a las once de la mañana de un lunes: La Poste Restante, Estalagem, O Repouso do Guerreiro y Abracadabra eran algunos de los nombres que silenciosamente ostentaban; rústicamente tallados en gruesas planchas de madera colgadas por cadenas. La recorrimos

[3] **Euclides da Cunha**: (Cantagalo, RJ, 20 de enero de 1866 – Piedade, RJ, 15 de agosto de 1909). Escritor, sociólogo e ingeniero brasileño. Su obra más importante fue Os Sertões, relato de las expediciones militares brasileñas contra el pueblo de Canudos. Da Cunha fue influenciado por el naturalismo humanístico y el darwinismo. Murió cuando intentó matar un amante de su esposa, quien lo mató de un tiro.

[?] **Traineira**: Embarcación motorizada, con red de arrastre por la borda y que en el Sur de Brasil es utilizada en la captura de sardinas. Posee una cabina cerrada y bodega para el pescado.

dos veces y luego decidimos ir a una de las playas. En el camino nos detuvimos para adquirir un dibujo que hacía las veces de mapa, en el único quiosco de diarios que encontré. En la tapa de La Nación se destacaba la llegada de Juan Pablo II a la Argentina. Nos dirigimos hacia el norte. Cruzamos la Armação y pudimos ver una gran cantidad de traineras[4]. Los pequeños barcos de pesca señalaban la dirección de la brisa con sus proas. La gente nos observaba a nuestro paso. Algunos nos saludaban y devolvíamos el saludo; como si nos conociéramos. Nos sentamos a la sombra de un frondoso almendro. El lugar era apacible y casi desierto, a no ser por una única pareja que intercambiaba caricias a unos cincuenta metros de donde nos encontrábamos. Los reconocí. Era la pareja que consultaba el mapa en el ómnibus en la víspera. Reían y jugaban como chicos. Rodaban en la arena. La mujer dejaba escapar unos gritos infantiles. Disfrutaban de un momento de plena felicidad. Pasé el día leyendo y alternando la lectura de Os Sertões con charlas breves con Jorge, consultas a mi pequeño diccionario y bebiendo algunas cervezas con él en un pequeño bar improvisado en el living de una casa de pescadores que había frente a la playa.

Una moto enduro roja se aproximó, pero Drago no estaba en ella. La montaba una hermosa rubia de unos veinticinco años.

—Mirá que hermosa —dijo Jorge, señalándola con el mentón.

4

La mujer estacionó su moto a la sombra de un almendro y pasó frente nuestro. Busqué su mirada con insistencia. Finalmente se quitó sus anteojos ahumados y pude ver sus ojos que me miraron. Nos saludó escueta y seria. Continuó caminando sobre la arena caliente. No pude evitar mirarle los senos, grandes y firmes. Jorge suspiró. La cabellera rubia de la mujer le llegaba hasta la cintura. Jorge me dijo que era argentina, se llamaba Verónica y trabajaba en La Crêperie; era una de las chicas de Drago.

Jorge se levantó y se despidió.

Al dar vuelta una página del libro cayó una hoja cuadriculada escrita por la misma mano que habría tomado los apuntes, a juzgar por la caligrafía. La leí. El autor de las notas se refería a la relación de la península con los extranjeros que databa de la época del mismo descubrimiento del Brasil. En el siglo XVI, la zona era habitada por las tribus tupinambás, que cazaban, pescaban y cultivaban maíz y mandioca. Tenían contactos con contrabandistas y corsarios franceses, quienes usaban las bahías escondidas para comerciar madera y esclavos, especialmente el pau-brasil. En el siglo XVII, los portugueses expulsaron a los franceses tras conflictos violentos que afectaron a los tupinambás. Después, la región se dedicó a la agricultura, ganadería y grandes haciendas, relegando la pesca por décadas. Se revelaba el sufrimiento causado por el comercio de esclavos, que enriqueció la potencia colonial a costa de innúmeras vidas. Se mencionaba en el escrito el dolor de los esclavos, el

comercio de maderas y la caza indiscriminada de ballenas. Tras la prohibición del comercio de esclavos la economía se basó en la agricultura y la pesca hasta que la compañía discográfica Odeón invirtió en tierras en la península en 1964. Luego, una actriz francesa, símbolo sexual del cine y su novio, visitaron la península; transformándola en un destino turístico comparable a Saint-Tropez.

❖ ❖ ❖

Capítulo V
La France

Como todos los días, la vida comenzaba en La Boca. Las huestes que invadían la península, compuestas en su mayoría por cariocas y mineiros[5] comenzaban a despertar y a dirigirse, perezosos, a la panadería. En aquella época solo había tres panaderías: la Boca, la de Guilherme, sobre la Turibe de Farías y Mr. Pão, de Bob; en Manguinhos. El sol ya estaba alto y los turistas se apresaban para salir, desayunar, almorzar, ir hacia las playas, etc.; todo al mismo tiempo. A la entrada, un grupo de turistas preguntaba por los horarios del ómnibus hacia la capital. Los coches de la única empresa que cubría el trayecto partían de la puerta de la panadería.

Con cara de profesional, Carcará, dijo que podía conseguirles a las españolas lo que buscaban, en ese mismo instante. Un domingo a las siete de la mañana. Ellas todavía vestían elegantemente de largo y llevaban su calzado en la mano.

—¿Cuánto van a querer? —preguntó Carcará.

[5] **Mineiro**: Nombre familiar con que se designa a los habitantes oriundos del estado de Minas Gerais.

—Pues cinco.

—Ciento cincuenta dólares —respondió Carcará con el rostro desencajado por los excesos de la noche, que combinaba con el de las españolas.

—¿Y tú nos lo traes aquí…? —le preguntó Carmen, desconfiada.

—Claro.

—Pues ¿qué hacemos, Carmen? —preguntó Mercedes. ¿Te ha quedao dinero…?

—Pues creo que tengo. Déjame ver —dijo, mientras abría su pequeño sobre de lentejuelas plateadas— sí, tengo doscientos dólares —respondió Carmen, con alguna dificultad para articular las palabras. De su sobre cayeron al piso de la panadería un lápiz labial, una tarjeta de crédito, tarjetas de la posada donde se hospedaban y algunas servilletas.

—¿Y cuánto me van a dar por el servicio? —preguntó Carcará, mientras desviaba su vista hacia la calle.

—Veinte dólares —dijo Mercedes, mientras miraba a Carmen, como si esperase su consentimiento.

—Cincuenta —dijo Carcará.

—Joder, tío. ¿Cincuenta pelas? Ni loca.

—Entonces no hay trato —dijo Carcará, grosero.

—Vete a la mierda —dijo Carmen, mientras Mercedes intercedía entre ambos— mira Carmen, ya es tarde. No conocemos a nadie a no ser esos tíos que, acabaron timándonos.

—Que tan mal no lo hemos pasado —dijo Carmen, mientras esbozaba una sonrisa cómplice.

—Mira Carmen, nos tomamos otra cerveza mientras esperamos a este tío, vamo a la posada, nos preparamo un buen desayuno, como pa´despertarno… y nos marchamo a la playa. ¿Vale?

Carmen miró a Mercedes a los ojos y bostezó.

—Vale. —respondió al tiempo que extendía su mano abierta para chocarla con la de su amiga.

—Está bien —dijo Mercedes, tomando el dinero de la mano de Carmen—, aquí tienes los ciento cincuenta y aquí están los cincuenta pa’ti —le dijo a Carcará mientras guardaba el billete de cincuenta dólares bajo uno de sus senos— pero tus cincuenta sólo te los daré cuando regreses. Si no es buena te la llevas y nos devuelves el dinero.

—Hecho —dijo Carcará, mientras tomaba el dinero de las manos de la mujer y sus ojos tomaban un brillo especial— volveré; pero espérenme aquí. Pase lo que pase no se muevan de aquí.

Carcará, se levantó y salió con paso vivo. Las dos mujeres pidieron otra cerveza y otro paquete de cigarrillos. Poco después,

dos zombis les estaban pidiendo cigarrillos y fuego mientras iban acomodándose a su mesa, fumando, gesticulando y bebiendo con ellas.

La panadería era el único comercio que oficiaba de bar a las siete de la mañana. Tanto para los pescadores que querían tomar un coñac, o una cachaça, antes de abordar sus traineras y hacerse a la mar, como para los desvariados viajeros en su inevitable regreso hacia la realidad, desde las recónditas e insondables incursiones nocturnas; cuando el único antídoto contra las grandes aspiraciones que los mantenían estúpidamente despiertos era un coñac doble, acompañado de algunas cervezas. Las miradas vacías, los ojos hundidos de hombres y mujeres, con el juicio, el decoro y la dignidad perdidos, a juzgar por el rimmel y el lápiz labial corridos, sumados a las espasmódicas sonrisas, a las carcajadas que rayaban lo psiquiátrico y a los escotes tan naturales como casuales que transformaban en monstruosos payasos a las más agraciadas. El sol ya estaba alto y las españolas todavía querían continuar empolvándose la nariz, sin importarles el precio que pagarían. En ese instante o varios años después. Irracionales discusiones donde todos se sentían dueños de una verdad absoluta e inmutable que parecía haberse rebelado espontáneamente, se prolongaban hasta que el dinero se acababa. Entonces todo terminaba dramáticamente. La imposibilidad de una póstuma dosis de placer, de fumar un último cigarrillo por la mitad, mendigado, aunque solo restase la mitad y los

restos de saliva de su dueño anterior se sintiesen al contacto con los labios y de beber una cerveza más, aunque fuese de modo indigno, los hacía estrellarse violentamente contra la realidad de la vida que corría a su lado sin esperarlos; ignorándolos con desdén. Con el canto irritante de las cigarras como cortina de fondo, que anunciaban con su tensión un tórrido nuevo día de verano, que les taladraba los oídos y los nervios a esa suerte de vampiros; raras criaturas de la noche que, insaciables, querían más. Aún más…

—Que ya son las once y ese hijo de puta no regresa —dijo Mercedes.

—Pediré otro brandy —respondió Carmen, con los ojos completamente desencajados.

—¿Tienes pitillos, aún?

—Sí. Toma —dijo Carmen mientras hurgaba con sus dedos huesudos en el paquete vacío—. Bueno: creo que se han acabado. No. No tengo más…

Carcará nunca volvió. Había timado a las españolas en ciento cincuenta dólares.

Me dirigí al mostrador y pedí un café cortado y un tostado. Bajo el techo de tejas que cobijaba la amplia galería, un hombre de barba blanca y mirada melancólica vendía libros usados que había desparramado sobre la vereda. Sentado sobre una saliente bajo el

alero de la panadería se acomodaba el vendaje de sus pies, que parecía adherirse a las heridas gracias a la sangre coagulada. Estaba sentado sobre una especie de banco de cemento que formaba parte de la pared, con una pierna flexionada sobre el pequeño muro, donde exhibía sus libros. El hombre estaba recostado contra la pared de la panadería mientras su otra pierna descansaba extendida en el piso. Los anteojos con los cristales rayados y pegados con cinta adhesiva pendían de un cordón de zapatos atado a su cuello. Me detuve a observar los títulos de los volúmenes que vendía. Esperando a Godot, O beijo no asfalto, de Nelson Rodrigues, Un hombre, de Gironella, Cuentos de la selva, El imperio jesuítico y otros. Por un instante me abstraje en los títulos y sus autores. El hombre tenía una voz pausada y cadenciosa y me dijo que podía hojearlos.

—Son usados —me dijo el guardián de los libros, que se presentó como Mariani— ¿a este lo conocés...? —me preguntó al tiempo que se agachó y me ofreció el ejemplar de Un Hombre, de Gironella.

Me explicó que con esa obra, Gironella, ganó el Premio Nadal en 1946.

—Es muy bueno. La semana pasada vendí su trilogía. No quería venderlos por tan poco dinero, pero tenía que comer —dijo resignado, bajando la vista al tiempo que sacaba un paquete de cigarrillos aplastado, del bolsillo de su camisa.

Encendió uno, me miró y con su voz ronca pero dulce y pausada elogió mi interés por la lectura.

—Es raro que a un pibe de tu edad le gusten los libros hoy en día.

—No soy tan pibe. —le respondí.

—Sos un pichón. Lo que te quiero decir es que la mayoría de los chicos y chicas que andan por acá, lo único que hacen es pasarse de rosca. Está bien; son vivencias. Para todo en la vida son necesarias las vivencias. Sin vivencias no existís. Pero si le agregás estilo y angustia sos Quiroga o Poe. Si no, no pasás de un idiota más. Es como si comparamos al enfermero del hospital con Oscar Wilde. ¿Qué tienen en común? Nada. Algún idiota te va a decir que lo que tienen en común es que a los dos les gustan los hombres.

No pude contenerme y solté una carcajada. Mariani también rió y su risa pronto se convirtió en una tos pesada, tal vez por los años acumulando todo tipo de excesos.

Era Reynaldo Mariani. Uno de los arrojados e irreverentes protagonistas de la vanguardia literaria argentina de los años sesenta. Había sido editor de la revista literaria Opium; sobrino del poeta y escritor Roberto Mariani: quien fuera corrector de textos de Roberto Arlt y autor de un volumen llamado Cuentos de la oficina. En una oportunidad, Reynaldo Mariani, completamente ebrio, olvidó la

mitad de una herencia en un tren y gastó la otra mitad en un proyecto editorial. Amigo de Jim Thompson[6]; habitante irrecuperable de pensiones y tugurios, dueño de una vida plagada de vivencias, placeres, excesos y alcohol.

Sus pies estaban excesivamente hinchados y las vendas teñidas por una substancia rosa oscuro y aguachenta. Era la sangre que le supuraba a través de la piel de las piernas.

—Se me hizo una trombosis; o mejor, dos —me dijo— una en cada pie. Es por el chupi. ¿Viste? Pero ahora me estoy cuidando. Por eso me pongo con los pies para arriba.

Le pregunté si quería comer algo y me dijo que aceptaba si yo lo acompañaba. Regresé a la panadería y pedí otro tostado y una cerveza. Compartimos la cerveza y algunas informaciones personales como si fuésemos dos viejos amigos que vuelven a reencontrarse después de largo tiempo, tratando de ponerse al día con los últimos acontecimientos.

Mariani me confió haber pertenecido al grupo Fontana[7]. Supe de la existencia de ese grupo cuando a mis nueve, o diez años caminaba por el centro de Buenos Aires con mi padre. Más precisamente por la Avenida Corrientes, mientras ambos

[6] **James Myers Thompson**: (Anadarko, Oklahoma, 27/9/1906 - Huntington Beach, California, 7/4/1977) fue un escritor y guionista estadounidense de novelas de género negro. Reconocido como uno de los tres más grandes escritores del género junto a Dashiell Hammett y Raymond Chandler.

[7] **Alberto Fontana:** Psicoanalista argentino creador de grupos de terapia que utilizaban LSD. Tiempo después lo utilizó en sesiones de terapia de grupo para niños y adolescentes. Al final de los 60’s, el LSD fue declarada droga ilegal en la Argentina y los experimentos cesaron.

disfrutábamos de una bella tarde de primavera. Entonces un hombre, zigzagueando, avanzaba en nuestra dirección. Me causó miedo y me aferré a la mano de mi padre, mientras el hombre se detenía y miró a mi padre directamente a los ojos. Mi padre lo saludó y él le devolvió el saludo. Se conocían. Recuerdo haber permanecido tras las piernas de mi padre hasta que el hombre finalmente se marchó. Mi padre percibió que algo en ese hombre me había causado temor. Le pregunté por qué tenía la mirada perdida y estaba en ese raro estado que me había provocado miedo, aunque sólo había tratado de esbozar una sonrisa y acariciarme la cabeza.

Mi padre me contó que ese hombre era violinista, como él y que había ingresado a un grupo de terapia de un psicoanalista llamado Alberto Fontana: el grupo Fontana. El violinista se llamaba Tadeusz Broniewski: Broni.

Compré el libro de Gironella y partí. En el camino me encontré con Jorge. Su pareja, Neiva, había llegado para pasar el feriado con él, aunque no me parecía que la idea lo entusiasmase en demasía. Pero al fin y al cabo esto no me incumbía; o por lo menos no debería hacerlo. Me dijo que habían alquilado una casa grande en la Villa Caranga y me preguntó si no me interesaría compartir la casa con ellos. Después de todo ellos venían muy poco. Quién iba realmente a usar la casa era yo. Acepté sin verla.

Ya era de noche cuando llegué a la plaza. Decidí arriesgarme a comer una hamburguesa en uno de los carritos que había visto la otra noche. Después de inspeccionarlos meticulosamente, me decido por uno que dice anches da Mira. Una joven de unos veinte años asistida por una linda niña rubia que no tendría más de siete, lo atendían. Pedí una cerveza mientras esperaba la hamburguesa. La joven me dijo que no vendía cerveza, pero que podía comprar una en la panadería y traerla o, al contrario, podía ir a beber la cerveza y ella me llevaría la hamburguesa a la panadería cuando estuviese lista.

El nuevo tratado de libre comercio me causó gracia y consentí. Crucé la calle y entré a la panadería. Pedí una cerveza y pude reconocer la mesa a la que me había sentado con Drago por causa de una abolladura en la parte superior. Me senté a ella, aunque ahora ocupaba otro lugar en el salón. Entonces el ruido de un motor a explosión en una acelerada brutal rasgó la noche. Una motocicleta roja enduro frenó delante de una de las tres enormes puertas de madera de la panadería que daban a la plaza.

El humo azulado con olor a aceite de castor flotó en la noche cálida. Los hombres que ocupaban las mesas de la panadería súbitamente callaron. Se produjo un silencio denso. Drago se apeó de su moto y cruzó en diagonal la plaza Santos Dumont, perdiéndose en una pequeña casa protegida por un muro bajo y un pequeño portón. Abrió la cancela e inmediatamente entró a la casa sin llamar. Comí el

suculento sándwich que la joven me trajo y lo acompañé con la cerveza.

Regresé a la posada y me recosté. Desperté cuando alguien golpeó a mi puerta. Era el encargado que me avisaba que Jorge me esperaba en la recepción. Bajé.

—¿Cómo estás? ¿Te desperté? Perdón. Pero como dijimos que yo pasaba...

—Está bien. ¿Dónde vamos?

—Vamos a Manuelle.

—¿Manuelle?

—Sí. Es el nombre de un lugar de una francesa que se llama Emanuelle. Tiene un... bueno: no sé qué es lo que tiene, pero su negocio también se llama así como ella. Esperemos que ella te pueda dar trabajo; después de todo también hay que comer. ¿No? Vas a tener que verlo para entender de lo que te estoy hablando.

El viento se había detenido. Algunos pescadores descalzos subían hasta la calle remontando el desnivel que separaba la estrecha faja de arena de la playa de la Armação del empedrado. La luz del día se había ido y los pescadores se habían transformado en espectros. Bultos negros sin rostro que descalzos cargaban de a dos las pesadas cajas plásticas llenas de brillante pescado fresco. Algunos parecían

llevar racimos de espadas[8] colgando de las manos. Plateados, con reflejos azulados, los pescados reflejaban la luz de las lámparas de mercurio que comenzaban a encenderse. Las luces eran verdes y frías. Los pescadores parecían contentos y les gritaban a los que aún estaban amarrando los barcos; se decían cosas ininteligibles.

—Mirá —dijo Jorge.

Una esplendorosa rubia, con aires de actriz de Hollywood, saludaba graciosa a un grupo de hombres reunidos en la acera. Elegantemente vestida, transmitía alegría y sensualidad. Treinta y cinco años bien vividos habían enriquecido su bouquet, transformando sus cepas francesas en un noble encanto, donde el cuerpo y ciertamente el sabor, la convertían en objeto de deseo al promediar el paladar de los conocedores. Ella era un regalo para los ojos de hombres y mujeres que la contemplaban.

Florence tenía un establecimiento llamado La France. Una mezcla de café-concert y parrilla al aire libre. Un lugar típicamente francés donde la manteca también podía utilizarse para comer, entre otros usos. Donde los olores corporales y a comida se unían haciendo que fuese casi imposible diferenciarlos, terminando por mezclarse bajo los mejores perfumes y herbes de provence. Donde se presumía que la única lengua viva era el francés y donde la ignorancia se

[8] **Espada**: Largehead Hairtail [Trichiurus lepturus], o Sable del Atlántico. Pez de escamas costero de aguas rasas e calmas con fondo de arena. Parecido con una anguila argenta, angosto y largo, llegando a 1,5 ms. y 4 kg.. Habita en el litoral de Brasil. Su boca grande y puntiaguda con dientes caninos puede provocar hasta la amputación de los dedos. No se trata del pez de El viejo y el mar de Hemingway.

disfrazaba de condescendencia para con las otras lenguas y nacionalidades, cuando escupían palabras en lenguas extranjeras mal pronunciadas con desparpajo o hasta lo hacían a propósito, en algunos casos.

C'est ça, La France[9] dirían, orgullosos, tocándose el pecho con la mano derecha. Lo peor tal vez sea que no eran peores que sus históricos y antológicos enemigos y competidores colonialistas ingleses. La ventaja de los ingleses era que el mundo entero hablaba inglés y podía entender sus ideas al expresarse. Ya los franceses seguían creyendo que todo el mundo los entendía y casi nadie (que no haya nacido en una colonia francesa), hablaba francés; a menos que fuese para conquistar una alcurnia apócrifa pagada en cuotas en alguna de las incontables sucursales de la Alliance Française, de la que se rumoreaba que su origen estribaba en los colaboracionistas de la II Guerra Mundial, que dejaron Francia para no ser juzgados y ahorcados. Seguían creyendo que la época de Madame Bovary[10] aún continuaba, donde reinaba el inconformismo de las costumbres provincianas. La vida rutinaria. La irrefrenable atracción por el lujo, el consumo, y la decepción en las sucesivas y lujuriosas relaciones amorosas como búsqueda sin fin de un ideal que nunca llegaría, y aunque llegase y se instalase en sus vidas, tampoco serían capaces

[9] **Esto es Francia:** Alocución nacionalista francesa utilizada para ilustrar a los colonizados sobre la magnanimidad del carácter, tradición y cultura franceses.

[10] **Madame Bovary**: Costumbres provincianas. Obra de Gustave Flaubert, encuadrada en la escuela realista. Madame Bovary, fue su trabajo más representativo.

de reconocerlo; puesto que siquiera sabían lo que buscaban con tanta vehemencia.

La France estaba ubicada frente a la Playa de Armação. El espacio era al aire libre y amplio. Diariamente ofrecía espectáculos musicales de música ligera, Bossa Nova y rock, a cargo de intérpretes, en su mayoría uruguayos, que acompañaban a un tal Michael: un obrero de la construcción neoyorquino que, tomado por un nuevo Sinatra por una audiencia no calificada para evaluarlo, entraba en trance cuando cantaba New York, New York y dependiendo del viento su voz amplificada reverberaba centenas de metros. El violinista Tadeusz Broniewski (Broni, el mismo que me había asustado quince años antes), participaba de los improvisados y pasionales recitales cuando su deteriorada salud se lo permitía. Las tórridas noches estivales eran discretamente iluminadas por antorchas colocadas en cañas de bambú que esculpían sombras cargadas de misterio. Una Caverna de Platón, pero a la francesa. Sin duda era parte de la escenografía buscada. Lambada, Gipsy Kings y Enigma, contribuían para crear una atmósfera onírica con sus agitados ritmos y bucólicas melodías. Florecientes quinchos polinesios surgían del ripio esparcido en el piso como prometedoras islas, donde la ilusión podía alquilarse por un modesto período de tiempo y a un elevado precio. En cada mesa, la luz de una vela estaba resguardada de la brisa marina por una tulipa de vidrio. Con dificultad se podían adivinar las facciones de los parroquianos. La

comida era mala y los precios altos pero, a pesar de eso, La France estaba siempre llena. El motivo: Florence, su esposo Jean Luc e Ives, el hijo homosexual de Jean Luc, fruto de un matrimonio anterior. Ives era de una belleza exagerada para un varón. Se comportaba como una mujer, se vestía con exóticos atuendos de seda que él mismo diseñaba, incluyendo colecciones de faldas que lucía cuando compraba el pan matutino en La Boca. Frente a las mujeres evangelistas de los pescadores, Ives provocaba todo tipo de comentarios que no parecían importarle. Entre Florence y Jean Luc parecía haber un pacto tácito de tolerancia en lo que a compañeros de alcoba se refería. Jean Luc se mostraba en público con Luiza, su bellísima amante negra, que desfilaba por la calle de las lajas vistiendo ceñidas transparencias como único atuendo y que permitían apreciar claramente los menores detalles de su escultural anatomía de ébano. Estos eran los verdaderos atractivos de La France: sus dueños y su entorno. La gente pagaba precios exorbitantes para comer mal, consumir bebidas de origen dudoso y verse envuelta en peleas que, en algunas ocasiones, terminaban a los tiros. Al mismo tiempo no había precio que pagase las espontáneas actitudes de sus actores principales y sus diarias demostraciones de cómo extraviados en su lujuria perdían el decoro y consciencia de toda dignidad en el mundo que construyeron lejos de las convenciones y de los cánones.

—Los franceses son así —decían algunos.

Florence vio la mesa donde nos sentamos Jorge y yo. Sonríó y vino a nuestro encuentro. Observé su magnífico cuerpo mientras ella aceptó sentarse a nuestra mesa, luego de hacer la salvedad de que no podría quedarse mucho tiempo. No pude evitar imaginarla desnuda. Jorge elogió su belleza y ella sonrió, consciente de lo atractiva que se exhibía. Recordó cuando llegó a la península por primera vez junto a su esposo.

—No podíamos contener nuestra excitación. Era el mejor lugar del mundo —dijo, con el rostro iluminado por el recuerdo de una época de dicha.

—¿Era…? — pregunté.

Florence me miró y desvió la vista, su alegría pareció abandonarla. Su sonrisa se transfiguró en un rictus. Se esforzó en sonreír y continuó.

—Hay veces que pienso que todo esto es…—dijo, antes de hacer una pausa, mirándome a los ojos y sin ocultar una tristeza que le hizo esfumar el brillo que la embargaba hacía un instante.

—¿Una ilusión? —dije.

Se abstrajo a un oscuro rincón de su alma frágil, olvidada y tal vez aún descansando en la misma rama del árbol de su infancia donde la habría dejado colgada hacía ya tanto tiempo.

Florence me observó y sus ojos se tornaron vidriosos y llenos de piedad. Una piedad que la vida había dejado ya de brindarle hacía un buen tiempo.

—Es… Sí, es sólo eso. Es verdad. Una gran ilusión. Nada más.

Permanecimos en silencio durante algunos segundos mientras Florence se esforzaba por mantener su seductora sonrisa

—Tengo que dejarlos —se lamentó.

Nos despedimos intercambiando promesas de próximos encuentros, subió a su coche y partió.

Sentí que había hablado de más. Que mis palabras sinceras la habían perturbado, aunque ciertamente no había sido mi intención hacerlo. Pero había reavivado sentimientos que, si bien ella no desconocía, tal vez no debiera habérselos recordado. Pero ya era tarde.

❖ ❖ ❖

Capítulo VI

Manuelle

Cuando casi llegamos a la Subida dos Ossos[11] nos detuvimos, aún en la Armação. La noche nos premiaba con las estrellas que se disputaban lentamente el cenit, ascendiendo desde el este. Comenzaban a tapizar el cielo lenta y casi imperceptiblemente; sus

[11] **Praia dos ossos**: (port.: huesos). Su nombre se origina en la captura de ballenas, que se llevó a cabo en la aldea a partir de 1730 y que desparramaba restos óseos de los cetáceos a lo largo de la playa que lleva su nombre.

cintilares alertaban sobre un cambio de tiempo. La noche se había instalado soberana sobre la península. El viento se detenía y los barcos apuntaban sus proas hacia todas las direcciones. El mar estaba calmo; demasiado calmo. Un murciélago cruzó nuestro camino a poco menos de un metro. Bajó en picada a gran velocidad y cambió rápidamente de rumbo y de altitud, perdiéndose en las sombras tan rápidamente como había surgido. Nos detuvimos frente a la puerta de un extraño lugar. Habíamos llegado a nuestro destino. Una enorme placa de madera tallada rezaba Espaço Cultural Manuelle. Una mujer de edad indefinida realizaba *gingas* (movimientos de capoeira) con un grupo de chicos descalzos, hijos de pescadores. Era una eximia capoeirista y dueña de una privilegiada elasticidad de la que hacía gala cada vez que se incorporaba y levantaba un pié con la pierna completamente extendida, más alto que su propia cabeza. Quien la hacía enojar podía encontrarse en el piso en un santiamén y con dolorosos recuerdos.

Sin lugar a dudas era Emanuelle. Jorge la observó en silencio. Era una figura jovial y simpática, poseedora de una singular energía. Hablaba en voz alta con cargado acento francés y gesticulaba mucho; casi rayando con lo infantil y grotesco. Llevaba el cabello oxigenado bastante corto, pero no tanto como para que le impidiese colocarse un elástico en la parte superior de la cabeza, dando origen a un pequeño penacho. Las piernas las cubría con calzas ajustadas. Me saludó con un “buen día”, aunque ya era de noche. Respondí y

me inquirió sobre hacia dónde me dirigía con tanta prisa. Ella se servía del absurdo para llamar la atención en una suerte de intento por parecer diferente o divertida, o ambas cosas; más allá de que su forma de expresarse tenía poco de refinada, aunque fuese bien intencionada y de aparente buen corazón. Por algún motivo sentí que una energía muy densa se cernía sobre ella.

—Se ve que estás con estrés, menino…

—¿Yo, con estrés?

—No, mi culo —gritó, dando una sonora carcajada, al tiempo que arqueó su espalda hacia atrás en una exagerada demostración típica de un vodevil.

Me pidió que me acercase a ella diciendo que no le temiese, que no iba a violarme y señalando un punto preciso de su mejilla con su dedo índice, me pidió que le diese un beso mientras levantaba su mirada hacia el cielo con los ojos enfocados en un inexistente punto en lo alto, indicándome el lugar exacto donde quería que la bese. Me acerqué y la saludé con un beso en cada mejilla. Dijo que su madre era negra y que había nacido en el Caribe. Jorge se despidió y se marchó.

Desde lo alto de sus suecos de madera maciza y vestida en forma llamativa, Emanuelle, lucía un amplio escote que dejaba percibir el orgullo con que ostentaba sus grandes senos. Cuando se

movía, inevitablemente, gesticulaba y llamaba la atención. Dueña de un particular sentido del humor, en ocasiones exasperaba a sus interlocutores. Emanuelle parecía ser una buena mujer. Había perdido al padre de su único hijo víctima de un asesinato muy mal explicado, pero a pesar de ello decía amar la vida y la gente.

Me tomó de la mano y se dirigió hacia el interior mientras me conducía con paso decidido hacia un jardín donde prevalecían las piedras, las rosas y los hibiscos. Me dijo que me mostraría la casa:

—Tu casa —dijo generosa, mirándome fijamente a los ojos.

Abrió una de las dos hojas de una puerta de madera maciza tallada con motivos psicodélicos. La puerta reveló un gran salón principal donde había varias mesas. Todas lucían botellas vacías de Veuve Cliquot y Dom Pérignon, bañadas por cera multicolor de incontables velas derretidas hacían las veces de candelabros. No había dos mesas iguales. Un soberbio ventanal de cristales ahumados daba hacia la playa de Armação. La barra del bar era irregular y ondulada.

Del otro lado de la barra, estantes de vidrio presentaban diversas botellas de bebidas destiladas de buena calidad y otras tantas de vino. Las muy bien logradas olas, probablemente inspiradas en La Gran Ola de la Costa de Kanagawa, que decoraban la barra, estaban pintadas en verde agua y dorado. Tejidos multicolores convexos pendían del techo y en un rincón una mesa ratona cercada por enormes almohadones que la rodeaban invitaba

al relax, en medio de una atmósfera marroquí. Dos hipocampos vivos flotaban ingrávidos en un acuario iluminado que tenía la forma de un ojo psicodélico situado en la pared opuesta al ventanal que enmarcaba la playa; una especie de ojo-que-todo-lo-ve. Era un mundo donde el tiempo parecía haberse detenido. Emanuelle abrió dos enormes puertas de madera maciza, también tallada, que permitían el acceso a la sala contigua. Allí una mesa redonda con cuatro confortables sillas se enfrentaba con un piano vertical; era un ambiente reservado para unos pocos clientes selectos. Una suerte de salón VIP. Le pregunté si era una boite o un restaurante.

—Puta que o pariu… ¿Tu es retardado o quieres gas?

Nuevamente, con determinación me tomó de la mano y me condujo hasta la calle. Señaló con el dedo el cartel del establecimiento y me preguntó si sabía leer. Pensé que no tenía porqué insultarme. Pero decidí que no lo decía por insultarme sino para parecer simpática; para llamar la atención.

Leí en voz alta: Manuelle, Espacio Cultural.

Emanuelle, riendo. Me tomó de la mano y me volvió a arrastrar; esta vez hacia adentro. Me invitó a beber lo que quisiese y acepté. Nos sentamos a la mesa que se encontraba al lado del ventanal ahumado. Ella gritó:

—Papaaaaaai…

Me explicó que Manuelle era un espacio abierto para la cultura y las artes. Un lugar para crear, para que los que aman la vida, como ella, coman, beban, bailen y para que los ignorantes y los frívolos le dejasen su dinero para que nosotros —señalándonos a ambos con un rápido balanceo de su dedo índice— pudiésemos comer, beber y danzar.

Introduciendo una mano dentro del busto prominente extrajo un pequeño frasco de vidrio verde y coqueta, se perfumó detrás de las orejas, en las muñecas y finalmente en los senos, dando una carcajada que la hizo ruborizarse. Volvió a guardar el perfume entre sus senos.

—Papaaai —repitió— ¿será posible...?

Un hombre blanco, encorvado de unos sesenta años apareció detrás de una cortina de cuentas multicolores que separaba la cocina del bar.

—Mais quelle merde —reclamó molesta—. ¿Será posible que haya que llamarlo doscientas veces para que venga...?

Con voz trémula el hombre balbuceaba como un niño a quien se acaba de retar; o como un tonto. Por un instante pensé que podía sufrir algún tipo de retardo mental. Parecía no tener dientes, a juzgar por la forma en que el mentón puntiagudo se aproximaba a la nariz aguileña, se disculpó por la demora. Sus ojos azul claros, aún

estaban llenos de lágrimas; irradiaban bondad y sufrimiento al mismo tiempo.

—Discúlpeme, Doña Emanuelle pero estaba arreglando la bomba porque estábamos sin agua— dijo el viejo, con voz aflautada, mientras bajaba la vista como un niño avergonzado.

El viejo explicó que ya se estaba llenando el tanque, puesto que debería haber entrado aire. La bomba se estaba recalentando porque estaba trabajando sin agua. Emanuelle me presentó al viejo como si yo fuese un amigo de ella que estaba con sed. El viejo pidió permiso para ir a lavarse las manos. Cuando regresó me preguntó qué deseaba beber. Le respondí que lo mismo que mi anfitriona bebiese.

Emanuelle le ordenó que me sirviese un Ballantines y para ella: medio dedo.

Poco después el viejo trajo una bandeja, no sin alguna dificultad al controlarla, cargando los vasos ya servidos con el whisky.

—Papai: tiene que traer la botella a la mesa; si no, queda feo…

El viejo, que continuaba mirando hacia abajo, se disculpó con el mismo tono trémulo y aflautado. Permanecimos sentados conversando y contemplando el mar.

Poco después entró una pareja. Se dirigieron directamente hacia nuestra mesa. Saludaron a Emanuelle y después de presentarse, se sentaron con nosotros. El hombre dijo llamarse Antoine y ella

Charlotte. Ambos se presentaron corteses. También eran franceses; parisinos. Tenían dos niños pequeños. El vestía un saco sport y ella una bandana en la cabeza. Antoine trabajaba en la gerencia y Charlotte tenía a su cargo el bar situado en el jardín de Manuelle.

Pasé a frecuentar el lugar y tal como yo esperaba, muy poco tiempo después Emanuelle me invitó a trabajar en la casa. Acepté. Mi labor comenzaba a las cinco de la tarde. A esa hora comenzaba a preparar la mise en place del bar del jardín ya que Charlotte ahora era la encargada del salón principal. Yo cortaba prolijamente los limones para hacer caipirinha, colocaba el azúcar en un recipiente con tapa sobre un plato con agua para preservarlo de las hormigas, el hielo en una conservadora, armaba una bella bandeja con frutas frescas, doblaba las servilletas, cuidaba que vasos copas y botellas, así como los utensilios necesarios para el bar estuviesen inmaculadamente limpios y eventualmente iba a hacer alguna compra de última hora en busca de algún producto que por algún motivo no hubiese llegado en las compras hechas por Papai. El verdadero movimiento de la casa comenzaba muy tarde por la noche. Durante la tarde o la noche temprana solo entraban los curiosos. Alguna pareja de jóvenes urbanos extranjeros, en su mayoría argentinos poco instruidos, que habían salido del país por primera vez y que querían sacarse fotografías fuera de foco y formular preguntas tan ingenuas y estúpidas como ellos mismos. Los más osados pedían una caipirinha para compartir y luego partían. Nada

significante dentro del volumen de ventas de la casa. Ya durante la madrugada todo tipo de subespecies de la fauna humana, provenientes de todas partes del mundo desfilaban por allí. Cuando La Crêperie y La France ya habían cerrado sus puertas, los noctámbulos que todavía conservaban un poco de fuerzas (y dinero), se dirigían en oleadas hacia Manuelle para exponer sus miserias al filo de la noche. Charlotte iba tomando confianza lentamente y me hablaba, hablaba y hablaba. Podía afirmar que había algo obscuro en ella, aunque aún no pudiese determinar qué era. Me hablaba sobre un tío de Antoine que era dueño de una importante maderera en algún estado del norte de Brasil. Me hablaba sobre la vida, la felicidad, el bienestar y la necesidad de tener algo, un bastón, que nos ayudase a sobreponernos a lo difícil que es la vida: esa eterna embustera que jamás se cansa de engañarnos hasta que descubrimos que se trataba de la misma vieja urraca ladrona jugándonos una chanza que alguna vez sería, ciertamente, la última. Un día me confesó cual era el bastón al que se aferraba con desesperación: la heroína. Charlotte y su marido consumían heroína. Ambos eran dependientes y fervientes admiradores del opiáceo. Escucharla hablar de su sensación de bienestar era triste. Sobre todo cuando se conocían sus dos hermosos bebés. A esta altura ya directamente me impartía satsang[12]sobre la heroína. Charlotte se había tornado monotemáticamente desagradable, puesto que sus conversaciones

[12] **Satsang:** (sánscrito sat = verdad, sanga = compañía) en la filosofía hindú. Durante un satsang con un maestro los discípulos le formulan preguntas y ellos responden.

solo giraban en torno a la heroína y sus bondades, llegando al punto de ofrecerme probarla con vehemente insistencia, después de haberse ofrecido para responderle cualquier pregunta que quisiese hacerle al respecto para que me sintiese seguro.

Mis recusaciones fueron aumentando en intensidad y frecuencia, directamente proporcional a su necesidad de compartir su vampírica maldición conmigo para, tal vez, sentirse redimida de su esclavitud. Llegó al punto que en una ocasión me hizo hacerle notar clara, casi groseramente, que no teníamos los mismos intereses.

Poco tiempo después el bar del jardín, ahora a mi cargo, facturaba casi lo que el salón principal. Charlotte tomó mi actitud como una afronta personal, directa e imperdonable, que sumada a las diversas oportunidades en las que le había dicho que no me interesaban sus loas al vicio que la dominaba, ella comenzó a urdir su venganza a mi despecho, o por lo menos para la forma personal como ella había interpretado mi actitud. Ella sentía peligrar su confort y probablemente algo más. A medida que pasaban las semanas podía percibirse cómo aumentaba su malestar y su irritabilidad, llegando a discutir casi todos los días con clientes y empleados y hasta con Antoine. Un día comenzaron a ocurrir eventos extraños. Al principio percibí que algo inusual pasaba cuando una tarde, regresé del baño, y los limones cuidadosamente cortados en cubos, simplemente habían desaparecido; sin más explicación que su

ausencia. Noté que Charlotte comenzaba a tratarme cada vez más fríamente y con desprecio. En la caja del bar del jardín la falta de dinero se había vuelto algo cotidiano. Comencé a ser indirectamente acusado por Charlotte por la falta del dinero. Un día repuse el dinero faltante de mi bolsillo con la exigencia de ser yo el único que tuviese acceso a la caja. Así quedó establecido. Los faltantes terminaron y esto no volvió a repetirse. Una tarde Emanuelle anunció que tendríamos una reunión de equipo. Yo me encontraba listo para renunciar. No podía, ni tampoco quería, trabajar bajo tamaña presión. Durante la reunión, Emanuelle tomó la palabra y se dirigió a mí.

Ella comenzó su discurso con cierto nerviosismo, puesto que no hizo ninguna de las bromas habituales que la caracterizaban. No una, sino varias situaciones desagradables se habían producido desde mi llegada, dijo mirándome fijamente a los ojos. Agregó que lo que estaba viendo no le agradaba en absoluto. Realmente era una coincidencia muy grande y le llamaba mucho la atención. Antoine y Charlotte, cínicos, miraban fijamente hacia abajo; ambos de pié y reclinados apoyándose sobre sendas mesas; mirando hacia el piso; hacia la nada; de brazos cruzados. Emanuelle continúó.

—A partir de hoy tú no trabajas más en el bar del jardín —dijo Emanuelle mirándome fijamente a los ojos.

Charlotte no consiguió contenerse y esbozó una sonrisa que Emanuelle percibió y tampoco se esmeró en ocultar su disgusto. Sus ojos negros tenían un brillo de enojo. De ira.

—Y a partir de ahora, ni Charlotte ni Antoine, trabajan más en Manuelle.

La sonrisa de Charlotte ahora se había transformado en una mueca. Antoine miró atónito a Emanuelle, con la boca abierta. Enseguida les pidió que se retirasen, que Antoine, y sólo él, regresase a las cinco de la tarde del día siguiente para que se les pagasen los días adeudados y que no regresasen nunca más; siquiera como clientes.

Emanuelle me llamó; quería hablarme. Le dije que le agradecía por todo, que no le guardaba rencor y que iba por mis cosas para retirarme.

Antoine y Charlotte discutían a los gritos en el jardín. Escuché lo que Emanuelle tenía que decirme.

—Imbécil, el nuevo gerente eres tú.

Ella me explicó que ya sabía que los dos la estaban robando hacía tiempo. La prueba definitiva la tuvo cuando comencé a trabajar en el bar del jardín. Ella me explicó que el bar del jardín no había comenzado a facturar mucho más por el color de mis ojos o porque hablaba idiomas. Sí. Eso también ayudaba, pero la mayor diferencia

era que el dinero que los clientes pagaban, ahora estaba yendo para la caja y antes iba solamente para la cartera de Charlotte…

—Entonces cuando usted dijo que yo no trabajaría más en el bar del jardín…

—Papaaai. Papaaai. Lleve este idiota para la calle y tráigame un gerente de verdad —bromeó Emanuelle. —Ah, me olvidaba. Tendrás el salario de Antoine y la comisión sobre las ventas que él tenía.

❖ ❖ ❖

Capítulo VII

Vivir en el paraíso

Trabajar con Emanuelle era una forma de conocer gente y ganar un poco de dinero dignamente al mismo tiempo. Uno de esos días Jorge me ofreció un Chevrolet del ‘76 que le compré. Me había mudado a la Villa Caranga; a la casa que él alquilaba con su mujer. Ya casi no venían, debido a diferencias de la pareja. La casa era extremamente rústica pero amplia. Tres dormitorios, dos entradas, dos baños y un techo para el auto.

Estaba precariamente equipada pero tenía todo lo que yo necesitaba; o casi todo. En la península no había gama de grises, no había mucho más que hacer, además de trabajar para poder continuar yendo a las playas y disfrutándolas, porque eran muy

bellas y podían alcanzarse en su mayoría a pié en pocos minutos. No había mucho más que eso a no ser cocinar los frutos frescos que el mar nos brindaba. A veces me preguntaba si prefería cocinar la carne noble y blanca del pescado fresco con un buen aceite de oliva virgen extra, a perderme en las entrañas y las carnes rosadas de alguna desconocida excitada, lasciva, jadeante, debruzada y exigiéndome más; devorándome a cada embestida, abriéndose hasta su límite físico para engullirme con todo lo que estuviese a su alcance: más profundamente, más fuerte, más despacio, más rápido, más lento, más arriba, más abajo.

¿Acaso el camino útil no estribaba en la combinación de un poco de ambos? ¿Un poco de pescado fresco y un poco de instintos básicos? Era el equilibrio. La trampa del amor de la que hablaba ese filósofo alemán que enloqueció luego de haber afirmado que Dios había muerto. Esa trampa a la que un judío austríaco dio en llamar la libido, inmortalizándose con su asumida obsesión por el sexo desde una óptica nueva, aunque con un innegable bouquet familiarista y burgués. Tal vez realmente Gustave Courbet lo había comprendido todo y así lo plasmó en El Origen del Mundo. Pero al mismo tiempo sentía que necesitaba un tipo de alimento diferente. Un alimento que no era el pescado fresco ni senos con los pezones erectos, ni el oído de ese fiel amigo que va y vuelve en las horas más difíciles, aunque lo haga con otro nombre, con otra edad y con otra fisonomía. Pero siempre aparece cuando realmente lo necesitamos mucho, aunque

no lo reconozcamos como tal; siempre está cerca y jamás nos abandona en las horas más aciagas.

El techo de tejas coloniales de, la ahora, mi casa de la Villa Caranga no tenía forro[13]. Cuando había viento, la hojarasca y el polvo acumulados en las tejas moldeadas sobre las piernas de los esclavos, caían sobre todas las superficies que no estuviesen cubiertas; principalmente sobre mi cama.

Ruth era una mujer escuálida, consumida por la vida y con las pocas piezas dentales que aún ostentaba; visiblemente cariadas. Gritaba día y noche a sus incontables hijos y a su esposo, con una voz estridente e irritante; parecía una verdadera bruja y disimulaba su aversión a la belleza y a la armonía escudándose en sus cabellos prematuramente blancos, sueltos hasta la cintura y en una biblia, ciertamente impregnada por el sudor de sus axilas en cada viaje de ida o de regreso a la iglesia; era la esposa de Isaías, el dueño de la casa, que era un pintor de paredes evangelista. Ambos vestían prendas pasadas de moda, probablemente heredadas de muertos. Los colores predominantes de su vestimenta eran el marrón, el verde oscuro y el gris. Sus gritos estridentes se escuchaban a través de las paredes irregulares; erguidas sin ayuda de la plomada. Vivían en la casa contigua que, obviamente, tenía una pared común a las dos

[13] **Forró:** Danza brasileña del nordeste; de Recife, Pernambuco. Sobre su origen hay diferentes versiones. Una dice que proviene de la abreviatura del término ibérico *forrobodó* que significa fiesta popular. La segunda dice provenir de la expresión inglesa *for all* (para todos), en alusión a las fiestas que en 1873 la compañía Great Western dio cuando consiguió la concesión para la construcción de una ferrovía en Pernambuco entre Recife y Limoeiro.

casas. No me importaba mucho. Estaba demasiado ocupado trabajando y víctima de mi juventud, yaciendo con las mujeres que conseguía seducir; o mejor: que me seducían, sin que yo ofreciese demasiada resistencia.

Era un privilegiado como gerente de Emanuelle en comer carne (aunque fuese de bueyes de raza Nelore), y pescado fresco a diario. Recordaba las enseñanzas de mi mentor, amigo y maestro, Michel Lacour, cuando decía me decía que el pescado fresco es algo irremplazable.

Cuando se aprende a reconocerlo sin siquiera tener necesidad de tocarlo ni olerlo se convierte en un vicio insubstituible. Se lo reconoce por los ojos transparentes, cristalinos, inmaculados; sin ningún trazo de sangre: Las pupilas encajan perfectamente en las órbitas; sin espacios libres. Deben ser bien obscuras, sin mácula; como perlas negras brillantes. Las branquias deben ser rosa rojizo brillante, de un color vivo. Jamás moradas, amarillentas o marrones y opacas. Por último la carne es firme y las brillantes escamas plateadas recubiertas por una especie de baba resbalosa transparente y brillante están firmes y no se desprenden al tacto. El olor es a mar; nunca a pescado. Para transportarlo puede tomárselo colocando los dedos pulgar e índice en las órbitas de los ojos y presionar. Si es se trata de un ejemplar grande debe tomárselo con las dos manos y parte de ambos antebrazos, como si fuese un bebé, para no dañar la carne. Jamás debe sujetarse por la cola. La carne

delicada se rasga. Se desgarra; se rompe. Después de estas consideraciones se deduce que las latas de pescado sólo pueden ser buenas para los gatos.

Los otros empleados solo comían toneladas de arroz con porotos negros (feijão) y huevos fritos, servidos en pantagruélicas porciones, típicas opciones de quienes no saben si al día siguiente tendrán disponible un plato de comida para silenciar sus estómagos y los grillos que los orbitan atormentando sus almas y sus mentes por el hambre.

El cocinero era un viejo español poco amigo del agua, llamado Pepe era un poco loco. O tal vez sólo simulaba un poco de locura para hacerse respetar. Poco a poco y casi sin percibirlo, Pepe y yo departíamos sobre cosas triviales en los interminables períodos de inactividad; largos compases de espera que habitualmente salpican los destinos turísticos estacionales. La cosa es que nos llevábamos bien. Pepe tendría unos sesenta años y no tenía pasado, ni futuro, ni nada. A no ser por un roído bolso de mano de nylon negro donde guardaba sus pocas pertenencias. El rostro excesivamente arrugado no contrastaba con sus cabellos blancos rígidos por el fijador que usaba sumado al aceite atomizado por las freidoras de la cocina. Tenía buen sentido del humor. Pepe me fue demostrando que sentía verdadero cariño por mí, después de todo hablábamos el mismo idioma. A pesar de las diferencias generacionales y culturales nos entendíamos bien. Siempre elegía cuidadosamente las partes más

tiernas del buey acompañadas por coloridas y variadas guarniciones elaboradas con esmero, con las que me obsequiaba diariamente. Emanuelle lo sabía. Ella tenía que saberlo siempre todo; aunque a veces diese oídos a las más disparatadas historias provenidas de los chismosos de turno. Jamás me reprochaba lo que consumía en ninguna de las bizantinas e intempestivas discusiones que, en ocasiones, manteníamos ella y yo. Pepe dormía en una cucheta improvisada en un altillo que quedaba justo encima de la cocina. Para llegar hasta su aposento Pepe debía escalar una escalera de hierro vertical, empotrada a la pared, al lado del tambor de basura de la cocina. Intuía que el lugar era húmedo y oscuro y olía a grasa, aunque nunca junté valor para subir por completo y tampoco tenía por qué hacerlo. A veces, cuando acababa el tiempo del comercio y de las jerarquías, Pepe me invitaba a beber un coñac de jengibre en el bar de la esquina y me obsequiaba con un paquete de cigarrillos de la marca que yo fumaba. Después me invitaba a jugar al pool. El insistía siempre en pagar; tal y como se hace con los amigos. Era un hombre sincero a pesar de sus locuras; yo lo apreciaba. En algunas ocasiones Pixote[14] venía con nosotros y permanecía largo tiempo sentado en silencio, abstrayéndose. Pixote también trabajaba en Manuelle. No tenía una tarea definida asignada. Su apodo provenía de la semejanza que tenía con el protagonista del filme homónimo. Pepe trababa soporíferas discusiones con Pixote; pero cuando lo

[14] **Pixote: A Lei do Mais Fraco**: Pixote (niño pequeño):. Película brasileña de 1980 dirigida por Héctor Babenco, basada en el libro A Infância dos Mortos, de José Louzeiro.

hacía, exageraba. Pixote siempre acababa por llorar, victimizándose; su personalidad se había construido sobre una inmadurez peterpanesca que lo impelía a exagerar sus manifestaciones de dolor. Como si esto le permitiese hacer sentir y convencer a quien lo viese el indescriptible dolor que lo aquejaba; él prefería permanecer indefinidamente en su inmadurez. Era un chico problemático de edad indefinida. Aunque afirmaba con ahínco que sólo era un niño de diecisiete años, su escasa estatura, probablemente debida a deficiencias alimenticias de su infancia y su rostro imberbe, no le daban apariencia de quien ha conseguido pasar la barrera de los catorce. Pixote no tenía familia ni amigos y parecía resignado a permanecer así.

Algunos clientes se excedían con la bebida y las discusiones eran frecuentes. Eventualmente se ponían agresivos. Otros lloraban desconsoladamente, en soledad; como niños a quienes se ha despojado de un juguete. A Pixote le gustaba ser reconocido como un excelente bailarín de Lambada y en realidad lo era. Bellas y voluptuosas mujeres mucho mayores que él, insistían para que las sacase a bailar. Había noches en las que el movimiento de la casa solo terminaba a la mañana del día siguiente; cuando el sol ya estaba alto. Cuando los pescadores más rezagados marchaban en dirección a sus traineras urgidos por la necesidad diaria de subsistir. Siempre acompañados por bidones plásticos descoloridos por el sol con diesel y agua potable. El diesel alimentaba los nobles motores

monocilíndricos MWM que los impulsaban con su inconfundible tableteo que podía ser reconocido a distancia, aún en las noches más cerradas. A veces se reunían en la playa a la sombra de un almendro, donde discurrían, gesticulaban y decían cosas ininteligibles en voz alta. Entonces sus voces se perdían eclipsadas por el canto de las cigarras que premonitoriamente nos advertían de la inclemencia del sol del día que comenzaba. Durante las primeras horas de la mañana la euforia de los que habían caído en excesos se iba disipando y sus problemas habituales regresaban una y otra vez como insaciables vampiros que consumían sus cuerpos escuálidos; los ojos hundidos y la mirada distante y perdida. Quienes éramos testigos del desencanto, veíamos desfilar ante nuestros ojos la miseria humana. Un infierno que no se justificaba ni por el razonable dinero, ni por los privilegios de los que yo gozaba. En ocasiones, al despuntar el día, algunos clientes blandían armas, amenazadores; siempre por motivos nimios. En ocasiones sentía que mi integridad física estaba en peligro; esto sin considerar las consecuencias para los presentes. Las frecuentes peleas nocturnas no solían pasar de una rápida descarga de adrenalina; no traían aparejadas mayores consecuencias. Los malentendidos podían originarse tanto por no haber calculado el valor de la cuenta, por celos, o porque argumentaban haber consumido menor cantidad de tragos, o porque a algún cliente no le había gustado la forma en que lo había mirado a él, o a su acompañante, otro cliente. Sentía como se diluían los días, mis horas

de descanso y mis sueños, en un infierno tapizado por la degradación y el deambular errático de zombies, cuerpos sin alma; fantasmas. En esto consistía la paga con la que me retribuía la vida, con la que el destino, o el accidente, me presenteaban luego de una extenuante jornada de trabajo, lejos de mis amigos a algunos de los cuales jamás volvería a ver.

Despertar, saciar mis instintos junto a una desconocida y, después del desayuno, una ducha y dormir; para a las cinco en punto de la tarde recomenzar todo una vez más, en lo que parecía ser un recurrente e infinito círculo como el de la rueda del Samsara. Durante las noches veraniegas Manuelle se llenaba a más no poder. Era común pedirle al hijo corpulento de alguno de los pescadores vecinos más conocidos que hiciera las veces de guardaespaldas a cambio de un modesto jornal para que custodiase y mantuviese cerrada la reja de la entrada. Esto sólo hacía que la gente que continuaba llegando, principalmente las mujeres, hicieran uso de todo su poder de seducción, como ellas suelen servirse de él cuando desean algo, incluyendo el amor de un hombre. En este caso era para que se les liberase el acceso; la mayoría de las veces lo conseguían. Algunas trababan conversación conmigo solamente para garantizarse el derecho de poder decir que eran amigas mías. Yo también me aprovechaba de eso y tomaba las que me agradaban; las que podía, incluyendo a Luiza, la amante de Jean Luc. Una de esas noches, uno de los guardaespaldas llamado Ney, perdió un pedazo de

una oreja en los dientes de un cliente enfurecido e intoxicado, a quien él le impidió el ingreso. Solamente una persona no podía ser impedida de entrar: Drago. Cuando Drago llegaba y estacionaba su moto en la puerta, automáticamente los celosos guardianes le abrían la reja; sin más. En ocasiones Drago aprovechaba y hacía entrar a la mujer que más le gustase junto a él, sin preocuparse en si estaba o no acompañada. Poco tiempo después llegaba Diable, el magnífico pastor alemán manto negro de Drago, que se echaba a un lado de la reja de entrada, esperando a su amo. En una ocasión dos parejas de jóvenes argentinos que, si sumadas sus edades, todos juntos no sumaban más de cien años, se instalaron despreocupadamente en el rincón marroquí. El grupo reía sin parar y no poseía una coordinación motora encomiable; entonces Drago llegó. Precisamente en el momento en que uno de los jóvenes se encontraba en el baño. Drago se acercó y murmuró alguna cosa al oído de una de las mujeres, la tomó por el brazo y la condujo consigo al baño femenino. Cerró la puerta y la trabó por dentro. Allí permanecieron durante algún tiempo. Cuando salieron la joven estaba desaliñada. Los botones de su blusa no coincidían con sus correspondientes ojales. Se acercó a la mesa donde estaba el grupo y su pareja se incorporó frente a ella. El joven comenzó a recriminarle por su ausencia. La única respuesta que obtuvo fue una sonora bofetada de ella que lo acertó de lleno en el rostro. La joven perdió el equilibrio después de haber aplicado el golpe. Se tambaleó pero no

cayó y nuevamente bien plantada, lo miró fijamente a los ojos y le gritó a viva voz:

—¡Estúpido!

Un silencio profundo cubrió al grupo que contemplaba la escena estupefacto; tal vez sin percibir por completo lo que realmente acontecía en el mundo real. Mientras la muchacha tomaba su cartera y trasponía el umbral de la puerta donde Drago la esperaba con su moto ya en marcha. Ella subió y se abrazó a él con fuerza, como quien se aferra con pasión al salvavidas que la mantendrá a flote, que le permitiría superar la adversidad en la que se encontraba momentos antes de recibirlo. La moto se perdió entre las sombras de los almendros sobre el empedrado manchado de luz de mercurio dejando una densa nube azulada tras ellos. Me preparé para una larga, larga noche porque Manuelle se llenaba cada vez más. Drago, esa noche no regresó.

❖ ❖ ❖

Capítulo VIII

Un holandés llamado Alvaro Serafim

Kaiser era hijo de padre alemán y madre italiana y había nacido en la ciudad de Brusque, en el Estado de Santa Catarina. Con sus rasgos nórdicos, era difícil creer que no fuese extranjero. Hablaba el neerlandés como los neerlandeses, lengua que aprendió

en los trece años que permaneció embarcado en la marina mercante holandesa, donde ejerció las más diversas funciones. Desde cocinero hasta comisario de a bordo. Su verdadero nombre era Álvaro Cesar Serafim, aunque él prefería ser llamado Kaiser. Era alto y fuerte. Blanco y de ojos azules. Un excelente nadador, capaz de cubrir largas distancias a un ritmo lento pero constante. De vez en cuando aparecía tarde por la noche en Manuelle siempre educado y gentil, sonriendo y regalando sonrisas a todos. Su voz ronca por causa del tabaco era inconfundible y a veces, a pesar de la multitud, podía reconocerse su voz cuando hablaba. Esa tarde Kaiser me dijo que se iba del bar donde trabajaba sobre la calle de las lajas porque el portugués que administraba el lugar le había exigido un aumento en el alquiler que no le permitiría continuar trabajando sin endeudarse más y más a cada día. Una tarde conocí a una pareja formada por un norteamericano y una colombiana. Eran Tim y Evelyn. Tim era alto; un ingeniero aeronáutico que se había retirado y divorciado hacía poco más de un año. En un viaje por Colombia había conocido a Evelyn. Ella era pequeña y morena y no parecía poseer título alguno. Más parecía una peluquera de mujeres, o manicura. Ambos se habían casado recientemente y rondaban los cincuenta años él y unos treinta y tantos ella. Estaban en su luna de miel y se quedaron deslumbrados con la península. Me preguntaron si sabía de algún tipo de inversión que pudiesen hacer y les sugerí unos locales nuevos sobre la calle de las lajas: la galería de Egidio. La idea les pareció

interesante y me pidieron que les diese más detalles. Me comprometí a hacerlo.

Una tarde conocí a un hombre en sus cuarenta años, gordito, con el cabello excesivamente corto y una barba rabínica. Era Marcelo Lartigue. Un fotógrafo argentino que después de haber sido detenido, golpeado y condenado a dos años y seis meses de prisión por sus ideas políticas en Buenos Aires, se despidió de la Argentina y decidió partir. Finalmente se quedó en Brasil. Primero en São Paulo, donde trabajó como fotógrafo para la Folha de São Paulo y luego en Río de Janeiro para la desaparecida revista La Semana. Hijo de una pareja de psiquiatras, Marcelo era increíblemente rápido de mente y poseía una vasta cultura. Sin embargo nunca puso esos dones al servicio de aprender a hablar correctamente el portugués y mucho menos de escribirlo. Durante sus visitas a las redacciones de los periódicos, conoció a Aníbal Fernando Henriques Martinho, un portugués nacido en el barrio de Alcântara, en Lisboa. Aníbal había desembarcado en Brasil a los cinco años de edad a bordo del famoso barco Serpa Pinto. El padre de Aníbal había conseguido trabajo en una sedería en la Rúa da Alfândega, mientras que su madre había comenzado a trabajar con una tía en La Feminá Modas. Cuando finalmente lograron establecerse se mudaron a un edificio en la calle Domingos Ferreira, en Copacabana. Aníbal había recibido su educación básica de sus abuelos en Lisboa y luego asistió a una escuela en el barrio de Botafogo, ya en Brasil. Su padre lo llevaba en

tranvía todas las mañanas y lo recogía por la tarde. A medida que la vida mejoraba, su padre comenzó a prosperar en la tienda Tele-Rio y el pequeño Aníbal fue enviado a un internado salesiano en Niterói. Como no logró aprobar y en ese momento no se requería un diploma, comenzó su carrera como periodista con una pasantía en el diario Última Hora, de donde pasó a trabajar en revistas como O Cruzeiro, Folha de São Paulo, O Globo y Jornal do Brasil. Fue durante su tiempo en O Cruzeiro que Aníbal visitó la península por primera vez en 1968, mientras hacía un reportaje sobre pesca a bordo del barco Jaraguá, que había tenido problemas con el motor. Mientras esperaban que se reparase, disfrutó del pueblo, su gente y sus playas y se apasionó por el lugar.

Marcelo, bajito y regordete, era argentino e hincha de Botafogo. Había nacido en la Ciudad de Buenos Aires pero dos días después regresó con sus padres a Norberto de la Riesta, un pequeño pueblo del interior con solo 2.500 habitantes. Sus padres, Jorge y Nelly, eran médicos psiquiatras y su abuelo Juan de Diós, era un médico rural que hacía de todo; mucho más de lo que podría esperarse en nuestros días de un galeno. A los 11 años la familia se trasladó a Buenos Aires, donde Marcelo cursó el secundario y comenzó a estudiar arquitectura. Solo cursó seis meses: fue arrestado como militante político por oponerse al gobierno de Isabel Perón y condenado como terrorista por el juez Sarmiento a dos años y seis meses de prisión, cumplidos en la cárcel de Devoto y en el

presidio de La Plata. Durante este período, que se extendió hasta enero de 1977, Marcelo afirmaba —con la irreverencia que lo caracterizaba— que había sido la mejor época de su vida, porque había aprendido mucho de militares, terroristas e intelectuales cubanos, uruguayos, argentinos y hasta vietnamitas, algunos de los cuales aún continuaban siendo sus amigos.

—Recomiendo a los chicos de 21 años que pasen un año en prisión, porque es una bella experiencia de vida —acostumbraba decir.

Al salir de la cárcel comenzó a trabajar de inmediato como reportero fotográfico para la Editorial Atlántida, por la cual fue acreditado para cubrir la Copa Mundial de Fútbol en Argentina (1978), pero no participó: consideró más prudente salir del país ya que en ese momento, el gobierno estaba persiguiendo a muchos de sus compañeros y él, como excondenado político, no podía arriesgarse a otra detención. Entonces compró un pasaje de Buenos Aires a Montevideo, Río de Janeiro, Caracas y Nueva York. En Montevideo, estuvo un mes y luego se detuvo en Río. Al desembarcar, consiguió un lugar para vivir en el bohemio barrio de Santa Teresa y un empleo de corresponsal para la revista argentina La Semana. Durante este período recorrió las redacciones de los periódicos y revistas cariocas en busca de temas para reportajes, se convirtió en aficionado del Botafogo y conoció a Aníbal Fernando; ya un conocido periodista.

Fue entonces cuando junto con Aníbal fundaron O Perú Molhado, el mayor periódico de la península, como acostumbraban promocionarlo; aunque en realidad era el único. Ser propietario de un periódico es algo muy enriquecedor pero al mismo tiempo requiere de una enorme cantidad de energía así como de una importante cantidad de dinero, una vez que los mayores gastos están constituidos por el trabajo de impresión (gráfica) y de distribución. Ni Marcelo ni Aníbal poseían recursos como para llevar adelante un periódico; pero los consiguieron con la ayuda de un generoso inmigrante judeoitaliano que buscando escapar de la miseria de posguerra había llegado tras los pasos de un primo supuestamente rico que vivía en São Paulo. Luego, este primo, se había convertido en un millonario exportador de café, no porque exportase mucho, mas por la cantidad de causas judiciales ganadas contra la Cámara del Café que lo conviertieron en millonario.

❖ ❖ ❖

Capítulo IX

Achim

En pleno verano la península se llenaba a más no poder. La noche caía y encontraba las calles casi desiertas, mientras que turistas y habitantes, a esa hora se bañaban; todos al mismo tiempo. Al hacerlo simultáneamente cientos de miles de personas, la tensión eléctrica caía y los apagones eran demasiado frecuentes. No había agua corriente y durante el verano los aguateros cobraban hasta ciento veinte dólares por un camión de agua que casi siempre era salada. Los viejos camiones circulaban por la ruta que dividía la península, regándola a través de los agujeros obtenidos gracias a la corrosión que provocaba el agua salada en las cisternas de hierro. Era común preguntarse qué cantidad de agua llegaba a destino y realmente entregaban. Lo hacían con ayuda de sus mangueras azules corrugadas añadidas entre sí, con pedazos de cámara de neumáticos de camión, para conseguir vencer la distancia que separaba el camión de la cisterna de destino. No había bomberos en la península y estos debían recorrer los trece kilómetros que separaban a La península de Cabo Frío, a través del Gurirí. En más de una oportunidad recorrían los veintiseis kilómetros de ida y vuelta sin más objeto que gastar combustible. Cuando llegaban ya era demasiado tarde; sólo quedaban cenizas.

Achim era un ingeniero alemán que había trabajado lo suficiente como para granjearse algunos pequeños lujos típicos de un pequeño burgués. Bien parecido, educado, simpático y generoso, parecía deleitarse en pagar discretamente las cuentas de los que nos sentábamos a su mesa.

A sus cuarenta y cinco años había conseguido ganarse una vejez tranquila; o por lo menos eso creía. Había conocido a la carioca Aparecida (Cida) hacía algunos años durante una de sus visitas a Río de Janeiro. Se habían conocido en Copacabana: la Meca de los hombres extranjeros (y brasileñas) que buscaban compañía. Jóvenes mujeres se exhibían como mercaderías en el mayor escaparate sexual a cielo abierto del mundo: la Avenida Atlántica. Particularmente se destacaba la boite Help: Un verdadero templo consagrado al turismo sexual, donde concurrían las mujeres que buscaban salir de las miserias física y humana en pro de poder convertirse en respetables señoras y olvidar su pasado, siempre truculento; doloroso. El objetivo de esas buscadoras de prestigio era establecerse en un país extranjero, protegidas a mansalva por la ingenuidad de hombres de bien que las adoptaban, ciegamente hipnotizados por sus habilidades sexuales; frecuentemente adquiridas con esmero, disciplina y dedicación.

Todo esto se debía en buena parte a partir de una situación particular: la incapacidad de los extranjeros en poder servirse correctamente del lenguaje local para identificar su condición social,

su cultura y los conceptos morales y éticos de sus interlocutoras; pasando a valer como único medio evaluatorio, la capacidad amatoria de las mujeres. Achim se enamoró perdidamente de Cida y esta encontró la oportunidad de salir de la miseria, aunque su personalidad miserable y vulgar jamás la abandonarían aunque Achim no lo percibiese, por su rusticidad y por su dificultad con el portugués. El no se daba cuenta del origen miserable de Cida. Con casi treinta años ella se vestía con ropas llamativas que ostentaban su marca con grandes letras, como si alguien le pagase por hacerles propaganda. Su cuello siempre lucía adornado por un collar de pequeñas cuentas multicolores, como los que usan los macumberos[15]. Era una mujer codiciosa.

A pesar de tener un cuerpo proporcionado, se expresaba en un tono de voz estridente, irritante y vulgar; como ella era. Se decía orgullosa de su origen pobre aunque bastaba verla, soberbia, ordenar despóticamente langosta y champagne, para constatar que su pobreza de espíritu cada vez crecía más y más.

Achim reía y siempre la complacía aunque ella le proporcionaba frecuentes desplantes en público que nada tenían que envidiarle a los protagonizados por las escaladoras sociales de las más populares novelas televisivas de moda, donde ciertamente, ella copiaba sus

[15] **Macumba**: Palabra bantú cuyo significado equivale al de la Ecclesia griega: reunión, asamblea. Por extensión, es Sinagoga en griego, que significa
reunirse, con énfasis en lo espiritual. En la macumba los afroamericanos expresan una religiosidad que incluye un culto diferenciado, trances,
posesiones, sacrificios de animales vivos (generalmente gallinas) e invocaciones.

frases, expresiones gestuales y actitudes sin sentido. Achim era un buen hombre y ella había conquistado su corazón. Quienes los frecuentábamos advertíamos que ella se servía de Achim, utilizándolo como financiador de sus gustos ostentosos y caprichos desvariados. El había comprado un hermoso terreno en una colina que se orientaba hacia la playa de João Fernandes con una vista de quitar el aliento. Allí terminaba la construcción de una amplia y bella casa donde ambos vivían. Con frecuencia ella se ausentaba algunos días que, según Achim, empleaba para visitar su familia, en la Baixada Fluminense y para visitar el terreiro[16] . De vez en cuando veíamos a Achim con moretones y cortes en el rostro y los brazos. Las heridas aumentaban en intensidad y en frecuencia. Achim reía y decía que Cidinha se había enojado con él.

❖ ❖ ❖

Una mañana surgió una enorme y lujosa embarcación que había fondeado por la noche frente a la playa de Armação. Era el Melika. A la mañana siguiente todo tipo de curiosos se aventuraban aproximándose para admirar de cerca al Melika. Inmaculado casco blanco y ventanas oscuras. El yate ostentaba un pabellón belga, ciertamente por ventajas impositivas que ese país ofrecía a

[16] **Terreiro**: El terreiro de macumba es un terreno cercado con un edificio que está rodeado por un patio amplio. En él hay tres zonas definidas que suelen llamarse Paraíso, Purgatorio e Infierno, en el lenguaje de la macumba. El edificio principal es el Paraíso y pertenece al Orixá o Santo.

armadores de diferentes partes del mundo. Traineras de pescadores y otras pequeñas embarcaciones husmeaban alrededor de donde estaba anclado el imponente yate. Rápidamente las rémoras locales se sintieron atraídas por el olor del dinero y buscaban la forma de garantizarse un lugar, a tarascones si fuese preciso, junto a un príncipe saudí que parecía ser su dueño. Eran su séquito. Un séquito que el príncipe no necesitaba llevar consigo, puesto que él sabía que podía reunirlo rápidamente en las aguas donde fuere que fondease el Melika. Poco a poco el Príncipe Arif Al Falak comenzó a incursionar por la calle de las lajas, seguido por una singular fauna que ejercía la función de improvisada corte. La líder de esta chusma era una paulistana[17] llamada Zaira. Ella ya había mostrado su obscura esencia cuando Raúl, un marplatense de 25 años, había enfermado gravemente y aún se desconocía la causa de su dolencia. Cuando enfermó había dejado al cuidado de Zaira su agencia de viajes, y su diminuta perrita, llamada Hagar, en la playa de Armação. Raúl alquilaba buggies, de terceros que confiaban en él y le dejaban sus vehículos. Era común ver a Raúl y Hagar jugando sobre el pequeño muro que separaba la calzada de la arena de la Praia da Armação. Raúl le arrojaba trozos de madera al mar a Hagar. Ella no dudaba en entrar al agua, mojarse y nadar en el mar para recuperarlas a pesar de su diminuto tamaño que apenas llegaba a los treinta centímetros a la cruz. Luego la perrita tomaba piedritas de la playa de Armação y nos las traía a quienes nos sentásemos a departir con Raúl y a mirar

[17] **Paulistana/o**: Gentilicio atribuido a los nacidos en (o habitantes de) la Ciudad de São Paulo.

el mar bajo una frondosa almendro a la hora de la siesta; acompañados tan sólo por el monótono canto de las cigarras que anunciaban otra jornada de calor. En poco más de dos días Zaira se había convertido en una especie de filtro por el que tenían que pasar todos aquellos que querían llegar hasta el príncipe Arif. A ella le convenía, puesto que los comerciantes comenzaron a buscarla para ofrecerle comisiones sobre las ventas en boutiques y restaurantes de la calle de las lajas sobre los consumos del príncipe Al Falak. Zaira se mostraba indiferente, aunque en realidad sólo esperaba que los comerciantes aumentasen su comisión para que ella llevase al príncipe a sus establecimientos. Arif era alto, de nariz aguileña, cabello y ojos negros; de piel morena: todo un árabe, podría decirse. Se vestía esmeradamente como los príncipes lo hacen. Poco a poco Arif y su séquito comenzaron a ser vistos en los principales establecimientos de la ciudad; siempre acompañados por Zaira, que ahora vendía lugares a la mesa del príncipe.

Ella era una mujer delgada, alta e insulsa. En sus ojos podía verse la frialdad de la piedra que ocupaba el lugar donde debería encontrarse su corazón. Aún recuerdo la última charla que mantuvimos Raúl y yo, bajo un almendro. Ambos amábamos el mar. Raúl había navegado hasta el Caribe en el imponente velero de Eduardo Zawotsky: un argentino de excelente posición económica que sabía vivir y compartía lo que tenía; en eso estribaba su verdadera riqueza. Recuerdo que ese día el mar estaba calmo y el tibio sol de Junio

calentaba lentamente la arena aún húmeda por la marea alta. Me senté junto a Raúl sobre un tronco que el mar había traído. El, a esta altura había perdido bastante peso y estaba visiblemente demacrado. Permanecimos observando en silencio la majestuosidad del paisaje que teníamos ante nosotros.

El mar nos conducía inexorablemente a la reflexión. Nos endurecía por fuera, al tiempo que nos ablandaba el corazón. Entonces Raúl, cuyos pensamientos no estaban lejos de los míos, me habló con la mirada perdida en el infinito mar que nos abrazaba:

—El mar no es para las mujeres. No lo comprenden y por no comprenderlo acaban por odiarlo, como es común en las personas con todo aquello que no comprenden. La vida en el mar ofrece jornadas interminables, poca agua, trabajo arduo, noches de sueño interrumpido, alcohol y tabaco y poco (o nada) de sexo. Solamente un puñado de verdaderas desquiciadas podría gustar de esa combinación —dijo, al tiempo que esbozaba una sonrisa con dificultad; probablemente a causa del dolor que lo aquejaba en la base del vientre.

Prosiguió aún:

—No hay nada en el mar que seduzca a una mujer, a no ser contemplarlo desde la playa. Ni la poca cantidad de agua dulce para el aseo personal, ni la sal, ni el vaivén de las olas, ni el viento, ni nada. Las mujeres aman la arena, la playa, donde pueden yacer por

horas al sol mientras que para un marino, un banco de arena puede significar la muerte. Desde el comienzo de los tiempos la mayoría de las mujeres ha tratado de evitar relacionarse con los hombres de mar. Así pueden prevenirse de perderlos en él, con todo lo que esto representa. Cuidar solas de sus hijos y que los hijos varones quieran seguir la estela de espuma que sus padres dejaron, representando el doble riesgo de perder a ambos: padre e hijos —permanecimos largo tiempo en silencio y continuó— sin mencionar la angustiante falta de certeza, vital para las mujeres, de no saber dónde y qué están haciendo sus hombres a cada instante. Estas y otras tantas desventajas, tal vez, hicieron que los seres más bellos de la creación, simplemente no gusten de navegar los mares. Esas enorme islas rodeada de pequeños continentes. Pero en tierra firme sí. Allí sí ellas se sienten seguras para amar, procrear y construir sus familias; no en el mar, donde se acumulan las pasiones que ellas nos ayudan a descargar en tierra firme. Para después perdernos en el mar nuevamente una y otra vez en un ciclo sin fin...

Hablamos largamente sobre grandes navegantes: Bligh[18], Fitzroy, Joseph Conrad, Herman Melville, Jack London, Tabarly y Moitessier.

[18] Vicealmirante William Bligh (1754 - 1817) oficial de la Royal Navy y administrador colonial. En 1789 hubo un motín a bordo del HMS Bounty, liderado por uno de sus oficiales (Fletcher Christian) en las proximidades de Tahiti. El capitán Bligh y sus hombres debieron realizar un periplo en un bote de 7 mt, abandonados en alta mar por los amotinados con algunas provisiones. Bligh realizó una de las mayores proezas de la navegación al alcanzar Timor Leste, completando 3.618 millas náuticas (6.700 km) en 47 días, con la única baja de un hombre en Tofua, Nueva Guinea, por malaria.

Hombres que conocieron íntimamente el mar y gracias a él acabaron siempre amando más a la vida y a sus semejantes y un poco menos a sí mismos.

Raúl me dijo, con los ojos vidriosos, que iría hasta la clínica del Dr. Joaquim.

—¿Te ayudo en algo?

—No. Gracias. O mejor... sí. Si me dejan internado, cuidame a Hagar.

—Quedate tranquilo —le dije— la voy a cuidar bien hasta que vuelvas.

❖ ❖ ❖

Capítulo X

La noche

El día moría y yo regresaba a la más oscura de las noches; a las tinieblas, cuando el sol se iba y aparecían las primeras estrellas, comenzaba mi calvario. No es posible levantarse temprano cuando uno se va a dormir a las seis o siete de la mañana todos los días. Cada partícula de mi vida estaba invertida. Creía que los secretos y los misterios de la vida se escondían en la noche y podían revelársenos cuando su manto se extendía sobre nosotros. Sin embargo nunca conocí en la noche al gran amor de mi vida, ni a ese gran amigo, ni hice el negocio que me transformó en millonario. La noche es para los búhos, murciélagos, vampiros y espíritus obscuros. Ellos viven y duermen al revés y literalmente duermen cabeza abajo.

Me preparé, subí a mi auto y me dirigí hacia Manuelle. Estacioné en frente, del lado de la playa. Esa noche apareció Zaira y pidió hablar conmigo.

—¿Quería saber si te interesaría que trajese al príncipe saudí Arif Al Falak a cenar a este establecimiento? —me preguntó.

—Sí él príncipe así lo desea, será bienvenido —le respondí.

—Bien. Te voy a contar como trabajamos: Tenés que contribuir con un canon.

—¿Canon? ¿En carácter de qué? —le pregunté.

—Para que el príncipe honre tu establecimiento con su presencia.

—Bueno. Les puedo ofrecer un welcome drink: una caipiroska y una entrada, por cuenta de la casa —le respondí.

—No. No me estás entendiendo. Tenés que pagar mil dólares para que yo te agende y asegurarte que el príncipe venga con su comitiva; unas doce personas —dijo, con la seguridad propia de los impostores.

—¿Vos me estás tomando por pelotudo? —le pregunté —andá a trabajar; cretina. Salí de acá…

Zaira se retiró ofendidísima y aún le grité:

—Y el café: te lo regalooooo…

Mis gritos fueron oídos por Emanuelle y enseguida vino.

—¿No te parece que era interesante que viniese el príncipe? Me parece que acabás de desperdiciar una excelente oportunidad. Después de todo mil dólares no es tanto —me increpó.

—¿Vos también me vas a tomar por pelotudo, Emanuelle?

Emanuelle se levantó de la mesa y salió insultándome en créole[19] .

[19] **Créole**: Criollo. Mezcla de idiomas de África occidental y francés.

Poco después Emanuelle regresó y me dijo que debíamos prepararnos para el próximo feriado.

—Vamos a tener que prepararnos bien. Tú no tienes idea de la cantidad de gente que va a venir —me balanceó Emanuelle.

Drago llegó y Emanuelle me codeó y, guiñándome el ojo, me dijo que conversase con él para ver si quería trabajar como guardaespaldas durante el feriado; y sólo por el feriado. Le expliqué que no me parecía una buena idea, pero ella insistió. Le dije que no consideraba prudente tratar de servirse de una energía que no se es capaz de controlar pero, a pesar de ser el gerente, la última palabra siempre era de Emanuelle. Drago fue directamente hacia Emanuelle. Le dio un beso en cada mejilla. Ella lo saludó con una sonrisa y le dijo que yo quería hablarle.

Me acerqué y lo saludé. Estaba muy flaco. Los ojos de águila, ahora, parecían más chicos; hundidos. Poco tiempo después llegó su perro Diable, y se echó al lado de la moto de su amo. Drago se aproximó y me dio una doble palmada a la altura de mis costillas. Al saludarme, disimuladamente, estaba palpándome de armas. Sonrió y pidió un coñac con azúcar y un café.

—¿Quieres hablar conmigo?

—Sí. Sentémonos —dije, tratando de que no notase preocupación en mi voz.

Papai trajo coñac y café para Drago y una Coca-Cola para mí. Le pregunté si estaba disponible para el feriado a lo que respondió afirmativamente. Discutimos el valor de su trabajo y llegamos a un acuerdo. Drago comenzaría el viernes a la hora 20:00. Tomó su café y bebió el coñac con azúcar de un solo trago. Se levantó y partió. Lo observé desde la puerta como esquivaba un Gurgel de la 127ava Delegacía de Policia Civil. Aceleró a fondo y se perdió en dirección al centro. El Gurgel se detuvo justo delante de la puerta de Manuelle. Se bajó un petiso regordete que se dirigió al interior, pasando a mi lado sin siquiera saludar. El chofer del Gurgel también bajó del vehículo. Era un tipo alto, grande y miope a juzgar por sus gruesos anteojos. Sacó un paquete de cigarrillos se colocó uno en la boca. Se acercó y me pidió fuego; parecía sufrir algún tipo de retardo mental. Le indiqué que se dirigiese al mostrador. Me respondió que no podía dejar el vehículo solo. Le pedí cortésmente que moviese el vehículo hacia otro lugar y le expliqué que a nadie le gusta ir a un lugar donde hay un patrullero en la puerta. El retardado me pidió que le vigilase el auto mientras él entraba por fuego. Pensé decirle que ese no era problema mío pero le dije que esperase. Le di fuego y encendió su cigarrillo sin agradecer, subió y le dio arranque al auto. El auto dio un salto descontrolado hacia adelante, por estar en cambio. El retardado bajó nuevamente. En ese momento el petiso salió y se dirigió hacia mí y me habló.

—¿Usted es el gerente?

—Sí.

—Venimos a ayudarlo brindándole servicios de vigilancia y seguridad para el feriado; para que usted pueda trabajar tranquilo, despreocupado. Hablamos con Doña Manuelle y nos dijo que hablásemos con usted.

—Manuelle es el nombre de la casa. Emanuelle es el nombre de su dueña, además llegaron tarde. Si ustedes hubiesen llegado un poco antes, podía haber considerado su propuesta, pero lamentablemente ya cerré un trato con otra persona —respondí.

—¿Con quién? —me preguntó el gordito.

Pensé en responderle que no era de su incumbencia, pero me contuve puesto que no podía adivinar el futuro ni saber si los necesitaría más adelante. Respondí a su pregunta.

—Con Drago.

—Reconsidere nuestra propuesta —me dijo el petiso, en tono sutilmente amenazante.

—Hagamos una cosa —le dije— demuéstrenme que ustedes valen más que Drago y podemos conversar.

—De acuerdo —respondió el petiso.

Se fueron.

Al día siguiente hice todos los pedidos necesarios. Mero, abadejo, besugo, anjova[20], langosta, langostinos, scampi[21], cavaquinha[22], incluyendo a los contrabandistas de whisky y de licores importados; ya que había aprendido a descubrir el whisky falsificado[23].

Me preocupaba que la mise en place[24] fuese realizada debidamente y que no faltasen productos de la lista de compras. El pescado había llegado a tiempo, conservado en hielo; impecable. Moluscos y crustáceos, también. Bebidas, hortalizas y frutas, también. Esa tarde llegó un pernambucano pidiendo empleo. Se presentó como Brown. Era negro y tenía corto el frenillo; hablaba de un modo gracioso; con la "Z". Se ofrecía para preparar tragos tropicales con un particular esmero en la presentación de los mismos, según él mismo se promocionaba. Le di la oportunidad de demostrar lo que decía saber hacer. Lo hizo. En menos de una hora preparó una vistosa variedad de tragos aprovechando las cavidades obtenidas a partir de haber vaciado una piña, un mango, un coco, bananas y papaya. El resultado fue excelente. Una imaginativa variedad de recipientes y adornos eran los recipientes donde presentaba el mismo trago a base de

[20] **Anjova**: Anchova de banco o pez azul (bluefish) Pomatomus saltatrix, Pez abundante en aguas subtropicales y templadas. Apreciado por su carne y para la grilla por ser graso.

[21] **Scampi o Cigala de mar**: Crustáceo de la familia Nephropidae. Especie comestible por su sabor. Langoustine.

[22] **Cavaquinha/Cavaca**: Cavaca o "langosta de piedra" (Scyllarides brasiliensis). Crustáceo de Brasil (espec.Bahía). La cavaca adulta mide hasta 20 cm. De sabor delicado y mejor que el de la langosta.

[23] **Whisky falsificado**: Después de agitarlo, produce espuma que no perdura. El genuino presenta espuma que tarda en desvanecerse.

[24] **Mise en place**: Fr. Puesto en el lugar. Tarea de preparar los ingredientes necesarios para el despacho: cortes de carne, condimentos, salsas, especias, cubiertos, vasos, servilletas, verduras cortadas y otros componentes que se requieran para la carta.

cachaça o vodka, leche condensada y leche de coco. El sabor era casi el mismo pero los “envases” eran diferentes. Esto bien podría justificar el precio que deberían pagar los galanes por satisfacer los caprichos de las mujeres que se deslumbrarían con tal variedad de formas, colores y texturas. Lo contraté.

Llegó el esperado viernes y me puse la ropa, que Doña Negazinha lavaba y planchaba semanalmente en su casa con maternal cariño y me dirigí hacia mi trabajo. Esa tarde no conseguí dormir bien por los bocinazos de los autos abarrotados de cariocas que llegaban a la península.

La apacible aldea se estaba convirtiendo en un lugar superpoblado. Me desvié debido a la cantidad de autos que había sobre la avenida principal. Al llegar vi una cantidad inusual de jóvenes de ambos sexos que pululaban por las calles en un visible estado de excitación. Cuando llegué, Pixote me atajó a la entrada:

—El pescado no vino y Emanuelle está muy enojada.

—¿Sí? —le respondí, restándole importancia.

Cuando entré, Emanuelle estaba muy enojada y como es común entre las mujeres, antes de saludarme, me descerrajó a quemarropa:

—El pescado no vino. ¿Qué vas a hacer?

Por un instante se me heló la sangre. Sabía que era imposible conseguir pescado noble y fresco para el feriado más importante del

año, después del de réveillon[25]. De nada serviría perder tiempo en tratar de conseguir lo que no había. Mi única esperanza era que el distribuidor de pescado se hubiese atrasado y llegase más tarde de lo combinado con la mercadería pedida. No había lugar alguno en la región donde se pudiese comprar pescado fresco, de carne noble, a última hora. Acepté resignarme a lo que el destino me deparase sin amargarme; después de todo no había nada que pudiese hacer para remediarlo. Pero entonces rápidamente recordé haber visto las cajas de pescado fresco cubiertas con hielo en escamas.

Llamé a Pepe que vino rápidamente y le pregunté cuánto pescado teníamos. Me respondió que había veinte kilos de pescado fresco y unos quince de congelado. No comprendí. Le pedí que me explicase. Pepe me explicó. Había unos quince kilos de anchova congelada y al medio día había llegado el pedido del feriado (el mismo que yo había visto). El lo había recibido, pesado y había firmado los remitos.

—¡Hay pescado, jefe! Quédese tranquilo —fue su respuesta.

Pixote había hecho una tormenta en un vaso de agua, sin medir las consecuencias.

[25] **Réveillon:** Del verbo francés *réveiller*; despertar. Expresión para una colación leve a la noche para despertarse. En el s. XX, el término designó las celebraciones de año nuevo. Un famoso Réveillon es el de Copacabana (RJ, Brasil) con fuegos artifíciales a medianoche.

Dejé mis cosas en la caja, detrás del mostrador. Entonces Pepe me ofreció café recién hecho que acepté y cuando me lo trajo me preguntó:

—¿Supo lo que le pasó a esta chica argentina que andaba en moto?

—¿A quién, Pepe?

—Una rubia, pechugona, que trabajaba en la crepería…

—¿Verónica? —le pregunté, mientras pensé en la rubia que había cruzado por primera vez en la playa en compañía de Jorge— ¿qué le pasó?

—Parece que tuvo un accidente de tránsito con su motocicleta. Perdió una pierna; tuvieron que amputarla para salvarle la vida.

Pepe estaba en lo cierto. Verónica había perdido una pierna. Me parecía una terrible injusticia macular la belleza de Verónica con la amputación de una pierna. ¿Cómo caminaría? ¿Quién se sentiría obnubilado por su esplendor mientras contemplaba una mujer discapacitada que se arrastraría con ayuda de muletas y con los brazos desproporcionadamente desarrollados como consecuencia; para sembrar su mueca de tristeza estampada en forma indeleble en sus facciones angelicales, ahora transformadas en un rictus de amargura? No encontraba respuesta para tamaña injusticia, aunque después de todo comenzaba a aprender que la justicia humana es un

concepto totalmente naive. La única justicia verdadera es la Justicia Divina, la misma justicia que le había permutado una pierna entera a Verónica a cambio de su vida.

—Es la vida, jefe… —me dijo Pepe, mientras me ofrecía un cigarrillo que acepté.

—Otra cosa —continuó Pepe— el alemán este que es amigo suyo, Achim, se suicidó…

No podía creerlo. Luego dudamos de la veracidad de la versión dado que él había confesado más de una vez que detestaba las armas y el arma con la numeración borrada, fue encontrada en su mano derecha y Achim era zurdo. La justicia determinó como suicidio la causa de su muerte. Los vecinos del elegante barrio donde vivía se quejaron por el ruido de las desenfrenadas fiestas que Cida daba en la casa que habían compartido. Poco tiempo después ella vendió la casa y desapareció para siempre.

Emanuelle vino a exigirme una actitud a tomar para solucionar la supuesta falta de pescado y bebí mi café sin mirarla a los ojos, mientras me ametrallaba con sus críticas y comentarios peyorativos. Después de todo tenía un as en la manga y me pareció importante dejarla correr para conocerla un poco más; cuando pareció cansarse de despotricar contra mí, irónicamente, le pregunté si había terminado, porque me estaba arruinando el café, y la noche iba a ser muy, muy larga; aunque yo mismo, aún, no supiese cuánto.

Probablemente mi exceso de seguridad le llamó la atención y desconfió; a juzgar por su mirada.

—¿No vas a hacer nada? —me disparó.

—¿Con qué, Emanuelle?

—Tú me está tomando por una idiota, desgraciado —me dijo riendo.

No pude contenerme y también reí.

—Papaaai. Papaaai.

El viejo parecía salir de su sarcófago y compareció ante su ama.

—Sí, Doña Emanuelle.

—¿Hay pescado fresco en la casa?

—Voy a ver, Doña Emanuelle —dijo el viejo.

—¡Hijo de puta!

—¿Por qué hijo de puta? —le pregunté, serio, a Emanuelle.

—Tú sabe por qué... El pescado llegó y tú no dijo nada.

—No sabía. Pixote me atajó a la entrada practicando el terrorismo y me dijo que el pescado no había llegado. Me dijo que estabas muy enojada conmigo.

Papai había regresado y sostenía un trozo de papel entre sus dedos.

—Doña Emanuelle: Hay pescado fresco. Sí, señora.

—Puta merda, Papai. Todo el mundo ya sabe que tenemos pescado fresco. ¿Por qué tú no coloca un anuncio en el diario?

Papai quiso disculparse.

—Doña Emanuelle: Yo sólo hice lo que la señora me mandó...

—Tú es un retardado. Fuera de aquí —gritó Emanuelle— Pixooooot —gritó.

Pixote entró mientras pude ver a Pepe observando por detrás de la cortina de cuentas de la cocina.

—¿De dónde tú sacó que no había pescado fresco? ¿Eh? Stupide.

Pixote me miró y se echó a llorar.

Entró la primera mesa. Dos parejas de franceses en sus treinta y pocos se acomodaron en la mesa redonda al lado de la ventana que da al mar. Pidieron langosta y champagne. Un buen comienzo. Después llegó otra y otra y otra más. A las nueve de la noche la casa estaba llena y los pedidos salían, con alguna demora, como es normal siempre que uno no vaya a un McDonald’s, a pesar de la enorme carga de stress que Emanuelle colocaba en cada uno de nosotros. Drago no había llegado aún y ya eran las nueve pasadas. A eso de las diez de la noche el Gurgel de la policía se detuvo en la puerta.

Emanuelle se enfureció y me gritó para que les dijese que corrieran el auto. Salí y los dos me sonrieron.

—¿Pueden colocar el auto en otro lugar…? —les pregunté.

—Lo que pasa es que así lo vemos.

—No importa si lo ven o no lo ven. Por favor saquen el auto de la puerta —dije en voz alta.

El grandote se dio la vuelta para mover el vehículo pero el petiso me miro y lo hizo desistir.

—¿Usted cree que nos va a decir lo que tenemos que hacer? —me increpó el petiso, mirándome desafiante fijo a los ojos.

—Acá, sí.

—¿Y sí a mi no me gusta lo que me dice y lo llevo detenido, qué va a hacer…?

—¡Se va a enojar y no te va a dar trabajo nunca más…! —dijo un Drago visiblemente molesto que abría la reja del portón de entrada y avanzaba, dirigiéndose a los dos policías.

El petiso hizo un movimiento rápido con su mano derecha, tratando de buscar algo en su espalda, sobre su cintura. Sacó una pistola y antes de poder apuntarle a Drago, la pistola, ya estaba en la mano de Drago que le había arrebatado la pistola al policía casi sin que este lo percibiese.

—Eso no se hace —le dijo Drago, mirándolo fijamente desde arriba.

El grandote habló.

—Drago escuche: es mejor que no se meta en esto porque...

Con la velocidad y la fuerza de un rayo, Drago le acertó un cabezazo al grandote que le hizo flexionar las piernas y desplomarse sobre sus rodillas mientras él todavía tenía la pistola del petiso en la mano.

—¿Qué dice, señor? —le preguntó Drago al petiso; que a esta altura del partido siquiera respiraba— eso no se hace: apuntarle con una pistola 9 mm. a un hombre desarmado... ¿No le parece?

Drago le gritó.

— Te hice una pregunta, enano…

— Sí. Tiene ra… razón. Pe…, per…, perdóneme.

—¡Ah! Es verdad, ahora tengo razón, ¿pero me apuntaste con un arma; no?

Drago retiró el cargador de la pistola que colocó en el bolsillo interno de su chaqueta jean y con el pulgar fue retirando las balas del cargador y colocándolas en su otra mano. Cuando terminó, arrojó las balas al mar con un rápido movimiento de su brazo. Tomó la

pistola y el cargador vacío y se los dio al petiso que estaba lívido de miedo. El grandote aún yacía en el piso; sin sentido.

Drago asió la cabeza del petiso con sus dos manos y echó hacia atrás la suya.

—No me lastime —clamó el petiso, desesperado, lloriqueando.

—¡Qué gran hombre! —dijo Drago sonriendo—Me ibas a someter a punta de pistola, cuando ni siquiera sabes usarla y ahora me pides por favor que no te pegue... ¡Fuera de aquí! —bramó Drago. Rápido; fuera de aquí.

El petiso salió corriendo y Drago tomó un balde con hielo que estaba sobre el mostrador del bar del jardín; colocó la mano para que no saliese el hielo que se encontraba en su interior y vació el agua helada sobre la cara del grandote que escupió, tosió y abrió los ojos.

El grandote se incorporó torpemente y se dirigió hacia la calle dirigido por Drago, que lo sujetaba de la parte trasera del cuello de su buzo. Inmediatamente se escuchó el motor del Gurgel que aceleraba en dirección a Ossos.

Drago me saludó y entró como si nada. Me costó recuperarme de la situación. Me acerqué al mostrador del bar y dejé el balde con hielo. Le pedí una doble medida de vodka solo a Brown que me la sirvió enseguida; hice fondo blanco y entré. Dentro del salón todos estaban contemplando la escena. Pixote fue el primero en hablar.

— Los policías lo van a buscar y lo van a matar —dijo.

—¡Basta retardado! —lo increpó Emanuelle, severa.

Pepe se ofreció, caso yo necesitase algo; le agradecí. Me preguntó si iba a cenar. Le dije que no, pero él insistió.

—Pasó un mal trago, jefe —me dijo— aproveche ahora que no hay movimiento. Si no cena ahora no podrá comer tranquilo hasta mañana a la mañana.

Tenía razón. Le pedí un bife con papas fritas. Pepe fue hacia la cocina para prepararme la cena. Emanuelle se acercó y se sentó a mi mesa en silencio y miró hacia lo alto frunciendo los labios; Drago estaba cerca. Ella me insinuó con un guiño prolongado de sus ojos que luego hablaríamos del incidente. Concordé. Poco a poco la casa comenzó a llenarse; cuando terminé de cenar solo había una mesa vacía, además de la que yo ocupaba. Ya había terminado. Me levanté y salí al jardín para fumar un cigarrillo. Drago estaba al lado del portón de hierro; el jardín ya estaba lleno. Del lado de afuera había unas setenta personas, entre chicos y chicas, que esperaban entrar. Una de ellas me llamó por mi nombre. No la recordaba a pesar de haberla observado detalladamente; era una morocha atractiva. Le pedí a Drago que la dejase entrar y él obedeció. La morocha entró acompañada de otras dos chicas. Las tres me dieron besos en señal de agradecimiento. La noche se ponía cada vez más concurrida y el volumen de la música ya había aumentado. Era un espectáculo raro.

El ventanal que daba al mar parecía una enorme pantalla de cine por donde desfilaban decenas de personas que esperaban poder entrar, para tener esa gran oportunidad de conocer al hombre, o a la mujer, de su vida.; pero ese no era mi problema. Mi responsabilidad era asegurarme de que los clientes estuviesen contentos y de venderles alguno de los productos que los mozos no eran capaces de venderles. Después de todo, un mozo no es, o no debería ser, sino un gran vendedor; sólo eso. Nada más. A las dos de la mañana el lugar estaba lleno y un centenar de personas esperaba su oportunidad para entrar. Cuando me asomé al jardín, Drago, ya había conquistado una hermosa mujer de unos veinticinco años que a juzgar por su vestimenta, pertenecía a la clase alta carioca. Una veintena de chicas me llamaban por mi nombre, aunque siquiera las conociera. Me propuse tirar partido de la situación; me acerqué, saboreé el narcótico gusto del poder y comencé a escogerlas a mi antojo. Drago abría el portón para las que yo le indicaba que, indefectiblemente, entraban y me daban un beso en cada mejilla antes de agradecerme. Finalmente una morocha exuberante me atrajo, mientras conversaba animadamente con Brown.

La tomé de la mano y le ordené a Pixote que trajese un taburete para ella. La acomodé en el bar de Brown y le pedí que le sirviese un trago; lo que ella pidiese y que lanzase la comanda a mi nombre. Era carioca; una profesora de inglés dos años mayor que yo

y que me había lanzado una mirada seductora. En algunas horas ya habíamos intercambiado calurosos y húmedos besos.

Al promediar las cuatro de la mañana quedaba poco hielo. Mandé despertar a Papai, le di dinero y le pedí que fuese hasta la estación de servicio a traer hielo; el viejo obedeció enseguida. Del lado de afuera habría unas doscientas personas pujando para entrar. La Lambada se fundía con la luna aún rojiza que buscaba su escondite en el horizonte. Entonces entró un grupo de argentinos arrebatados por el sol. Cuando vi a la rubia que formaba parte del grupo, entonces comprendí porqué Drago los había dejado entrar. Su ingreso coincidió con la partida de un grupo que se encontraba sentado frente al acuario en forma de ojo con los hipocampos, que a esta altura de la noche deberían estar apavorados con el humo del tabaco, las luces de colores, el ruido, las voces, la gente danzando y la música alta. Me asomé al jardín y vi a una atractiva mujer de cabello negro conversando animadamente con Brown; la mujer me lanzó una mirada llena de seducción. Cuando miré hacia la reja de entrada vi a Drago que saludaba a un hombre de la misma forma que me había saludado a mí: con dos palmaditas al final de las costillas. No se trataba de un saludo. Drago estaba palpando de armas a los clientes que ingresaban; lo mismo que había hecho conmigo. Poco a poco la multitud de la puerta comenzó a disminuir, a pesar de la casa continuar llena. Papai regresó con el hielo. Entonces Drago le dijo a Papai que se quedase en la entrada y que él estaría adentro, caso lo

necesitase. Aprovechando que el movimiento nos daba una pausa, aproveché y retiré el dinero de la caja de Brown y de la caja de las entradas. Firmé los comprobantes de las retiradas que hice y me dirigí hacia la caja para contar nuevamente el dinero y lanzarlo en el libro de caja. Mientras lanzaba el dinero recaudado y lo separaba en fajos iguales. Drago se acercó, me pidió dinero y una botella de champagne; le di ambos y observé como tomaba por la cintura a una rubia esplendorosa; salió con ella y subieron a su moto. Ambos se perdieron, ciertamente con destino a la casa donde Drago vivía, en la Rúa da Brava, fundiéndose con las primeras luces del alba.

❖ ❖ ❖

Capítulo XI

Rojo y blanco

Pocos días después fui a desayunar a La Boca. Allí me enteré que el Melika había levado anclas durante la noche. El yate y el príncipe habían partido para siempre. Terminé mi desayuno y fui hasta la cafetería Maré Mansa, de Eurico. Allí estaban reunidos varios comerciantes preocupados por la súbita partida del yate y del príncipe.

Todos los pagos de los consumos del príncipe habían sido efectuados con una importante tarjeta de crédito que poco tiempo

después se supo que había sido cancelada por su titular con anterioridad a su llegada a la península.

El tendal pasaba de los ochenta mil dólares. En aquella época no existían terminales electrónicos del tipo posnet. Las empresas de tarjetas de crédito enviaban mensualmente una gruesa publicación a los comercios adheridos conteniendo cientos de miles de números de tarjetas de crédito. Si la tarjeta consultada no formase parte del informe, podía ser aceptada; en caso de que su titular no pagase la factura, la empresa pagaba íntegramente la compra al establecimiento en cuestión. La estafa consistía en esperar que la publicación fuese enviada al comercio adherido y entonces denunciar el hurto, robo o pérdida de la tarjeta. Así, los delincuentes contaban con casi un mes para utilizarla después de haber denunciado la pérdida de la misma.

Nunca más supimos de Zaira. Probablemente ella también creyó que el “príncipe” era quien decía ser. Cuando percibió haber sido utilizada gracias a su propia ambición desmedida, también se dio a la fuga para no ser presa.

❖ ❖ ❖

Hermelinda trabajaba en Manuelle como auxiliar de servicios generales; era la encargada de hacer lo que fuese necesario; desde limpiar los baños hasta ir a comprar azúcar o ayudar en la cocina. Negra, aparentaba unos cuarenta y tantos años; se había juntado con un viejo pescador mucho mayor que ella a quien le había dado algunos hijos. Los críos gritaban sin cesar, descalzos y semidesnudos, chorreaban todo tipo de fluidos por donde se los mirase. Una tarde me dijo que el mes próximo sería su cumpleaños e iba a preparar una fiesta, en su casa, para celebrar sus primeros treinta años.

—¿Treinta…?

— Sí.

A sus treinta años la mujer había envejecido prematuramente; había nacido en el barro, vivía en él y, probablemente moriría así. Pero lo que ella me estaba pidiendo era tan solo que yo la honrase con mi presencia en su cumpleaños; nada más. Después de todo, lo que me pedía era que concurriese a un lugar, probablemente un patio con piso de tierra, donde seguramente habría una parrilla improvisada, con salchicha parrillera, alitas de pollo, farofa[26], arroz, cachaça, samba amplificada a más no poder, y parte de la comunidad local que en poco tiempo, debido a los efectos del alcohol, se pondría pegajosa y terminaría cada frase, articulándola con dificultad, con la

[26] **Farofa:** Harina de mandioca torrada o salteada con manteca, o grasa y a veces mezclada con huevos, aceitunas, panceta, carne, etc.

expresión: “porque você é meu amigo…”, al tiempo que se golpearían el corazón con el puño cerrado tratando de demostrar un honor y una serie de códigos de lealtad que sólo existirían efímeramente en su etílica imaginación.

A esto debía agregarse el contacto físico que nos imponían quienes ya estaban alegres y que tan desagradable nos resultaba a todos los extranjeros. Básicamente consistía en colocar su mano en los hombros o brazos de sus interlocutores; o en el pecho. No que fuese una provocación; no estábamos acostumbrados a eso y simplemente no nos resultaba agradable la combinación de oratoria pastosa con el contacto físico. Me sentí tentado a inventar una excusa para evitar la invitación; pero recapacitando pensé que no era un esfuerzo tan grande y acepté. Finalmente el día del cumpleaños de Hermelinda había llegado; compré dos remeras y fui hasta el lugar del evento. A una cuadra de distancia se veía el humo y a cincuenta metros se escuchaba alto el samba, deformado y áspero, por la mala calidad de los parlantes. Al llegar, Hermelinda me recibió. Usaba maquillaje en exceso y reconocerla me resultó difícil. La saludé y le entregué el obsequio. Me presentó oficialmente a su marido: un viejo desaliñado de unos sesenta y pocos años, con pocos dientes, incipientes cataratas y la barba, blanca, de cinco días: ojotas, bermudas, una remera desteñida con un eslogan de un partido político y un gorrito de beisbolista, también quemado por el sol, con otro eslogan de otro partido político. Cuando me acerqué

para estrechar su mano callosa, ajada y resecada por la sal marina y el trabajo, sentí el olor a cachaça. El viejo me hablaba y lo que me decía me resultaba ininteligible, por más que me esforzase. Debía ser por la pérdida de aire, disipada por los dientes faltantes, sumada a una dicción deficiente; más la cachaça. El viejo reía; yo también le dije algo ininteligible y él continuaba riendo. Hermelinda estaba pendiente de nuestra empatía, como si esperase mutua aprobación al conocernos; cuando ambos reímos, Hermelinda se relajó y me presentó al resto de su interminable familia. Tuve la extraña sensación de formar parte de una imagen obtenida con un daguerrotipo. De ser tan desconocido para quien observase esa imagen dentro de ochenta o noventa años como lo eran para mí las personas que me rodeaban en ese instante. Una mujer negra de unos veinte y pocos años llamó mi atención. Era voluptuosa y sensual y vestía provocadoramente una ceñida pollera roja que dejaba al descubierto sus largas piernas de ébano. Me escudriñaba de reojo. Sus pechos firmes y en su lugar me hicieron abstraerme por un instante e imaginé la aréola de sus pezones del tamaño, y color, de hamburguesas. Bajó la vista parpadeando y se rio; provocándome. Un muchacho impecablemente vestido con un ambo blanco se interpuso entre ella y yo. La mujer lo miró como acababa de mirarme a mí. Ella estaba buscando compañía y probablemente, sus hormonas estuviesen en sus niveles más altos. Hermelinda continuaba

presentándome su interminable galería familiar. Saludé a otra mujer. Hermelinda me presentaba orgullosa como su jefe.

—Me parece que ya fuimos presentados, señora —dije.

Hermelinda me interrumpió.

—No, no… Esta es mi tía Eunice. La que usted saludó a la entrada es mi tía Berenice, que es hermana de ella. Son muy parecidas. ¿No? Esta es otra tía. Las dos son hermanas de mi mamá —me explicó.

Dijo aun que su madre no se encontraba porque acababa de casarse y estaba en su luna de miel en la chacra del patrón de su nuevo marido y también joven padrastro bastante menor que Hemelinda. El muchacho del traje blanco se presentó como artista plástico y fotógrafo. Para mí era solo pintor y fotógrafo, por lo menos hasta que hubiese podido juzgar su trabajo. Un verdadero artista es una persona capaz de hacer arte; o, por lo menos, así debería ser. No todos los pintores son artistas. Algunos hacen verdaderos mamarrachos aunque a pesar de eso, puedan ganar mucho dinero; lo que los convierte en excelentes comerciantes. El Arte debería ser otra cosa. Este individuo se presentaba como Paulo Drussak. Parecía un tipo normal. ¿Lo era? La celebración continuaba y las botellas vacías de cerveza Anctártica se apiñaban en un rincón. Cerca de la puerta de entrada estaba Macaé: el borracho del pueblo, hablando solo; como de costumbre. Inocente, en su dolencia, argumentaba y

mantenía interminables discusiones con sus fantasmas que jamás lo abandonaban, al tiempo que sostenía un vaso de plástico descartable con cachaça pura en su mano derecha. La gente se burlaba de él, que excesivamente delgado (probablemente fruto del alcoholismo que padecía), se contorsionaba cada vez que profería una frase incomprensible. El que oficiaba de DJ intercalando cassettes aumentó el volumen del parlante roto para incentivar a los presentes a animarse y bailar forró . El pintor de blanco sacó a bailar a la muchacha caliente de pollera roja; él ahora parecía medio en copas. Los dos bailaban y bailaban. Cada vez más juntos, más agarrados. Los dos reían. Parecían felices. Una niña lloraba a moco tendido. Nadie parecía prestarle atención. Me aproximé para ver por qué lloraba y traté de consolarla. Atrás de un mar de lágrimas están sus ojos desesperados. Me mostró su bracito. Alguien la había quemado con un cigarrillo, probablemente involuntariamente. Aún tenía ceniza pegada. Busqué a su madre y di con ella. Su madre gesticulaba y hablaba hasta por los codos como un papagayo con un hombre que por momentos la observaba con lascivia y por momentos parecía ignorarla por completo. Ella se encontraba sentada en una silla que tenía una pata soldada con una varilla de hierro de construcción que se enterraba cada vez más en la tierra húmeda del patio. La larga ceniza de su cigarrillo estaba a punto de desprenderse para unirse a las colillas que la rodeaban. Cuando percibió nuestra proximidad, giró y con su pie derramó la mitad de la botella de cerveza que se

encontraba a su lado. Miró a su hija y la retó antes de averiguar que le ocurría. La madre me pidió disculpas. Tuve ganas de insultarla, de infringirle algún tipo de castigo; pero no lo hice. Le expliqué que un fumador descuidado la había quemado con su cigarrillo. La madre decidió culpar a la niña, que ahora lloraba más. La mujer se levantó y la condujo hasta la cocina, tambaleándose sobre sus tacos, seguramente prestados, que se hundían a cada paso en el piso de tierra húmeda. El hombre que estaba junto a ella me preguntó si era boliviano. Le respondí que no. Entonces me preguntó si era paraguayo. Insistí en mi negativa; me retiré y busqué a Fred y Ginger. Los había perdido de vista. La madre y la niña regresaron. Ahora la nena traía un platito plástico ya usado, con algunos brigadeiros[27] sobre una mezcla de farofa y grasa de carne asada. Su llanto se detuvo. La madre dejó a la niña con sus brigadeiros, enciendió otro cigarrillo y se sentó sobre un cajón de cerveza vacío, junto al hombre con el que conversaba. Un perro callejero atraído por el olor a comida, como distraído, entró al patio y se acercó a la niña. Le advertí a su madre. En vez de protegerla, la madre, le pidió el platito con los brigadeiros. Probablemente su instinto de supervivencia hizo que reaccionase privilegiando el alimento a los dientes del perro clavados en la carne inocente del brazo de su hija. Una de las interminables tías de Hermelinda me ofreció brigadeiros amontonados en una bandejita de plástico celeste que parecía haber

[27] **Brigadeiro:** dulce típico de Brasil, creado en de Rio de Janeiro. El dulce fue creado después de la SGM cuando era muy difícil conseguir leche
fresca y azúcar, entonces se descubrió que la mezcla de leche condensada y chocolate era agradable.

sobrevivido a otro evento anterior. Para convencerme de probarlos me explicó que los había hecho ella. Al morder sentí los cristales de azúcar rayarme el esmalte de los dientes. Empalagoso era poco. Decir que era demasiado dulce hubiese sido lo más honesto, mas no lo más apropiado. Paseé el engrudo por mi boca buscando encontrar un escondite donde mis papilas sintiesen menos el sabor invasivo de la leche condensada. No lo encontré. Decidí tragarlo para terminar de una vez por todas con el engrudo. Le dije que estaba delicioso. Adulada, comenzó a recitarme la ancestral fórmula familiar transmitida de generación en generación. Si ella sufriese un infarto fulminante en ese instante se llevaría su receta a la tumba, pensé; pero eso no sucedía y ella continuaba explicándome los mínimos detalles de su receta heredada la que guardaba con celoso cuidado. Me abstraje y busqué con los ojos alguna cerveza y vasos descartables limpios para sacarme el gusto empalagoso de la boca. Finalmente volví en mí cuando escuché el anhelado:

—…y listo.

Aproveché y me retiré, disculpándome; fui hacia la cerveza; tomé un vaso con una substancia que parecía ser vino dulce marca Sangue de Boi, abandonado. Con el vaso en la mano me dirigí hacia una canilla rodeada por un poco de barro y un charco de agua y lo enjuagué. Pero la cerveza ya no estaba más allí. Un muchacho la había agarrado y se llevaba la botella hacia el otro extremo del patio. Lo llamé y le pedí un poco. Me sirvió. Empiné el codo y la cerveza se

mezcló con el azúcar en mi boca. Entonces Hermelinda me ofreció pedacitos cortados de salchicha parrillera empanados con farofa. Era una buena combinación. Por fin anunciaron que iban a cortar la torta y a cantar el feliz cumpleaños. La torta era un enorme bloque macizo de fondant que se parecía más al colchoncito de la cuna de un bebé que a un producto de repostería y estaba decorado con personajes que oscilaban entre los de la Turma da Mônica [28] y monstruos de la Isla del Doctor Moreau. Le prendieron las treinta velitas y Hermelinda las apagó. Había comenzado la repartija del engrudo de cumpleaños sobre servilletas descartables a las que, como todo pegote, inevitablemente se adhería con todas sus propiedades aglutinantes. Sabía a una mezcla de plástico con dentífrico infantil. Alguien dijo que la torta también tenía clavo de olor entre sus ingredientes. La mujer de la pollera roja ahora volvía a escena. Parecía agitada. Miró en derredor y observó si alguien se había percatado de su ausencia. Cuando sus ojos estaban a punto de posarse en los míos hice de cuenta que estaba conversando con una mujer que se encontraba a dos pasos de mí, hablándole. La mujer a la que le hablé no entendía nada. Al rato surgió de las sombras una figura blanca. Era el pintor. Estaba parado bajo las sombras de las hojas de un almendro y fumaba plácidamente un cigarrillo. Me habló una de las tías de Hermelinda. Respondí. Era el momento de partir

28. ?**Turma da Mônica**: (Mónica y su pandilla) es una muy popular serie de cómic brasileña creada por el dibujante Maurício de Sousa

cuando todavía era tiempo. El pintor dio dos o tres pasos y emergió lentamente, cual astro que sale de la umbra de un eclipse; de las sombras hacia la luz, como una figura de Rembrandt. Observé su pantalón y percibí que estaba manchado de rojo. Pensé que fuese vino, pero observé con atención y percibí que la mancha, como en placas, se concentraba sólo alrededor de su entrepierna. Distinguí pliegues blancos como rayos de luz que se intensificaban en las partes donde el pantalón se habría plegado. No era una mancha producida por el derramamiento de un líquido, mas por el roce; por la fricción.

El pintor trataba de conversar con alguien mientras un grupito de mujeres que lo observaban se reía en reducido corro. En pocos instantes todos estaban escudriñando al pintor pintado y reían. Todos se dieron cuenta. Todos menos él, que continuaba subido a lo alto de su ego, en la cúspide de su pedestal de artista.

Cuando estaba llegando a mi casa esa noche, me deparé con una aglomeración de personas a la entrada de la Villa Caranga. Me enteré que Drago le había pegado a dos transeúntes antes de raptar una bella argentina que se encontraba cenando en un restaurante céntrico y derribó la puerta de una casa que no era suya. Como consecuencia de estos actos la policía fue llamada. Consecuentemente también lo fue la Policía Civil. El punto de encuentro fue en el acceso a la Villa Caranga.

Algunos habitantes de la Caranga tenían pedazos de palo y antorchas al más puro estilo de las historias de la inquisición. Las búsquedas se intensificaron por toda la noche. Al rayar el día los grupos se disolvieron desilusionados y se fueron a sus casas refunfuñando. Los palos bajo los brazos y las antorchas apagadas. Esa tarde Drago y su raptada argentina fueron vistos de manos dadas caminando por la Calle de las lajas. Como si fuesen una pareja de enamorados. Los habitantes se sintieron incómodos por la situación y se los hicieron sentir. Drago fue el primero a sentir la indiferencia y el rechazo de los habitantes que pasaban por ellos. Esa noche la peregrinación popular volvió a repetirse. Al parecer Drago le había pegado a su compañera hasta hacerla sangrar. Nuevamente los habitantes de Villa Caranga, donde vivía la chica, ahora en mayor número, estaban esperando por un único segundo de distracción de Drago; para así acabar de una vez por todas con el flagelo que atentaba contra su bienestar. La policía se hizo presente una vez más y uno de los agentes preguntó si Drago tenía mucho dinero. El policía mal terminó de pronunciar estas palabras y sintió que, para los oídos de los presentes, su pregunta solamente significaba si había algún botín para apropiarse ilegalmente dado que su dueño estaba en una situación comprometida y que difícilmente trataría, dada su condición, de mencionarlo siquiera. Nadie respondió. Había rumores de que durante el último asalto bien sucedido, Drago se habría alzado con todo el millonario botín que estaría enterrado en algún

secreto lugar de la península. Por la vereda de enfrente de la Estrada B.R. Dantas Gugú cargaba su anatomía arrastrando unos zapatos resecos por el tiempo y una zapa sobre su hombro. Gugú era un negro, ciertamente descendiente de esclavos que vivía en un nicho abandonado para colocar tubos de gas en la calle José Avelino da Silva. Su indumentaria consistía en un sombrero de paja de ala muy ancha, unos pantalones arremangados muy sucios con manchas de Dios sabe qué, una camisa blanca muy sucia y un saco que le quedaba grande con los puños arremangados todo el conjunto rematado por su pipa de marlo o por cigarrillos de chala. Siempre con tabaco trenzado. Pero lo que delataba su presencia era el olor a orina que lo precedía y permanecía en el aire durante bastante tiempo.

No se sabía a ciencia cierta su edad pero podría afirmarse que en esa época tendría unos ochenta años. No bebía y no molestaba. Dudo que supiese leer o escribir. Su barba blanca en contraste con sus ojos azabache coronados por importantes cataratas y el rostro y sus manos extremamente arrugados lo convertían en una imagen viviente de un preto velho[29].

La supuesta raptada irrumpió en medio a la manifestación llorando copiosamente. Su rostro mostraba las consecuencias de una noche violenta.

[29] **Preto velho**: espíritus de antiguos siervos que vivían en las senzalas: precarios galpones dentro de las haciendas en las que amontonaban a los esclavos. Según la leyenda, los pretos velhos guardan el secreto de una vida larga gracias a la sabiduría y la paciencia.

—Por favor no le hagan nada —gritaba la argentina mientras se contorsionaba por la angustia.

—Es un buen hombreeeee... y yo lo amooooo...

❖ ❖ ❖

Capítulo XII

La venganza

Ya había pasado un tiempo considerable desde que había comenzado a trabajar en Manuelle. El sabor amargo del hastío que la rutina produce comenzaba a hacerme mella, sobre todo desde mediados de marzo hasta las vacaciones de invierno, cuando la península relucía brillante por causa de las lluvias y las calles empedradas desiertas reflejaban las luces durante las noches con las que nos ungía el cielo, cubierto de un gris plomizo. En el baño de mi casa percibí que no había agua. Calcé un short y salí por la puerta trasera rumbo a la

cisterna para ver el motivo. Entonces me deparé con un cuadro desolador. Una de las hijas de los dueños de la casa, Ruth y su esposo, yacía pálida sobre un pedazo de espuma de goma en la galería que cubría la cisterna. Los ojos negros hundidos y vidriosos. La niña no pasaba de sus trece años y estaba excesivamente delgada y demacrada. Los cabellos pegados al rostro por el sudor y cubierta por moscas que recorrían su rostro minuciosamente creando una extraña coreografía sobre su piel pálida de porcelana. Le sonreí y me agaché para hablarle. Sus ojos contemplaban la nada, pero se desviaron y se dirigieron a los míos. Trató de esbozar una sonrisa, pero percibí que estaba demasiado débil para hacerlo. Los pómulos sobresalían exageradamente por las mejillas hundidas y ojeras violáceas enmarcaban sus ojos. Inmediatamente me dirigí a mi dormitorio y tomé mi riñonera y las llaves del auto. Fui hasta la puerta de la casa de al lado donde vivía la bruja, la madre de la niña gravemente enferma, y golpeé la puerta con fuerza llamando al dueño de la casa por su nombre. Poco tiempo después su esposa abrió la puerta y sonrió sus dientes cariados. Le pregunté por su esposo y fue a llamarlo. Isaías apareció. Evidentemente dormía. Le pregunté si sabía en qué estado estaba su hija y me respondió que la niña no se sentía muy bien. Su respuesta fue vacía de contenido tal y como lo eran sus vidas: grises, tristes, chatas, separadas del mundo por las páginas de la Biblia que esgrimían a conveniencia cuando no querían asumir la toma de decisiones que por abuso había terminado

por diezmar la capacidad de tomarlas. Isaías dijo que su hija se encontraba descansando a la sombra, en la parte trasera de la casa, porque hacía ya varios días —y noches— que una fiebre muy alta la aquejaba. Que la hacía delirar y se negaba a comer. Que su esposa hacía varios días que estaba orando para que su hija mejorase.

Le ordené que la trajese y así lo hizo. Luego le dije que me ayudase a colocarla en el auto y que me acompañase.

—¿Dónde vamos? —me preguntó.

—Al Puesto de Salud.

—¿Le parece…?

Lo miré gravemente y no le respondí, mientras continuaba manejando.

Al llegar me dirigí a la mesa de entradas y pedí un médico. Poco después llegó una mujer que se presentó como médico. Isaías tomó en brazos a su hija y fuimos a una de las salas del ambulatorio. La médica le tomó la presión y la auscultó con ayuda de un estetoscopio. Dijo que la niña quedaría internada y ordenó inmediatamente que se le administrase suero fisiológico con otros medicamentos. Cuando la enfermera llegó, cerró la puerta y la médica, Isaías y yo permanecimos del lado de afuera; en el pasillo. Ella me preguntó qué relación tenía con la niña y le respondí que era inquilino de su padre. Entonces la médica comenzó a propinar un severo sermón a Isaías al

que no parecía afectarlo, ni comprender, la gravedad de lo que la mujer le decía. La médica le decía que no era posible que esa niña, su hija, estuviese en ese estado crítico porque sus padres no la llevaban al médico. Isaías trató de argüir que su esposa oraba fervientemente lo que enfureció más a la médica.

—Vamos a ver ¿si yo los denuncio por abandono de persona usted y su mujer se van a poner a rezar para que los dejen salir del calabozo…? —bramó la médica—. Su hija está desnutrida, subalimentada y anémica, además de la neumonía que la llevó a este estado con la ayuda divina de sus padres.

—¿Entiende? ¿O va a pedirme que rece yo también para que usted entienda? ¿Puede entender que le estoy diciendo que si le pasa algo a su hija es por el descaso suyo y de su mujer y yo voy a ser la primera en denunciarlos penalmente por abandono de persona, agravada por el vínculo para que ustedes dos sean castigados con todo el peso de la ley…?

No que el descaso de Isaías fuese intencional o morbosamente sádico. El era un individuo básico, un trabajador brazal que no creía pecar, no bebía ni desarrollaba cualquier actividad que pudiese ser considerada pecaminosa, caso la omisión y el descaso no constan en la lista de los Siete Pecados Capitales. Era extremamente primitivo y limitado; podría decirse que casi humano o demasiado humano... Isaías me agradeció con una sonrisa franca y le dejé algún dinero a

condición de adelanto del alquiler del mes próximo a vencer, ya que no sabía si él disponía de dinero para comprarle medicamentos a su hija. Luego de negarse, finalmente lo aceptó. Mi intención era ayudar a la niña y no juzgar el abandono y la omisión por parte de sus progenitores y yo había cumplido; involuntaria y misteriosamente por obra del destino con ambas premisas. Regresé, saqué un balde de agua de la cisterna y eché un poco de lavandina sobre la espuma donde se hallaba la niña, para ahuyentar las moscas.

Desayuné, me lavé con agua del balde y me dirigí a mi trabajo. Esa noche vimos a Diable, el Pastor Alemán de Drago recorrer y husmear el aire con cierta desesperación y nerviosismo; como si estuviese buscando algo.

Durante los siguientes días no vimos a Drago. Ni nosotros ni nadie.

—A Drago lo mataron —repetía Pixote sin cesar. La única certeza que teníamos es que Drago no estaba. Se había desvanecido, así; sin más.

Diable pasó diez días llorando y vagando, sumergido en la más profunda tristeza buscando a su amo. La casa donde Drago vivía era una casa que quedaba en la esquina de las Rúa da Brava y la Estrada da Usina Velha. La casa estaba abierta y en completo desorden. Un grupo de amigos se organizó para dar comida y agua al perro y para encender las luces al anochecer y apagarlas al amanecer. Quince días después Drago apareció. Diez kilos más delgado, con algunas

hematomas en el rostro y hablando con la dificultad de quien ya no tiene dientes. Había perdido varias piezas importantes de su dentadura.

Drago jamás contó lo ocurrido y nunca nadie se atrevió a preguntarle. Todos sabían que algún exceso de Drago no había sido recibido con pleitesías por parte de la víctima y alguien simplemente había decidido vengarse mandando cuatro hombres fuertes en un auto negro sin chapas. Drago llegó y fue directamente para su casa. En menos de cuarenta minutos ya estaba en la esquina de la panadería La Boca subiendo al ómnibus que lo llevaría a la ciudad de Rio de Janeiro para que una amiga anónima cuidase de él.

Drago permaneció casi un mes en la ciudad de Rio de Janeiro. Cuando regresó lucía otro aspecto. Su rostro se había deshinchado y ostentaba una dentadura mucho más perfecta que la que la naturaleza le había otorgado. Su peso había vuelto a la normalidad. Había cambiado. No era más aquel simpático yugoslavo que sabía cómo controlar prácticamente todas las situaciones. Ahora Drago parecía no consumir nada más que alcohol y drogas. Su semblante no era más el mismo. Sus ojos ahora estaban verdaderamente hundidos. Y su mirada se parecía más a la de un cadáver que a la de un ser viviente. Una mañana Drago despertó después de una ingesta diabólica de alcohol y drogas en Manuelle, había pasado la noche entera en el lugar. Al despuntar el alba su estado era crítico. Parecía querer mandar en todos los presentes, que no pasaban de los

exhaustos empleados de la casa y cinco clientes: tres hombres y dos mujeres. Todos borrachos.

Drago había perdido todo tipo de humanidad. Sus actitudes eran las de un salvaje. Como la de un legionario que acaba de recibir la autorización de sus superiores para saquear la nueva aldea tomada. Parecía no tener límites. Tampoco había quien se los impusiera. Al promediar la semana apareció en total estado de exaltación. Pidió una botella de vodka y se despatarró en un sofá. Al promediar la noche fue poniéndose cada vez más agresivo. Comenzó una disputa con dos jóvenes que estaban sentados unas pocas mesas más allá. Acabó expulsándolos mientras rompía sus vasos estrepitosamente contra el piso. Al llegar las primeras luces del día Drago se fue.

Esa noche la luna apareció redonda y llena. Un hombre gordo entró al restaurante y me preguntó, en un perfecto castellano rioplatense, dónde se encontraba Emanuelle. Pensé que fuese argentino o uruguayo, pero era un judío nordestino; de Recife llamado Itzaak. Era un hombre muy simpático y afable. Hablaba cinco o seis idiomas y siempre se mostraba muy ocupado. Itzaak tenía el don de la seducción y conseguía realizar negocios que ninguna otra persona podía conseguir; aunque, inexorablemente todos sus negocios terminaban con Itzaak escondido en la casa de algún amigo fiel, arrastrando su pesada humanidad con dificultad, sudando copiosamente bajo el sol quemante, mientras sus vivaces

ojos celestes escudriñaban rápidamente los alrededores en busca de un acreedor enloquecido por la ira, que lo buscaba para acabar con su vida. Cuando esta situación se hacía inevitable, dada la nula agilidad de Itzaak en gran parte debida a su peso descomunal, este se plantaba frente a su acreedor y lograba convencerlo de seguir creyendo en él; una sorprendente y poco común talento. Itzaak decía que había vivido en Israel, donde habría contraído matrimonio, se habría divorciado y tendría dos hijos como fruto del mismo, que aún vivían en Tel Aviv; una verdadera, y tal vez genuina proposición, aunque no fuese comprobable. La cosa es que Itzaak siempre vivía escapándose de sus acreedores y en ocasiones realmente se escondía de ellos llegando a desaparecer completamente de la escena local durante varios meses.

Comenzamos a hablar y le pregunté Itzaak si sabía algo de Drago.

—A Drago lo chuparon los policías. ¿Andá a ver cómo le dejaron la casa de La Brava…?

Itzaak parecía estar informado de todo.

—Estoy negociando para que lo suelten. No es mal tipo pero está pasado de rosca. También voy a ver si Toby lo puede recibir y hospedar cuando lo larguen.

Toby era un hombre apuesto. De facciones armónicas y proporcionadas, poseía una dentadura envidiable. Había sido un

reconocido modelo masculino internacional. Su fotografía fue tapa en más de una oportunidad de revistas especializadas como Vogue o Harper´s Bazaar. En una oportunidad, en Mónaco, Toby salió de copas una noche, bebió demasiado e ingirió otras substancias; como resultado perdió el control de su vehículo y se estrelló provocándose heridas de consideración y varios cortes en el rostro. Así, bajó definitivamente el telón para su carrera de modelo en el mundo internacional de la moda. Se había transformado en un zombi, llegando a pasar varios días sin comer y sin dormir.

Ya de regreso a mi casa y quitándome el calzado me rasqué la planta de un pié durante un tiempo. Después repetí la misma operación con el otro. Satisfecho me calcé nuevamente. Cuando llegué a la barra de La Crêperie, Ernesto Blancoamor ya estaba allí en compañía de dos mujeres en sus cuarenta y tantos. Se veía muy animado pero no lo bastante como para levantarme para saludarlo e invitarlo a que se sentase a mi mesa. Dolores Larroc y Susana Garabaim aún buscaban su príncipe azul con obstinación. A Dolores hacía tiempo que la veía en la aldea. Nunca habíamos cruzado palabra. Susana acabara de llegar para pasar unos meses lejos de su ex, en una especie de evasión al final de una relación no muy bien sucedida. Dolores trabajaba con Itzaak en uno de los tantos emprendimientos destinados al fracaso, a pesar del éxito que todos parecían tener. Blancoamor había intentado algunos pocos proyectos que le habían permitido sobrevivir modestamente. Probablemente una vida llena

de sinsabores lo había llevado por el sinuoso camino del alcohol. Era un hombre educado y culto; de buena familia, como acostumbraba decirse entonces.

El alcohol lo había llevado a un punto donde las permanentes exposiciones a escarnios y situaciones vergonzosas no le habían dejado sino dos opciones: un suicidio rápido o uno lento, a través de la abstinencia. Blancoamor había optado por la segunda opción. Había dejado de beber por completo. Esto lo había tornado rápidamente en un hombre irascible, agrio, imprevisible; actitudes que él mismo no parecía poder soportar más allá de un determinado punto. Una delgada línea que él tampoco conocía. A pesar de este cuadro poco alentador, Susana, Dolores y Blancoamor parecían conversar animadamente a juzgar por el brillo de sus miradas.

❖ ❖ ❖

Capítulo XIII
Comezón

En mi día de descanso semanal me dedicaba a bucear tratando de capturar algún pez de piedras o alguna langosta. Algunas veces había tenido la suerte de capturar alguna buena presa que le vendía a algún restaurante local por un buen precio. La mayoría de mis presas, cazadas con un arpón con elásticos de goma, eran abadejos, meros y besugos. Para extraer las langostas sin que me lastimasen con sus antenas me había hecho un gancho. Una larga barra de

hierro a la que en la punta le había hecho soldar un anzuelo de tiburón como gancho. Quien había despertado mi interés por el buceo era Ramón Avellaneda Martinez de Hoz. Simpático, sonriente y cordial aunque un poco sordo, como consecuencia de incontables inmersiones de buceo, incluyendo las realizadas con Jacques Cousteau, Ramón era excelente guitarrista y cantante; descendiente directo del expresidente argentino Nicolás Avellaneda. Ramón se había criado en el Chaco Paraguayo, donde aprendió a hablar guaraní en su pupitre escolar. Allí vivió durante veinte años, inclusive durante la Guerra del Chaco, entre Paraguay y Bolívia. En esa época, a sus dieciseis años de edad se hizo amigo de Ernesto Che Guevara. Ramón había sido boxeador, gerente de una empresa forestal con tres mil empleados en el medio de la selva donde convivió con los indios hasta que a sus veintiséis años se decidió por la carrera diplomática. Vivió en Bolivia y luego en Rio de janeiro, donde fue agregado cultural. En 1964 había comprado una espléndida casa de pescadores sobre la playa donde hospedó a Brigitte Bardot y a su novio Bob Zagury, ya que su entonces esposa, Marcela Mayol, era amiga de Zagury. Luego, Ramón dejó su agregaduría cultural en el Consulado Argentino en Rio de Janeiro y regresó a Buenos Aires, se trasladó a Paris y posteriormente asesoró las expediciones científicas a Bolivia de Jacques Cousteau, con quién buceó; también el diario francés Le Figaro, publicó una biografía del Che, escrita por él.

Una tarde volvía de bucear y sentí una fuerte comezón en los pies. Me rasqué con vehemencia las plantas de los pies contra el borde afilado del cordón de la vereda. Permanecí rascándome así, con el frenesí de un perro que se ve súbitamente acometido por un violento ataque de pulgas durante algunos minutos. Pasé por la Posada y le conté lo ocurrido a Ramón. Me sugirió que fuese al médico para estar seguro, puesto que debido en clima tropical todos los procesos infecciosos se desarrollan muy rápidamente. Durante el camino de regreso a mi casa me detuve dos veces para rascarme las plantas de los pies ya sin pudor alguno, que ahora, me producían una comezón casi insoportable. Continué mi camino. Abrí la ducha y entré bajo el agua. El agua caliente me hacía bien, entonces miré hacia abajo y vi una aureola roja que rodeaba mis pies. Me senté en el piso de la ducha y doblando mi pierna izquierda y aproximando el pie vi con asombro que la planta del pié estaba herida y sangrando. Luego inspeccioné el otro y vi que también sangraba. La piel de las plantas de mis pies estaba rasgada en jirones que colgaban y en algunas partes podían verse las últimas camadas de piel con algunos agujeros que permitían ver la carne de la que manaba sangre. Tomé un cepillo de uñas y lo froté con fuerza por un pan de jabón de coco y refregué las plantas de los pies con todas mis fuerzas. Di un grito. Me retorcí de dolor y me detuve. Entonces fui hasta una de las mesitas de luz, donde guardaba una botella de whisky; la tomé y le di tres grandes tragos. Nuevamente acometí mis pies con

determinación. La sangre ahora manaba en abundancia. Me sequé con cuidado y me coloqué una buena camada de pomada con sulfamida. Cubrí mis pies con un par de medias blancas limpias. Me acosté y dormí, a pesar de la preocupación de lo que pudiese tener en los pies. A la mañana siguiente desperté y me levanté para ir al baño. Cuando mis pies tocaron el piso un dolor profundo me acometió. Me senté en la cama y observé las medias blancas que en su parte inferior habían adquirido una coloración rosada que me hizo acordar a las vendas en las piernas de Mariani. Traté de sacármelas pero estaban pegadas a la carne viva. La pomada y la sangre, habían constituido una especie de sólido engrudo. Me arrastré hasta la ducha y abrí la canilla recibiendo la tradicional descarga eléctrica producida por la falta de una descarga a tierra apropiada. Me senté en el piso de la ducha y coloqué ambos pies bajo el discreto chorro de agua. Las medias estaban empapadas pero no parecían querer desprenderse de las heridas plantas de mis pies. Aguardé unos minutos más y el resultado no fue mejor. Finalmente me arrastré nuevamente hasta la mesa de luz donde había dejado la botella de whisky de la noche anterior. La abrí y bebí lo que quedaba sin respirar. Cuando acabé, arrojé la botella sobre la cama. Respiré profundamente y tomé la media que lacraba mi pie izquierdo. En un único movimiento arranqué la media con la poca piel que le restaba a la planta de mi pie y contuve la respiración para no gritar. Mi respiración se convirtió en jadeo y antes de pensar en el dolor, repetí

la operación con el otro pie. Dos lágrimas resbalaron por mis mejillas. Finalmente grité y permanecí inmóvil, encogido en el piso.

Me calcé las ojotas con dificultad y salí. El cielo estaba del color del plomo y los barcos miraban hacia el sudoeste y la lluvia no se haría esperar. Fui hasta la farmacia, entré y pedí hablar con el farmacéutico. Un mulato sonriente me saludó y me preguntó qué era lo que necesitaba. Le relaté mis síntomas y el mulato sonriente nuevamente me preguntó, de esta vez, en que podía ayudarme. Convencido de que no había farmacéutico en aquel lugar me di por vencido. Le mostré las heridas de mi pie. Rápidamente el mulato entró y volvió enseguida con una cajita que contenía unos comprimidos.

—Este le cuesta quince mil cruzados nuevos, pero para usted, con el descuento le sale por doce mil —dijo el empleado mientras me entregaba la cajita y apoyaba ambas manos sobre el mostrador y desviaba la vista esperando verme meter la mano en el bolsillo.

—¿Esto para qué es? —pregunté.

—¡Para lo que usted tiene!

—¿Y qué es lo que tengo?

—Bueno…—sonrió el empleado— las personas lo llevan para eso —dijo el empleado que no sabía lo que era “eso” pero ahora no sonreía más.

—¿Sabe lo que es esto? —dije, refiriéndose al remedio; mejor: permítame ver el prospecto por favor.

—La caja está cerrada y no se puede abrir a menos que pague antes —dijo el empleado.

—¡Estaba! —dije, mientras retiraba la cinta autoadhesiva delante del empleado, que ahora me observaba poseído de una mezcla de espanto y enojo.

Leí el prospecto con detenimiento. Los comprimidos, de un ignoto laboratorio, presentaban un sinfín de efectos colaterales y de hecho estaban recomendados para todo tipo de hongos; específicamente para uso ginecológico. Me limité a entregar la cajita, agradecerle y despedirme. El empleado me miró de mala manera y dijo una cosa ininteligible a no ser por la palabra gringo; que oí claramente. Me dirigí con dificultad hasta la clínica. Allí una mujer de voz gangosa me hizo tantas preguntas que casi abandoné la idea de permanecer en el local. Finalmente llegó un médico cordial que se esforzaba en hablar en una correcta mezcla de castellano y portugués. El Dr. Joaquím era un hombre pulcro, alto, de voz grave. Su rostro estaba enmarcado por un conjunto de cuidados bigotes y barba candado. Sus ojos estaban protegidos por un par de anteojos del tipo en que los cristales octogonales estaban directamente atornillados al armazón. Parecía una imagen salida de un libro de médicos de la Universidad de Viena del S. XIX, al mejor estilo de un joven Freud.

Después de bromear un poco para que me relajase y de preguntarme si había sentido alguna comezón, al revisarme dijo en tono solemne y pausado:

—Esto es larva migrans o bicho geográfico —dijo con aire académico— un tipo de ancylostoma que vive en las heces caninas que se encuentran en la parte seca de la arena de la playa. Entra por la piel, en este caso de los pies y produce un fuerte prurito que lleva al paciente a lastimarse la superficie afectada en su afán de calmar la comezón. La larva se mueve en forma irregular dejando una huella que con un poco de atención, puede ser fácilmente reconocida. Aproximé hacia mí la planta de uno de mis pies y vi, efectivamente, un laberinto por donde la larva había pasado. A veces —continuó el médico— la comezón es tan grave, que las heridas ocasionadas para calmarla lastiman las camadas más profundas de la piel y acaban constituyéndose en una formidable puerta de entrada para que todo tipo de infecciones puedan ingresar al cuerpo. Primero vamos a darle una antitetánica para asegurarnos de que si ingresó alguna causa posible de infección diferente por esas heridas, que no pueda prosperar. Después vamos a tratarlo con Tiabendazol. En pocos días no tendrá más nada. Créame. Y por favor trate de no andar más descalzo —finalizó.

Las palabras del Dr. Joaquím me reconfortaron y seguí el tratamiento al pie de la letra. En una semana mis heridas habían cicatrizado y ya me había recuperado por completo.

Una tarde decidí pasar por la Posada antes de ir hasta Manuelle. En el banco de madera que estaba en la puerta estaba sentado uno de los hijos de Ramón. Lo saludé y me invitó a sentarme con él. Hablamos de cosas cotidianas hasta que me dijo:

—¿Sabés que tengo a una reencarnación de Janice Joplin y Nietsche juntos, hospedada acá?

—¿Cómo?

—Sí. Pero está como Nietsche: más allá del bien y del mal…

Entonces me contó que la huésped en cuestión se había quedado congelada en el tiempo en Woodstock, que cronológicamente no le correspondía y que probablemente consumía regularmente algún tipo de substancia alucinógena o psicodélica; lo que sumado a su indumentaria de gasa, manta india, inciensos y exceso de patchouli, sin pasar por alto sus alpargatas pintadas a mano, que eventualmente substituía por sandalias, constituían su pasado de moda estilo personal. Ella era un abanico multicultural que pocas veces yo había visto.

Entonces surgió del interior de la posada un arcoíris de aromas, colores y texturas.

Era Lakshmi. Tal el nombre que Emilse Arrúabarrena de La Ferrere había adoptado en esta nueva etapa de vida planetaria según ella misma me explicó y en la que había reencarnado nuevamente. Nico

me miró, se disculpó y se retiró. Lakshmi me pidió permiso para masajearme los pies, lo que le negué debido al tiabendazol que acababa de aplicarme. Lakshmi era una mujer pequeña, morocha, de ojos castaño claros y piel muy blanca; aparentemente suave y tersa. De voz aguda, casi susurrante. Entonces me pidió si podía esperarla porque debía ir hasta su cuarto. Asentí y ella entró. Miré mi reloj y aún tenía casi una hora antes de entrar a mi trabajo. Entonces vi a Tim y Evelyn que caminaban de la mano. Los observé y me acordé de la galería de Egidio que acababa de terminar y pensé en Kaiser. Los llamé y la idea les pareció muy buena. Macaé pasó por la calle hablando y gesticulando con su vasito plástico descartable con cachaça. Había comenzado temprano ese día o tal vez no habría concluido aún la jornada de la víspera. Quedamos en volver a vernos con Tim y Evelyn para presentarlos y nos despedimos.

Pocos minutos después me pareció escuchar un grito femenino saliendo del interior de la posada. Entré y escuché nuevamente otro grito. Lakshmi vino a mi encuentro y me dijo que saliésemos a la calle porque había un monstruo en su habitación que se había tomado todo su shampoo. Pensé que Lakshmi realmente necesitaba cuidados médicos profesionales y se lo insinué. Ella pareció enojarse e insistió en que era verdad. Que no eran alucinaciones y que realmente un monstruo había revuelto sus pertenencias, había acabado por beberse su shampoo y era muy peligroso y agresivo. Traté de convencerla en vano y finalmente acepté con desdén que

Lakshmi me condujese hasta su habitación para mostrarme al monstruo.

Al entrar a la habitación constaté que, efectivamente el desorden reinaba. Entonces Lakshmi me jaló hasta la puerta del baño que estaba cerrada y la abrió. Al hacerlo cuál no sería mi sorpresa al depararme con un enorme oso hormiguero que se paraba amenazante sobre sus dos patas traseras y su cola mientras levantaba amenazadoramente sus patas delanteras que exhibían poderosas garras con uñas punteagudas, mientras se apoyaba en su cola. Pude ver el envase de shampoo en el piso del baño y sentí su aliento fétido mezclado con el perfume del shampoo para niños. Rápidamente cerré la puerta con todas mis fuerzas llevé a Lakshmi hasta la calle. Me senté un poco para recuperar fuerzas y me disculpé con ella por no haberle creído.

Buscamos a Josué y Andrea sin resultado. Así, me decidí a decirle a un pescador, conocido como Yeyé, que en ese momento pasaba por la calle, lo que pasaba. Me dijo que regresaría en breve con refuerzos. Así lo hizo. Vinieron unos cinco o seis pescadores con Yeyé y me pidieron permiso para entrar. Les dije que no podía dárselos una vez que el establecimiento no me pertenecía.

El animal consiguió abrir la puerta del baño y consiguió ganar la playa ya que la puerta estaba abierta. Alguien lo advirtió y los pescadores fueron tras él por la playa. Desconozco el destino que

tuvo el animal puesto que existía, aún en aquella época, la creencia popular de que el Tamanduá Bandeira u oso hormiguero gigante que, erguido puede llegar a medir dos metros desde la punta del hocico hasta la punta de la cola, violaba a las mujeres en ausencia de sus padres o maridos.

Cuando volví a encontrarme con los pescadores que fueron tras el bicho dijeron que el animal había conseguido escapar. Respecto a Lakhsmi supe que ese mismo día abandonó la posada dejando casi un mes pago por adelantado.

❖ ❖ ❖

Capítulo XIV

La muerte usa tacos

El primer día de regreso a mi trabajo fue excesivamente tranquilo. Pepe me preparó la cena y le conté sucintamente lo que me había pasado en los pies. Entonces, dada la calma chicha que flotaba sobre

la península, que siempre precede a la tempestad, sumada a la escasez de clientes, Pepe me invitó a ir a jugar al pool al bar de la esquina. Le agradecí y le dije que pensaba dar una vuelta por el centro para ver cómo estaba el movimiento en la calle de las lajas. Así lo hice. Cuando llegué pude estacionar a mis anchas donde sólo había una escasa docena de personas y tres automóviles estacionados, incluyendo el mío. Caminé de un extremo al otro y todos los bares y restaurantes estaban vacíos. Entonces encontré a Buenavida que compartía una mesa con Blancoamor, junto a un tal Tony, en la Crêperie. Buenavida era uruguayo, siempre lucía una guayabera, su panamá y unos bigotitos teñidos de negro, al mejor estilo Clark Gable. Me vio y me invitó a acompañarlos. Me senté a su mesa. Poco tiempo después se sumó Jorge.

Entonces Jorge me dio la devastadora noticia.

Raúl había muerto pocos días después de nuestro último encuentro, víctima de un fulminante cáncer de próstata. Les pregunté si sabían de alguien a quien le gustasen los perros y Blancoamor me dijo que le hablaría a Marisa, una conocida suya que amaba los animales. Entonces llegaron Tim y Evelyn. Cuando me levanté para saludarlos escuché la voz de Kaiser que pasaba por la vereda. Lo llamé y los presenté. Se sentaron y hablaron largamente. De esa reunión surgiría Taka taka ta: el nombre con el que Kaiser había bautizado al emprendimiento etílico y gastronómico de los tres. El nombre representaba el ruido producido por dos esqueletos al hacer el

amor… En muy poco tiempo Taka taka ta se había convertido en un punto de encuentro obligatorio para extranjeros de paso y jóvenes cariocas.

Tony era uruguayo en sus cuarenta. Había recalado en la península hacía ya algunos años. Vivía del aire y de algunos giros que un tío, hermano de su madre ya fallecida, le enviaba de vez en cuando desde Montevideo. Era muy amigo de Agnieszka: una bella polaca políglota que al escucharla hablar en francés recordaba a Dalida. Ella era dueña de una fuerte personalidad y de una casa de pescadores sobre la playa, en pleno corazón de la Calle de las lajas, que había adquirido hacía más de quince años y que luego transformara en guesthouse y restaurante.

Entonces Tony habló:

—Ustedes los argentinos, son casi como los uruguayos, pero sin la misma educación y encima con un ego enorme que los caracteriza. Creen que el mundo tiene una deuda moral con ustedes y pretenden que Gardel nació en Argentina, como el húngaro Bíró y el croata Vucetich. La Argentina es una gran extensión de tierra habitada por personas que se arrogan la nacionalidad argentina de diversos inventos y descubrimientos, como la birome o el dulce de leche. Los uruguayos, no. Somos diferentes y no podemos ser considerados argentinos ni confundidos con ellos; por eso somos uruguayos y no argentinos.

En alguna medida yo estaba de acuerdo con Tony. Después de todo, el interminable Río de La Plata y ese conglomerado de ciénagas que lo rodeaban no podrían constitutir un lugar de ensueño. Tierras que dejábamos atrás mientras sollozábamos nostalgias de los pantanos, bajos, bancos de arena, alimañas ponzoñosas, indios y del tango. Al final casi toda América Latina era básicamente eso en cierta medida.

Tony prosiguió:

—El problema que tuvimos, uruguayos y argentinos, es haber sido colonizados por los españoles.

Como ahora su discurso se tornaba más violento decidí intervenir.

—Menoscabar y despreciar a los españoles que nos presentaron la rueda y nos catequizaron; no me parece una actitud loable. Piensen que para llegar debieron cruzar el Atlántico, desafiando sus propios límites, supercherías, el escorbuto, tempestades y mitos y leyendas sobre el mar y sus monstruos abismales; solamente guiados por su inquebrantable fe. Mientras que nosotros siquiera somos capaces de cruzar el Rio de La Plata sin reclamar, sin quejarnos. Esto sin mencionar a figuras como las del Cid, Sor Juana Inés de la Cruz, Quevedo, Lope de Vega, Cervantes, El Greco, Goya, Velázquez, Picasso, Dalí, Gaudí, Ramón y Cajal, Ortega y Gasset, Julián Marías, Manuel de Falla, Pablo de Sarasate, García Lorca, Miró, Buñuel, Saura y tantos otros grandes que han sabido ser hijos pródigos de la Madre Patria, honrándola, engrandeciéndola

y ennobleciéndola cada día con sus artes y titánicos y desinteresados esfuerzos; a veces retribuidos con desdén y burlas socarronas. Y si son carpetovetónicos[30], es por eso mismo que España es lo que es y nosotros nada somos.

Mi respuesta provocó un profundo silencio en la mesa. Luego Jorge habló:

—Tenés razón.

—Sí —dijo Buenavida.

Tony permaneció en silencio.

La conversación fue fluyendo hasta llegar a la política internacional. Jorge encendió un cigarrillo y nos contó que tenía un sobrino en Montevideo al que secuestraron los militares. Dio una pitada profunda a su cigarrillo y mientras exhalaba el humo dijo que nunca más se supo nada de él. En su familia todos sabían que era un chico que iba a la universidad no precisamente para estudiar. Estaba más entusiasmado en aprender a armar bombas y a jactarse de mostrar fotos suyas con terroristas argelinos; a los que llamaba maestros. No podía terminar de otro modo. Jorge miró hacia abajo mientras Buenavida, Blancoamor, Tony y yo lo observábamos en silencio.

[30] **Carpetovetónico:** Que se considera español a ultranza y se rebela a cualquier influencia extranjera. El origen del vocablo deriva de Carpetanos
(también denominados carpesios) y Vetones: tribus prerromanas que habitaban la península ibérica.

Tabaré, tal el nombre de su sobrino, había sido muerto en oscuras circunstancias durante el gobierno militar en Uruguay. No se puede negar que había un sentimiento de indignación en el discurso de Jorge, pero al mismo tiempo había una cierta justificativa en la muerte de su sobrino. De deuda hacia él y, probablemente hacia toda su generación. Jorge continuó.

—No conozco nada peor que esto, porque la derecha no se puede disfrazar de nada aunque lo intente; uno se da cuenta enseguida. Pero otros sí. Son verdaderos camaleones. Se disfrazan de cualquier cosa para obtener el control de todos los grupos que ellos mismos instalan. Grupos apócrifos que son creados a dedo. Disfrazados de conservacionistas, de protectores de la democracia, de defensores de la libertad, de las minorías, de los oprimidos, de protectores del lagarto de copete rojo, del piojo de pato; de lo que venda. Lo único que te puede dar un indicio de lo que son, es su anonimato. Cuando uno se da cuenta que lo que dicen defender es excesivamente loable, luego poco creíble, generalmente ya es demasiado tarde; y los que los financian nunca aparecen. Lo único que los diferencia de la derecha es su modus operandi. Se disfrazan de defensores de los derechos humanos, de los torturados, de los desaparecidos, de defensores de la ecología, de los homosexuales, travestis y sólo Belcebú sabrá de cuantas cosas más. Una vez que está todo patas para arriba llegan al poder, después de haber

subvertido los valores de una nación lo primero que hacen es sacarse de encima a los travestis, a los homosexuales, a los ecologistas, etc.

—Tabaré era mi sobrino, sí; pero también era un delincuente. Qué va a hacer. ¿El Che? Otro que hizo todo mal. Como médico no sirvió. Como marido, padre y ministro tampoco, del gobierno, y de la isla lo alejaron. Se lo sacaron de encima y se tuvo que irse al Congo, donde quería organizar una revolución. En cambio, dirigió uno de los mayores fracasos paramilitares de la historia; nadie hablaba Suahili ni conocía los usos y costumbres locales. Después se rajó a Bolivia donde volvió a fracasar al punto que lo hicieron boleta. Después de eso ya no fracasó más. No saben la tristeza que me dan los perejiles, esos chicos que llevan las remeritas con la foto de él estampada. Fijate en Argentina lo que está pasando ahora, con la Ley de Punto Final —continuó—van a hacer lo imposible para que la volteen. Y así, los argentinos, nunca van a avanzar por perder el tiempo discutiendo si son galgos o podencos. Es más: son tan ingenuos que siquiera fueron originales para ponerle nombre al libro que le escribieron y le hicieron autografiar a Sábato. Punto Final es una novela que fue tildada de pornográfica de un tal Raúl Semper Biza y nunca fue esa cantidad que dicen. Está bien: si fue uno solito, está mal. ¿Todos esos que dicen? ¿De dónde…?

—Mírenlas —interrumpió Buenavida, refiriéndose a dos españolas en sus treinta, mientras se acariciaba los bigotes y

señalaba a las mujeres con los ojos, mientras arqueaba las cejas—, si les muestro que tengo lo que están buscando, me las llevo.

—¿Pero para qué te las vas a llevar si ya no te da más el cuero...? —dijo Blancoamor, con aire socarrón.

—Y... para que no se las lleve otro. Además para mí, la belleza y la juventud son una inagotable fuente de energía.

—A vos lo que en realidad te gusta es otra cosa. No te vengas a hacer el poeta. Conmigo no —dijo Blancoamor.

—Mirá, hace muchos años llevo la vida que elegí. Tengo una variedad de ex mujeres y la única diferencia que encuentro comparándolas entre sí, a mis casi sesenta años, son sus nombres. Todas me rompieron las pelotas y solamente unas pocas elegidas todavía lo hacen.

—¿Vamos a pedir algo para tomar? —preguntó Blancoamor.

— Claro. Pero vos no tomás más. ¿No?

— No.

— ¿Y ahora cómo te sentís?

—Mucho mejor. Me siento más sano. Mejor padre. Mejor amigo. Más joven, Con más ganas de vivir, más atractivo... ¿Sos pelotudo o te hacés, Buenavida? Me siento como el culo. A la noche

no puedo dormir, me tiemblan las manos. Me quiero matar. En serio. No quiero vivir más. No sabés el infierno que estoy viviendo, los…

Buenavida le tomó la mano y lo miró fijamente.

—Disculpame, hermano. Tenés razón. Soy un pelotudo.

Blancoamor tenía los ojos llenos de lágrimas, y miraba a Buenavida como un niño de cinco años a su madre con un raspón leve en la rodilla. Balbuceó algo ininteligible.

—Bueno, bueno. Pidamos café —dijo Buenavida.

—Lo que venden acá no es café, es jugo de paraguas —dijo Blancoamor, con desdén.

—No seas tan exigente, vivimos en un lugar privilegiado, rodeados por esta increíble naturaleza exuberante y por gente linda, venida de todas partes del mundo.

Blancoamor lo miró con una expresión con la que parecía decirle que no le tomase el pelo.

—Buenavida, ni vos ni yo venimos de esta miseria humana espantosa donde la ignorancia y el delirio son soberanas. No creo que hayamos venido a parar acá debido a lo primero, porque ni vos ni yo somos ignorantes. Sí por nuestros delirios. En mi caso por el alcohol y en el tuyo por tu vicio; pero ni vos ni yo somos idiotas. No

nos engañemos, no tenemos más edad ni tiempo como para engañarnos —dijo Blancoamor.

—Tenés razón, hay veces que me pregunto qué carajo hago acá, donde no hay un mísero hospital, ni bomberos, ni nada; a no ser las bellezas naturales, claro que están por casi todo el mundo desparramadas. Y hablando de eso te pido un favor: decile que nos traiga los cafés que voy a presentarme a las gallegas.

Buenavida se levantó, acomodó su panamá, y observando que su guayabera estuviese correctamente abotonada, se dirigió con prestancia hacia la mesa de las españolas.

Tomé el café, pagué y me despedí de la mesa. Regresé a Manuelle y en el trayecto de regreso no crucé un único automóvil. Al llegar me estacioné del lado del mar y vi que el bar del pool había cerrado temprano y Manuelle estaba vacío; entonces Pixote salió corriendo del interior y trató de entrar al auto, pero la puerta del acompañante estaba con el seguro puesto y no pudo abrirla. La destrabé y vi que estaba muy excitado, nervioso y jadeante.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Es el viejo… Pepe.

—¿Qué le pasó?

—Mató a un tipo. Está escondido y me pidió que lo venga a buscar a usted para que lo ayude.

—¿Si es un chiste es de muy mal gusto? —le dije, amenazante.

—No. Es en serio. Fíjese que el bar está cerrado y nunca cierra antes de las dos de la mañana…

Pixote comenzó su relato. Mientras yo me encontraba en el centro, Pepe había ido a beber algunos coñacs baratos al bar de la esquina y a jugar al pool. Habría, según Pixote, conocido un parroquiano y comenzaron a beber y a jugar por dinero. Pocas partidas y copas después, se habrían desentendido y comenzaron a discutir. Entonces, ante un insulto, Pepe habría tomado el taco de pool y le asestó un golpe certero y fatal en la cabeza al hombre, que cayó muerto en el acto. Ahora, Pepe estaba escondido entre los matorrales en la parte más alta del morro y me esperaba para que le llevase sus pocas pertenencias y un poco de dinero del que tenía para recibir. Pixote ya había bajado las cosas de Pepe del altillo donde dormía y estaba a punto de ir a buscarlas para que fuésemos en su busca. Entonces le dije que él no iría. Iría yo solo y tampoco en mi auto; una vez que la policía estaba acostumbrada a ver el viejo Opala verde de la casa a altas horas de la madrugada en busca de hielo o cigarrillos. Emanuelle dormía. Finalmente convencí a Pixote de esperarme. Tomé dinero de la caja, coloqué las pertenencias de Pepe en el baúl y partí en su busca. Cuando llegué al lugar que me indicó Pixote, apagué las luces y el motor. El silencio era sepulcral. Entonces vi que unos treinta metros más adelante se movían las plantas. Era Pepe y estaba aterrado. Le dije que sus cosas estaban en el baúl y le di una

suma de dinero equivalente a un salario completo, que conseguí completándola con mi dinero.

—Gracias, jefe. Le juro que yo no quise matarlo; sólo quise castigarlo porque me faltó mucho el respeto y la memoria de mi madre fallecida. Le doy mi palabra, jefe.

—Esta bien, Pepe. Te creo.

—Le pido una sola cosa más…

—¿Qué cosa?

—Que me lleve hasta la ruta…

—Pero son quince kilómetros, Pepe; si nos para la policía yo también voy preso.

—No, jefe. Yo les diré todo lo que pasó y les diré que lo amenacé con un cuchillo para que me lleve; le doy mi palabra…

Hice entrar a Pepe en el baúl y lo cubrí con unas bolsas de arpillera que usábamos para cubrir las barras de hielo. Recé y el motor de cuatro cilindros del Opala se hizo rogar, pero arrancó. No había casi nadie en el camino hasta la ruta. Cuando pasamos por el destacamento de la Policía Militar pude ver al único efectivo que estaba adentro, que miraba la televisión; finalmente, después de agobiantes quince kilómetros regados con mucha adrenalina, llegamos a destino. Cuando abrí el baúl percibí que Pepe no se

movía. Lo sacudí pero seguía sin moverse. Entonces recordé que el piso del baúl del auto estaba podrido y el caño de escape también. El pánico me invadió y grité con todas mis fuerzas mientras miraba al cielo y cerraba los puños, mientras mis lágrimas me dificultaban la visión. Tomé el cuerpo de Pepe y apoyé mi oído sobre su pecho. Su corazón no latía, o por lo menos yo no podía oírlo, a pesar de la quietud de la noche en la ruta desierta. Lo incorporé y lo abofeteé fuertemente en las mejillas mientras alternaba con un golpe de puño en el lado izquierdo de su pecho. Entonces Pepe tosió; tosió esa tos ronca, de fumador, durante un par de minutos hasta que sus ojos se inundaron de lágrimas. Luego percibí que entre el estrés, el alcohol y el escape del auto, había estado muy cerca de pasar al más allá. Le pregunté si se encontraba bien y respondió que sí; me abrazó y me dio una imagen metálica de La Virgen que llevaba en su llavero para que me protegiese.

—Para que siempre lo proteja, jefe. Gracias…

La tomé y vi que, a lo lejos, se aproximaba un ómnibus con destino a la capital. Nos despedimos, Pepe subió al ómnibus, me saludó emocionado a través del vidrio de la ventanilla y nunca más supe de él.

Hacía ya mucho tiempo que yo no salía de la península. Estaba cada día más acostumbrado a la rutina que la vida me ofrecía. Para vivirla no hacía falta mucho esfuerzo, ni cultura, ni buenas maneras, ni

nada. Era simplemente dejarse llevar por ese ensueño que me arrastraba; como a tantos otros. Me jalaba desde abajo; con fuerza. Días sin tiempo, noches sin sueño y mujeres sin dueño. Una rutina sin sobresaltos ni preocupaciones, a no ser el de la propia subsistencia, que yo tenía resuelta. A la mañana siguiente busqué a Marisa y le expliqué la situación de Hagar. Fue amor a primera vista. Marisa adoptó a Hagar.

Yo acostumbraba contar una historia que viene de la noche de los tiempos y debe ser contada solo los jueves por la noche. Al principio un pequeño grupo de conocidos se acercaban y pretendían contar otro tipo de historias que nada tenían que ver con la energía, que yo percibía, transmitía la historia. Otros fueron dispensados después de proponer otras actividades. Así, cada vez íbamos quedando menos, como en el Coloquio de los Pájaros de Attar. Una tarde, una conocida llamada Maribel, me encontró y me preguntó:

—¿Sabías que hay un grupo que cuenta esa historia, acá, en la península?

Inmediatamente me puse en campaña para establecer contacto con ellos.

Cuando conseguí hacer contacto, inmediatamente pedí ser aceptado en el grupo.

Después de un breve curso introductorio, conseguí ser aceptado e iniciado en un templo, lejos en la montaña, donde se erigía una rara construcción, en medio a una enorme variedad de flores multicolores polinizadas por infinidad de insectos y murmurantes saltos de agua. Allí conocí al hombre que se convertiría en mi Maestro y marcaría un antes y después en mi vida.

❖ ❖ ❖

Capítulo XV
Ángel y demonio

Una tarde, me encontraba con Marcelo en la redacción del Perú Molhado y me contó que unos turistas habían encontrado el cuerpo sin vida de Dudú, en la Ferradura, apoyado sobre uno de sus kayaks. Había sido apuñalado por unas monedas. Los kayaks de Dudú yacían al sol a la espera de ser alquilados. Dudú era una especie de vagabundo que un día aterrizó en la península. No se conocía su pasado y ahora, ya no tenía más futuro. Era correcto con todos y lentamente fue ganando su espacio entre los habitantes de la

península. Dormía en la playa junto a sus cayaks que consiguiera comprar de a uno y que él mismo había reparado con esmero. Era de buen aspecto y bastante bien parecido. Solamente sus dientes dejaban que desear, probablemente debido a la cachaça.

Entonces un hombre de unos cuarenta y pocos años entró en la redacción. Era delgado, de nariz fina y mirada fría y penetrante; el cabello muy corto, barba cuidada de tres o cuatro días y lucía coloridas ropas náuticas de marca. Se presentó como Héctor Echebaster y dijo ser fotógrafo náutico. Me mostró fotos espectaculares de regatas de esa misma mañana obtenidas por él. Conversamos. Me parecía educado, a pesar de yo no encontrarme en uno de mis mejores días. Héctor lo percibió y me hizo una invitación.

—Te propongo algo: te invito a comer una tortilla a la española con un tinto. Acepté.

Ya en el restaurante español pidió una tortilla a la española, *baveuse*, y dos copas de vino tinto. Siempre detesté la textura viscosa del huevo mal cocido, pero no dije nada. Hablamos mucho. Héctor me contó sobre la persecución que había sufrido durante la época de los gobiernos militares en Argentina; también agregó que era piloto de avión como yo. Comimos. Me contó que estaba divorciado desde hacía años y que tenía una hija que hace mucho no veía con una segunda mujer; me mostró su foto; criticaba a los brasileños. En algunas cosas concordamos; en otras no. Me dejó sus datos y yo los

míos. Debía partir temprano y no quería acostarse demasiado tarde. Nos despedimos. Regresaría por trabajo en quince días. Cuando regresó fue en mi busca y lo acompañé a registrarse en la posada donde se suponía que existía una reserva a su nombre. Por algún motivo la reserva no estaba y la ciudad estaba llena; no tenía dónde alojarse y debía fotografiar las regatas del fin de semana. Le ofrecí mi casa y después de recusar la propuesta, probablemente por educación, acabó aceptando. Así fuimos estrechando lazos y cada vez que venía a la península, Héctor se quedaba directamente en mi casa puesto que yo le había dado un juego de llaves. Una de esas mañanas cuando regresé al amanecer, el viento del sudoeste había entrado con fuerza y la lluvia había comenzado. Desayunamos y Héctor se despidió no sin antes llevarme hasta la heladera y mostrarme con orgullo una gran variedad de bebidas, frutas y carnes que él había comprado; era su forma de agradecer mi hospitalidad. Poco tiempo después regresó con la noticia de que las regatas se suspenderían debido a las inclemencias del tiempo. Desayunamos por segunda vez y poco antes del mediodía ya habíamos abierto las primeras latas de cerveza, acompañándolas de salamín, queso, aceitunas, leberwurst y pan. Entre cerveza y cerveza, Héctor me contaba que su vida en los últimos años había sido muy difícil porque no podía regresar a la Argentina y siquiera había podido despedirse de su padre, que había fallecido hacía poco tiempo. Al día siguiente el tiempo mejoró y Héctor se fue a cubrir la regata, que se había reanudado. A su

regreso abrimos una botella de Smirnoff y preparamos caipivodkas de maracujá mientras hablábamos nostálgicamente de Buenos Aires y de nuestros usos y costumbres argentinos. Yo apreciaba su compañía y él la mía. A pesar de la diferencia de edad (él era casi diez años mayor que yo), habíamos crecido bajo los mismos códigos y hablábamos el mismo idioma.

Nos despedimos y me preparé para una larga noche. No me equivoqué. Manuelle se llenó a más no poder. Esa noche algo me perturbó mucho. Una mujer alcohólica, de la alta sociedad carioca, otra vez había bebido demasiado y mientras bailaba sola en una suerte de trance, perdió el control de sus esfínteres. Sentí asco. Asco de ella y por mí, por estar presenciando escenas que sabía que jamás iba a olvidar. Le pedí a Pixote y a Papai que la sacasen del local. No era una tarea fácil; la mujer no percibía la condición de su estado y aún quería continuar bebiendo; entonces comenzó a cantar La Vie en Rose en francés. Le pedí ayuda a una mujer que la conocía y se apiadó de las miserias de la infeliz criatura. Entre los tres lograron llevarla hasta la vereda de enfrente, justo antes de que complete el círculo y vomite en el salón. Nadie además de nosotros cuatro parecía haberse dado cuenta. Volví al interior del local. Una pareja me dirigió la palabra. El era italiano y ella carioca. Yo no quería hablar con nadie pero debía hacerlo. Ambos estaban excesivamente sonrientes y amables. Me invitaron a ir a su casa en Río de Janeiro. En realidad lo que el italiano quería, era ver cómo le hacían el amor

a su mujer ante sus ojos. Agradecí y tomé el pedazo de papel con el número de teléfono y la dirección que arrojé a la basura. Regresé tras el mostrador. Entonces pude reconocer a la misma mujer de cabellos negros, y de cuerpo exuberante, que me había regalado una mirada seductora, mientras hablaba con Brown, algunos días atrás. Ella volvió a sonreírme. Me acerqué y le hablé. Me dijo que era profesora de inglés. Se llamaba Flavia y vivía en Río de Janeiro. Fuimos al jardín. La mujer de la alta sociedad estaba peor que antes. Ahora hablaba sola y estaba cubierta por sus detritos por donde se la mirase. La imagen era repulsiva, abyecta. Flavia percibió lo que ocurría. Nos alejamos. Le dije a Flavia que me gustaría pasar la noche con ella. Ella me dijo que también. Le expliqué que tendría que esperarme hasta el cierre y que no había problema si no quería esperar tanto, pero ella me acarició y aceptó esperarme. Nos besamos y la invité a beber lo que quisiese. Aceptó una caipivodka. Circulé por el local con dificultad. Estaba lleno a más no poder. Entonces llegó Pirata. Un caboclo de unos treinta años que usaba una bandana en la cabeza. Venía acompañado por dos rubias argentinas. Probablemente eran chicas de Barrio Norte que se iban a deschavar lejos de casa. A eso de las cinco de la mañana llegó un muchacho preguntando por La Pechí.

Alguien me preguntó si sabía quién era la Pechí. Yo nunca había oído ese nombre. Entonces entró Drago acompañado por una muchacha bajita, aunque proporcionada, de unos veinte años. Drago

la presentó como La Petite. Era la Pechí. El muchacho estaba orgulloso de que Drago sacase a su hermana de la obscuridad del anonimato de su vida, aunque fuese tan solo para sumergirla en las tinieblas de la suya. Esa noche Drago se emborrachó y al amanecer nos proporcionó un degradante espectáculo juntamente con la, ahora ardiente, Petite y a la vista de todo el mundo, con excepción de el hermano de la Petite, que se había marchado mucho antes.

Flavia me llamó al costado del mostrador.

—Disculpame pero no podés vivir esto todas las noches. Es infrahumano y por lo poco que te conozco no te lo merecés. Es indigno, degradante. Un día vas a terminar mal y sé que no vas a tener nada que ver.

Flavia tenía razón…

❖ ❖ ❖

Capítulo XVI

El olor a pólvora

Pierre Montrell era francés, pequeño y menudo, al punto que podría haber sido jockey; pero no lo era y estaba muy lejos de serlo. A pesar de tener un ojo de vidrio era piloto de caza; o por lo menos lo había sido. Así se definía él mismo: un cazador. Aunque en realidad había sido más que eso. Se había ganado la vida como mercenario. Había

luchado en Indochina, al servicio de Francia; su país. El exceso de atrocidades, y alcohol, lo habían trastornado. Posteriormente había sido piloto de línea aérea cuando vivía en Libreville, Gabón, y me contó que en esa época conoció a Orson Welles, quien viajó acompañado por una joven de tan solo quince años de edad, a quienes transportó en un vuelo privado pilotado por él. En esa misma época conoció a quien era su esposa en aquel entonces. Ella había conocido a Montrell mientras trabajaba como azafata y de quien ahora se estaba divorciando. Conocí a su futura exmujer. Era belga, masculina y altanera. Tenía facciones comunes, casi vulgares y era dueña de un soberbio busto y los ojos pequeños y hundidos. Por la forma en que se dirigió a mí, aún debería seguir creyendo que estaba en Africa; pensé. Pero olvidaba que yo no era africano y cortésmente se lo hice saber; no le agradé. Primero pensé que el rechazo se debía por haberme conocido a través de su aún esposo; luego percibí que más que por mi nacionalidad era por pertenecer al género masculino; o tal vez hayan sido ambas. Nunca lo sabré. Ella estaba a punto de comenzar un largo viaje en compañía de otra mujer con destino a la selva del Ecuador, hasta terminar en el Machu Pichu. Me parecía un viaje inspirado en el espíritu velado que Humboldt y Bonpland aparentemente compartían, además del científico, en su épica jornada remontando el río Orinoco. Conversaba con Montrell en su casa de la Paya João Fernandes. Allí había una enorme variedad de objetos africanos: dos enormes

colmillos de elefante, esculturas y tallas en marfil y ébano, telas coloridas artesanalmente y otros objetos que irradiaban una energía, cargada, pesada. Tal vez debido a los suplicios inhumanos que los autores de esas obras, y sus ancestros, habían padecido. Me invitó a que nos sentásemos en la galería, frente al mar y me pidió que lo espere; fue por una botella de Johnnie Walker etiqueta roja y dos vasos. Le quitó el lacre y nos sirvió. Me contó sobre sus años de guerra. Había servido a los franceses y luego a los americanos, también había contrabandeado armas. Y había conseguido traficar su respetable colección de armas escamoteada en la sentina de un enorme velero francés de un amigo suyo que partió de Port-Gentil y atracó frente a su casa, permitiéndole un verdadero contrabando puerta a puerta. Hablaba largamente de los vietnamitas y de su destreza e inteligencia.

En una oportunidad Montrell había sido asignado a una base francesa sobre el Río Mekong. Desde allí partían las misiones de los grupos conocidos como dinassauts[31]. En una oportunidad, un motor fuera de borda había sido dado de baja porque el carburador había sido mal montado y al apretarse las partes, en falsa escuadra, el cuerpo del mismo se había dañado irreparablemente. Así, el motor fue oficialmente dado de baja y terminó apoyado contra la pared de un galpón. Tuan era un simpático agricultor vietnamita que se había ganado la confianza de los franceses y trabajaba en el cuartel

[31] **Dinassauts:** Fr.: D.N.A. Divisiones Navales de Asalto.

haciendo diversas tareas a cambio de cigarrillos, artículos de tocador, alcohol y remedios. Un día Tuan le pidió a Montrell el motor inutilizado. Montrell le explicó que de nada le serviría puesto que el carburador era imposible de ser reparado. Tuan insistió. En la base había carburadores de repuesto, pero el criterio no era reparar, mas dar de baja. Si reparasen todos los elementos que se rompían, al año siguiente el presupuesto sería menor. Esto era inaceptable para las fuerzas armadas. Así, frecuentemente se regalaban, o se descartaban calzados, provisiones, vestimenta y otros insumos. Finalmente un compañero de Montrell habló.

—Para qué queremos esa porquería. Que se lo lleve. Sin el carburador no le servirá de nada. Dáselo y terminemos de una vez.

Montrell siguió el consejo de su compañero de armas y autorizó a Tuan para que se llevase el motor. Cuál no sería su sorpresa cuando unos días después vieron una pequeño embarcación de madera propulsada por un motor de borda; el mismo motor que se había llevado Tuan sobre sus hombros. Era Tuan acompañado por dos de sus hijos pequeños. Atracó en el muelle de la base y Montrell y otros se acercaron para investigar dónde había podido conseguir un carburador para el motor. Para asombro de todos, al quitar la tapa del motor, Tuan se había fabricado un carburador, sólo, sirviéndose de su habilidad y de un segmento de bambú cuidadosamente lijado, perforado y atornillado. El motor regulaba perfectamente.

—¿Cómo iban a poder ganarle los americanos a los vietnamitas…? —me preguntó y rió, al tiempo que se sirvió más whisky y encendió otro cigarrillo.

Al reír su ojo de vidrio parecía querer saltar de su órbita. Montrell lo percibió y se acomodó el ojo con el dedo. Me contó que un día, mientras limpiaba una pistola, en esa misma casa, el mecanismo se había accionado y una bala escondida en la recámara se disparó accidentalmente, alojándose en alguna parte de su cabeza. Esto le habría provocado la explosión del globo ocular, con la consecuente pérdida de visión del lado derecho. Pero la versión que circulaba era otra. Ebrio, durante una discusión con su esposa, habría sacado el arma y ella trató de arrebatarle el arma y matarlo, disparándole. Decía que cuando recordaba el olor a pólvora se transformaba. Ahora se había convertido en un monstruo petiso con la mirada de Jean Paul Sartre que, borracho y loco, echaba humo. Inspiraba miedo.

—Ah. Cuando siento el olor a pólvora… —dijo en una especie de trance, poseído.

Decía tener tanta fuerza en su mano derecha que podría arrancarle la laringe a un hombre con sólo tres dedos: pulgar, índice y medio. No le creí. Exageraba, aunque no me habría gustado comprobarlo. Dijo tener una extraordinaria vida sexual con su mujer. Lo dudé, aunque no me importaba y él continuaba revelándome sus

intimidades. Me dijo aún que su esposa, en breve, se sometería a una operación para reducir el tamaño de sus senos. Tampoco me interesaba el asunto. Montrell no tenía hijos ni los deseaba. Su única familia era una hermana que vivía en Paris. Continuamos bebiendo. Me explicó cómo los vietnamitas fabricaban una especie de ómnibus para el transporte de una aldea a otra modificando el chassis de una coupé Peugeot 403 convertible, con gruesas cañas de bambú que aumentaban la extensión de la carrocería, para luego prolongar el cardan, el circuito de frenos y agregarle asientos, también de bambú. Por un lado los odiaba y al mismo tiempo los admiraba a pesar de que los guerrilleros también utilizaban el bambú para preparar trampas explosivas mortales y morteros.

—Cuando alguna patrulla detenía a un campesino que llevaba un trozo de bambú, clavos y alambre separadamente, sabíamos que el muy bastardo iba a preparar una trampa para matarnos. Se encontraría con otro que llevaba la pólvora. Al bambú ahuecado que hacía las veces de cañón, lo enrollaban con alambre para que no se desintegrase al explotar la carga. Los clavos servían como proyectiles que al detonar el dispositivo, despedazaban el cuerpo de la víctima, que disparaba el mecanismo con el pié al tocar la tanza que lo accionaba al dar su último paso. Cuando lo identificábamos positivamente como un potencial enemigo directamente le pegábamos un tiro en la cabeza con la pistola y listo. Uno menos.

Se sirvió más whisky y continuó. Ahora me hablaba sobre un empleado que había tenido en Gabón. El hecho hacía referencia a una tradición cultural aceptada en algunas regiones de África cuando la esposa desea librarse de su esposo y lo envenena. El hombre se resigna a comer la comida envenenada sabiendo que su cónyuge la prepara según la costumbre ancestral. Absorto, escuchaba su relato espeluznante que me remite a las más bajas y antiguas versiones de la infamia.

—Awanjo, era mi sirviente —continuó Montrell— lo conocí cuando regresé a Gabón en 1958, después de matar unas cuantas docenas de bastardos que querían traicionar a Francia. Esa Francia generosa que hasta les había enseñado a hablar en francés, y expresarse, a hordas enteras de salvajes que no servían absolutamente para nada. Si hubiese conocido a Stanley lo hubiese ayudado gratuitamente a diezmar esas ratas traidoras buenas para nada, infectas, holgazanas, malolientes e impúdicas. Pero Awanjo era un buen hombre. Hablaba francés e inglés correctamente y se había adaptado a los beneficios con los que gratuitamente Francia había regalado a él y a tantos millares que habitaban suelo francés. Aunque fuese en la recóndita África, Francia, jamás ha abandonado a sus hijos, permitiéndoles emigrar a la Nueva Galia y hasta desempeñar funciones vitales, tales como permitirles contribuir a limpiar la Ciudad Luz todas las noches y sin pedirles nada a cambio.

Awanjo había comenzado a trabajar para él por un corto período de prueba. Con el correr del tiempo demostró ser merecedor de su confianza una vez que limpiaba todo lo que él ensuciaba sin reclamar y hasta le había presentado dos sobrinas suyas de catorce y dieciséis años, respectivamente, para que Montrell las distinguiese concediéndoles el derecho de pernada en el mismo lecho y al mismo tiempo si él así lo desease; y gratis. Dinero, custodia de algunos insumos lujosos y otras actitudes honestas, no habían hecho sino demostrar su lealtad. Unos años después, Awanjo, comenzó a adelgazar, a demacrarse y a sufrir mareos y desmayos que Montrell atribuía a las carencias alimenticias de su madre, durante el embarazo y a la falta de una dieta proteica. Montrell le preguntó que le pasaba. Awanjo siempre le dio la misma respuesta.

—Es el destino, patrón, es el destino —le respondía, resignado.

Esa fue la única respuesta que pudo obtener de su fiel escudero. Montrell, finalmente obligó a Awanjo a ir al médico y a que se sometiese a una batería de análisis. El resultado fue devastador. Awanjo tenía el estómago, los riñones y el hígado desechos, con características compatibles con envenenamiento. Montrell lo interrogó y, finalmente, Awanjo le confesó que su esposa lo estaba envenenando.

—Le ofrecí un arma para que la matase pero él se recusó terminantemente. Cómo son idiotas estos salvajes; es imposible de

creer. Awanjo me respondió que era una antigua tradición de unas pocas tribus africanas, una de las cuales era la tribu de su suegra. Awanjo supo todo el tiempo que su esposa lo estaba envenenando y no obstante, continuó comiendo la comida que ella le preparaba hasta el día de su muerte. El motivo era, simplemente, que ella no quería más compartir su vida con él; y ejecutaba esta decisión de la forma más penosa: quitándole ella misma la vida. Una variante mucho más pía que la que emplean algunas mujeres occidentales; sin destruirlo tan lentamente como las que no pertenecen a una cultura ancestral lo hacen hoy en día. Es decir: induciéndolos a su autodestrucción. Destruyendo sus valores, sus creencias, su autoestima, su vida, su trabajo, sus bienes, su reputación, sus objetos, sus vínculos, su paz, ya bastante perturbada por los eventos cotidianos que van minando las ganas de los hombres de continuar viviendo a partir de una cierta edad, cuando el desprecio ejercido por sus propios hijos, sus vecinos y sus mujeres, simplemente perecen, puesto que la vida sólo les presenta sinsabores y su presencia es despreciada con desdén en su propio hogar, urdiéndose sus mujeres de las más viles acusaciones que acaban transformando en mantras.

Me retiré con los ecos de nuestra conversación replicando en mis oídos, que me hacían reflexionar en el camino de regreso.

Uno de esos días llegó a la península un argentino de dudosa procedencia y modales toscos. Se llamaba Egberto y decía ser

oriundo de Mar del Plata. Egberto conjugaba mal los verbos y padecía una cojera en su pierna derecha además de algunas cicatrices en el rostro. Me dijo que se quedaría en la península durante unos cuarenta días, hasta que la sentencia de una demanda que había comenzado en Argentina quedase firme. Egberto parecía no tener problemas de dinero a juzgar por sus opíparas comidas en los mejores restaurantes y la forma en que despilfarraba grandes sumas comprando fruslerías de poca monta a un alto precio, sin mencionar su hospedaje en una suite de un importante hotel frente al mar. A pesar de ello podía percibirse su estilo vulgar, suburbano y peleador. Egberto me buscaba en su exilio solitario a pesar de mi reticencia a dirigirle la palabra; pero siempre se las ingeniaba para ir a mi encuentro y cada vez más me contaba detalles de su vida.

Me confesó que vivía de los juicios a sindicatos y al Estado. Juicios donde siempre era víctima de accidentes y resultaba vencedor y acreedor de importantes sumas que le permitían llevar esa vida miserable y errante regada con efímeros placeres y ninguna virtud. No pasaba de un embustero. Era un mentiroso estafador que en compañía de un abogado inescrupuloso y de algún juez, habían logrado engañar a la Justicia con evidencias forjadas; una y otra vez. Me dijo que se había trasladado a la península porque había sido amenazado de muerte por una de sus víctimas: el secretario general de un importante sindicato argentino. Esto me permitía inferir que la gangrena moral ya se había instalado en la Argentina como

tristemente lo constataría tres décadas después. No que desde la noche de los tiempos los tahúres se hayan comportado como ángeles, pero el desparpajo con el que Egberto me relataba los sórdidos detalles de sus accidentes dejaba percibir cómo él saboreaba el hecho de creerse más vivo que el resto de los mortales.

—Ahora, cuando la sentencia quede firme me voy a comprar una posada. Me voy a llevar un montón de plata —decía exultante.

Pero las cosas no siempre salen como las personas las planean.

❖ ❖ ❖

Capítulo XVII

Muerte anunciada

Era viernes y durante el fin de semana habría regatas. Salí para comprar algo para comer. Al regresar Héctor estaba en casa. Había traído vodka, cervezas, carne, quesos, salamín y bondiola. Almorzamos juntos y fui a trabajar como de costumbre. Había muy poca gente en la península. Tomé un café y contemplé como una pareja de argentinos, probablemente recién casados, se tomaba fotos con una cámara descartable. Tomé otro café y le pedí un bife con fritas al nuevo cocinero que a juzgar por su desempeño, podría decirse que la mayor parte de su carrera habría transcurrrido en un taller de chapa y pintura; no en una cocina. Después de cenar salí a fumar un cigarrillo y miré la luna que estaba más roja que de costumbre. Terminé el cigarrillo y avisé que iba hasta el centro para verificar el movimiento de esa noche. Subí a mi auto y arranqué.

Prácticamente no había nadie en la ciudad. Tomé un cubalibre en la barra de la Crêperie y saludé a Montrell, Buenavida, Blancoamor, Florence, Luiza, Shimon y otros parroquianos reunidos en el único lugar donde pasaba algo en toda la península. Pagué y regresé a Manuelle, unos cincuenta metros antes de la entrada me llamó la atención un Opala marrón con los vidrios polarizados; bajo la sombra de un almendro. El establecimiento continuaba casi vacío. Poco tiempo después llego Drago en un auto que lo dejó en la puerta y

poco después Lito: un simpático santafecino, de Venado Tuerto, que tenía un restaurante llamado Top Club. Pedí un café y salí a fumar un cigarrillo. Disimuladamente observé al Opala que estaba escondido bajo la sombra de la amendoeira y pude observar que de ambas ventanillas delanteras se elevaban sendas columnas de humo.

Por lo menos en la parte delantera había dos personas que fumaban —pensé.

Entré y llamé a Lito al mostrador. Enseguida se aproximó. Le conté mi opinión sobre el Opala y los recientes excesos de Drago. Lito estuvo de acuerdo en arrancar su escarabajo VW bordó y hacer de cuenta que seguía hasta Ossos donde daría la vuelta hasta la puerta de Manuelle. Allí, Lito abriría la puerta del acompañante y voltearía el asiento para que Drago se agachase en el banco trasero y yo llevaría un cajón de frutas lleno de botellas de licor vacías que dejaría sobre el asiento delantero. Luego cerraría la puerta y Lito arrancaría rumbo a la Armação llevando a Drago escondido en el asiento trasero. Así lo hicimos. Esa noche cerramos temprano; por vuelta de las cuatro de la mañana. Cuando las luces se apagaron cerré el portón de entrada y subí a mi auto. Al pasar bajo el almendro vi a dos hombres tras los vidrios polarizados del Opala. Hasta hoy deben preguntarse como Drago consiguió escurrírseles entre los dedos y bien frente a sus narices.

Hacía ya un buen tiempo que había perdido contacto con el mundo, la vida de las personas normales y esto había comenzado a afectarme; aunque solamente me diese cuenta en ese momento. Prácticamene no tenía amigos ni pareja ni nada. El dinero no me faltaba en lo absoluto, pero comenzaba a darme cuenta que el dinero no lo es todo en la vida de un hombre.

Una mañana, Marcelo detuvo su Gurgel blanco y me dijo:

—¿Viste lo que le pasó a ese pastel rengo de Egberto…?

—No.

—Lo mataron a puñaladas en la suite del hotel…

Era verdad. Probablemente mientras Egberto dormía, alguien había trepado por los flamboyanes y había entrado por el balcón asestándole varias puñaladas y desapareciendo tan rápidamente como había llegado. Nunca se supo quien fue el autor del crimen, pero era evidente que alguien había jurado vengarse y cumplió con su juramento. Pocos días antes su abogado había llegado desde Buenos Aires para llevarle unos documentos para firmar y dólares en efectivo; pero el dinero fue encontrado en la caja de seguridad de la habitación. Era algo más que un robo.

Una mañana me desperté al oír ruido en la puerta de entrada. Era Héctor.

Había venido para pasar el fin de semana con una novia francesa con quién nos echamos a reír cuando él quiso presentarnos. Virginie de Courtenay era una vieja conocida mía. Una atractiva y sensual mujer en sus treinta años que rebozaba el discreto encanto de la nobleza, a la cual sus ancestros habían pertenecido. Estaba casada con un capitán noruego llamado Lars, que pasaba la mayor parte del año embarcado permitiéndole a Virginie llevar a cabo sus aventuras en forma discreta. Como buena bonne vivante, disfrutaba de los buenos vinos y de los buenos lugares, universalmente asociados a un alto poder adquisitivo, cosa que Héctor no parecía tener. A pesar de ello Héctor insistió en invitarme a almorzar junto a ellos en La Poste Restante, de mi amigo Bernard Sitbon. Bernard era francés; había nacido en el Maghreb. Después de recorrer el mundo se había establecido en la península. Había pasado algún tiempo en Goa; en la India. En esa ciudad había conocido a algunos de sus amigos que lo siguieron hasta la península.

El y yo rápidamente simpatizamos. Bernard era el mayor de sus hermanos. Era un eximio boxeador y sparring. Bernard percibió rápidamente que yo, a pesar de jugar bien al tenis, poco sabía de defensa personal. Entonces, un día me llamó para que fuese a aprender a defenderme, así como lo había hecho con sus hermanos y con sus primos. Acepté de buen grado y el día combinado comparecí al gimnasio, allí estaban Bernard, sus hermanos y un primo. Bernard me recibió con una sonrisa franca y un apretón de manos. Enseguida

me enseñó cómo colocarme vendas en las manos y me colocó los guantes de box. Acto seguido me enseñó a pararme en posición defensiva. El antebrazo izquierdo cubriendo el rostro con el puño cerrado, el antebrazo derecho un poco más bajo siempre listo para dar el golpe de gracia, después de haber quebrado la defensa con la ofensiva permanente de la izquierda. La primera vez que traté de colocarme en posición defensiva, mi brazo izquierdo con el que me protegía el rostro, fue blanco de una fortísima izquierda de Bernard. Mi brazo izquierdo se dobló como una banana madura y el guante que revestía mi mano, impactó violentamente contra mi rostro. Percibí rápidamente que la fuerza con la que creía que podía proteger mi rostro, era poco eficiente. Una sonrisa cómplice de Bernard, aunque sin burla, me demostró que la fuerza que yo creía ofrecer era poca; o ninguna. Bernard se acercó a mí como un hermano mayor lo haría.

—Tu brazo izquierdo es débil —me dijo.

—Cuando coloques tu brazo para protegerte la cara tenés que tenerlo firme y duro; sino es lo mismo que nada.

Me sentí avergonzado. Algunos de los presentes que no paraban de reír del puñetazo que yo mismo me había propinado en la nariz al absorber, sin ofrecer resistencia alguna, el impacto directo del guante de Bernard. Aprendí rápidamente la lección. Bernard, preocupado, me preguntó sinceramente si estaba bien. Respondí que

sí, que estaba dispuesto a continuar. En la embestida siguiente salí de mí. Transformé mi débil brazo izquierdo en un escudo de titanio. Bernard había desarrollado una sofisticada técnica que consistía en dejar aproximar los puños de su adversario hasta, casi, impactar su rostro. En ese momento sus manos desviaban los golpes de su adversario con la misma gracia y rapidez con que juega un gato con cualquier cosa. De forma que era prácticamente imposible alcanzarlo. La energía resultante del golpe que no había dado en el blanco provocaba una peligrosa aproximación hacia los poderosos puños de Bernard, dejándome demasiado cerca y con el cuerpo totalmente desequilibrado. Bernard se acercó, con delicadeza para no lastimarme, me vi poseído de una forma que desconocía. Mi brazo izquierdo había adoptado una postura y resistencia más aceptables. Así comencé mi ofensiva llena de vergüenza, no hacia Bernard, mas contra mí mismo. Mi brazo izquierdo impactaba sin cesar en los antebrazos y hasta en el rostro de Bernard. Tamaña era la herida en mi ego de que mi izquierda arremetía una y otra vez contra el rostro de mi maestro. A tal punto que Bernard comenzó a perder el equilibrio y retrocedió, entonces, aproveché la situación y le di un gancho de derecha en el estómago. Bernard bajo la guardia y entonces girando el torso primero hacia atrás y a la derecha giré rápidamente utilizando todo el peso y la masa de mi cuerpo para asestarle un golpe en el rostro con mi derecha. Bernard tambaleó

pero se recuperó rápidamente. Sentí miedo por lo que había hecho. Bernard por el contrario.

—Muy bien, muy bien; eso. Ahora me toca mi…

Sentí miedo de los casi noventa kilos distribuidos en poco más de un metro ochenta y cinco, que se abalanzaban contra mí con cara de pocos amigos. Entonces Bernard comenzó a pegarme en el rostro que yo defendía a muerte y en el estómago, hasta que perdí el equilibrio. Trastabillé y estaba a punto de caer. Mi defensa estaba baja y mi rostro expuesto. Vi el guante de la derecha de Bernard dirigiéndose inexorablemente hacia mi rostro. Yo había perdido el equilibrio y sabía que aquel golpe sería el último. Cuando percibí que el guante de Bernard estaba a menos de cinco centímetros de mi rostro súbitamente se detuvo. No comprendía nada, esperaba una soberana paliza. En vez de eso el férreo puño de Bernard se detuvo y me acarició la mejilla con cariño. Al tiempo que me elogió.

—Muy bien; te felicito. Es un buen comienzo y no tengas miedo; no voy a lastimarte.

Bernard decidió que por ser la primera clase ya podía darse por terminada. Admiró mi coraje y determinación y me abrazó con fuerza. Así comenzó la amistad entre ambos. Bernard trabajaba arduamente junto con su familia en La Poste Restante. Era un hombre de pocas palabras y de un corazón enorme, como solo tienen

aquellos que han conocido el sacrificio de sus padres para que sus hijos no pasen necesidades.

El fue uno de los pocos, si no el único que consiguió expulsar a trompadas, de su restaurante a un Drago ebrio, terriblemente agresivo, violento y drogado. Bernard le propinó una elegante paliza que Drago jamás olvidó. A partir de ese día Drago desarrolló un súbito y espontáneo respeto por todos los miembros y amigos de la familia de Bernard.

Acepté y pedí un filet de abadejo mientras Virginie se deliciaba con una langosta a la Thermidor y Cabernet Blanc. Al terminar el almuerzo fuimos a dar un paseo por la península en el jeep inglés 4x4 de Virginie. Héctor me pidió que les sacase unas fotos en los puntos panorámicos más bellos de la península. Así lo hice y me fui a trabajar.

Al llegar a la altura de la casa de Boy Sampaio percibí que había un grupo de personas en la calle que discutían y meneaban la cabeza en sentido de negación. Me detuve y pregunté qué era lo que pasaba. Entonces Salomão, un robusto pescador que siempre me había tratado cordialmente, se acercó a la ventanilla del auto y se explicó:

—Es Drago… Está muy drogado y sin dormir hace varios días. Tomó a un muchacho que venía de pasar todo el día arreglando su red y le pegó, lo empujó y le arrojó su bicicleta al mar sin motivo alguno.

❖ ❖ ❖

}
Capítulo XVIII
El crimen

Esa noche fui al centro para ver cuánta gente había. Cuando volvia, me pareció escuchar unos estampidos que atribuí a la celebración de un gol de algún partido de fútbol en el bar Nascimento. Llegué a Manuelle y le pedí un café a Hermelinda. Prendí un cigarrillo y pedí un filet de mero para cenar.

Peixote entró corriendo; pálido.

—¡Mataron a Drago! ¡Mataron a Drago!

El silencio fue unánime. Todos nos miramos a los ojos, esperando encontrar en esa mirada la respuesta que nos permitiese comprender un poco más de la noticia anunciada.

—¿Cómo? —preguntó Michelle.

—Parece que le pegaron tres tiros al lado de La Crêperie— respondió Pixote.

Ahora están esperando la ambulancia para llevarlo al hospital. La ambulancia no se hizo esperar. Drago yacía en la cama del cuarto que ocupaba en el altillo de la casa de Toby.

La sábana roja conservaba algunas partes de su blanco original. El cuerpo de Drago, todavía con vida, fue colocado sobre una camilla y puesto en el interior de una ambulancia con todo cuidado, delante de una multitud de curiosos, conocidos y asustados turistas. La ambulancia prendió la sirena y partió en velocidad rumbo al hospital más próximo; distante a dieciocho kilómetros por

un camino de tierra, negro como la misma muerte y lleno de pozos. Algunos policías que supieron inmediatamente del hecho detuvieron a propósito la ambulancia a la salida de la península. Cuando el cuerpo de Drago estaba frío y comenzando a adquirir una cierta rigidez, liberaron a la ambulancia para que continuase rumbo al hospital. Drago llegó muerto al hospital. Cuando la noticia de la muerte de Drago llegó a la Armação, las invitaciones para beber gratis iban por cuenta de los parroquianos. Los mismos que horas antes, tal vez, le hubiesen dado una palmadita cariñosa al pasar por la calle, lo habrían llamado o presentado, como “mi amigo Drago”. Ahora los buitres se comían sus ojos, bebían su sangre y brindaban a su muerte. Drago no dejó herencia alguna. Dejó tras de sí una vida bandida, plagada de misterios, de amores y de bellas mujeres.

Murió en la calle después de llevar dos tiros calibre 32 a quemarropa. Según testigos anónimos el asesino le habría gatillado en tres oportunidades.

El primer proyectil lo alcanzó en el cuello perforándole la carótida. El segundo en el brazo y el tercero no salió, presumiblemente por que la munición era vieja. Se dijo que en su funeral hubo decenas de bellas mujeres de varias edades y estados civiles, todas maquilladas con lágrimas y con el alma en pedazos.

El fruto del robo y las sofisticadas armas, como ballestas con mira laser y dispositivos de visión nocturna, continúan siendo un mito.

Unos pocos amigos liderados por Toby juntaron el dinero para pagar su entierro.

❖ ❖ ❖

Capítulo XIX

El fuego purificador

Días después Héctor regresó para trabajar en una serie de regatas que iban a correrse en ese fin de semana. Como de costumbre trajo provisiones y bebida. Era lunes y yo no trabajaba los lunes. Pasamos la tarde comiendo y bebiendo y discurriendo sobre el amor, las mujeres y la muerte. Me dijo que se sentía frustrado por no poder acompañar el rítmo de Virginie. Después de todo Virginie jamás abandonaría a su esposo, quien le proporcionaba dinero y tiempo para gastarlo con quien ella quisiese y sin tener que rendir cuentas; por lo menos durante tres meses, que era el lapso que demoraban sus viajes para compensarlo y poder compartir dos semanas en compañía de su esposa.

Entonces ocurrió algo extraño.

Al promediar la tercera botella de vino y después de habernos hecho varias confesiones y cuando yo casi estaba quedándome dormido, me sentía febril; con escalofríos.

Héctor me mostró una serie de cicatrices que cubrían su torso, su pierna y su brazo. Eran orificios de bala.

Me lanzó una frase que me despertó como un cachetazo.

—Te tengo que decir algo. Mirá: no te puedo seguir engañando…

—¿Engañando?

—Sí. Engañando.

—No me llamo Héctor Echebaster.

Me quedé observándolo sin poder pronunciar palabra. ¿Por qué me había dicho llamarse de una forma cuando no era ese su verdadero nombre y por qué ahora me lo confesaba?

El continuó. Me dijo llamarse Cesar Alejandro Enciso, alias el Polaquito o Pino, haber sido miembro de la SIDE y de haber estado casado con la hija del general Otto Paladino quien fuera jefe de la SIDE; habiendo, inclusive, participado como mercenario en Nicaragua junto a los Contras, de la toma del Regimiento de Infantería Mecanizada 3 en La Tablada, en 1989, de haber formado parte de la banda de Aníbal Gordon junto a Raúl Guglielminetti, de

atribuirse el secuestro (y la liberación) del según él, doble agente Guillermo Patricio Kelly y de haber estado en la masacre de la Parrilla La Estancia, en Florencio Varela. Enciso me contaba todo esto con lujo de detalles.

—Gordon, alias, El Viejo, Silva, o El Coronel, también había sido miembro de la SIDE, y se decía que había sido uno de los capos de la AAA (Triple A: Alianza Anticomunista Argentina: un grupo parapolicial que fundó el excabo 1ro de la Policía Federal Argentina, posteriormente Ministro de Bienestar Social y secretario privado de Perón, “El Brujo” José Lopez Rega en 1973) —continuó.

Yo me limitaba a escucharlo atónito, mientras encendía un cigarrillo atrás de otro y bebía vodka tratando de humedecer mi boca, mas sin proferir palabra.

—Entre las acusaciones contra Gordon —continuó— se destacaban liderar las tareas de Automotores Orletti: un centro clandestino de detención. Los asesinatos de Silvio Frondizi (hermano del expresidente Arturo Frondizi) y del diputado nacional Rodolfo Ortega Peña, el robo de pinturas del Museo Nacional De Bellas Arte en 1980, que incluía obras de Cézanne, Gauguin, Renoir, Degas, Rodin y otros grandes; totalizando un valor estimado de veinte millones de dólares. Pocos días antes del retorno de la democracia, en 1983, un golpe al Museo Municipal de Arte Decorativo Firma y Odilo Estévez, en Rosario, se cobró cinco obras de Goya, El Greco,

Ribera, Sánchez Coello y Murillo, que fueron desmontadas de sus bastidores. El botín fue valuado en ese momento en alrededor de diez millones de dólares.

La confesión del hombre que tenía ante mí, me hizo sentir extremamente vulnerable. En realidad yo lo era, pero el hecho de depararme con una realidad tan dura dentro de mi propia casa, fue como recibir un puñetazo en la nariz.

Prosiguió su relato.

—Un día a alguien se le ocurrió apagarnos. Me fueron a buscar a mi casa y bajé del primer piso con mi 45 en la mano. Cuando llegué a la planta baja me dispararon y me embocaron. Me caí y se me escapó un tiro que me pegué yo mismo en la pierna. Me metieron cuatro plomos 45, y uno más me lo había pegado yo. Alguien le avisó a mi viejo que me fue a buscar, me escondió y me curó. No vas a querer saber lo que hice, ni como lo hice, con los tres hijos de puta que fueron a matarme cuando me recuperé.

Este era mi huésped y tenía las llaves de mi casa que yo mismo le había entregado.

Me disculpé y me retiré tratando de conciliar el sueño. En algún momento debo haberlo conseguido. Cuando desperté estaba todo escuro y la casa estaba en silencio. Me levanté y fui hasta el baño. Mi

huésped no estaba, ni su equipaje. Me había dejado las llaves de la casa y una nota:

Querido hermano:

Lamento haberte mentido. Sé que no te lo merecías. Espero que puedas perdonarme algún día. No podía decirte la verdad sin conocerte antes. Sólo me resta agradecerte por tu cariño, tu hospitalidad y tu don de gente.

Gracias por siempre.

Héctor

Me vestí y salí para tomar aire fresco. Una tenue llovizna caía sobre la península. Caminé por la calle de las lajas sin rumbo fijo. Cuando pasé frente a la casa de Toby. Vi a Itzaak que salía de su casa cerrando el portón tras él. Me dijo que había negociado la compra de la casa de Toby para instalar su agencia de viajes en ese lugar. Toby estaba devastado y no quería quedarse más en la península. El autor del crimen de Drago seguía siendo un misterio que jamás iría a resolverse.

No me sentía bien y me sobraban motivos para ello. Me senté a la barra de La Crêperie y decidí cambiar el cubalibre por un gin-tonic.

Me sentía muy cansado y con un respetable dolor de cabeza. Dejé el gin-tonic por la mitad. Cuando regresé me acosté vestido. Estaba enfermo. Me quedé dormido. Al día siguiente me desperté y miré el reloj. Con dificultad vi que eran las dos de la tarde. ¿Cómo había podido dormir tantas horas y por qué había tanta claridad en esa habitación? Me dolían los ojos. Pensé que el malestar iba a pasar. Pero percibí que no pasaba. Me dolían todos los huesos del cuerpo. Traté de levantarme pero estaba demasiado débil, sin fuerzas. No tenía hambre. Conseguí llegar hasta el baño y me observé en el espejo. No me gustó lo que vi. El fluido que salió de mi cuerpo era oscuro. Fui hasta la casa de Isaías y le pedí si podía ir a avisarle a Emanuelle que estaba enfermo. Le ofrecí dinero para el combustible pero no quiso aceptarlo. Isaías partió inmediatamente. Entonces recordé haber oído que había una epidemia de dengue. Lo que sentía, podía ser dengue. Los síntomas coincidían perfectamente. El dolor de cabeza aumentaba paulatinamente. Poco tiempo después escuché un automóvil detenerse delante de la casa. Eran Papai y Emanuelle. Inmediatamente Emanuelle ordenó a Papai que fuese a comprarme frutas. Poco tiempo después el viejo Papai regresó trayendo papayas, mango, abacaxí, bananas, naranjas y manzanas. Emanuelle me propuso llevarme a su casa, en Manuelle. Le agradecí pero le dije preferir quedarme en mi casa. Ambos partieron con la promesa de regresar al día siguiente. Al dar las siete de la tarde mi cabeza parecía explotar. Rogaba poder dormir pero no podía. Sentía

que tenía mucha fiebre. Recordé que no debía tomar acidoacetilsalisílico bajo ninguna circunstancia si sospechase que tenía Dengue. Me vestí y llegué hasta a la farmacia de Betinho. Compré paracetamol y lo tomé inmediatamente. Llegué y busqué información no sin dificultad en una vieja enciclopedia. El dengue —decía el volumen— es una enfermedad infecciosa aguda, no contagiosa por contacto físico y de corta duración. Es transmitida por la picadura de ciertos tipos de mosquitos tropicales como el *aedes aegipty*. De gravedad variable en una de sus cuatro variaciones virales, puede ser mortal. La transmisión se produce por la picadura del mosquito infectado al haber entrado previamente en contacto con sangre de una persona portadora del virus. Este mosquito infectado, al picar, inocula el virus del dengue. La enfermedad solo es desarrollada por el hombre sin afectar otra especie conocida. Ahora lo único que podía hacer era esperar. Si el dengue fuese hemorrágico lo sabría en breve porque mis capilares iban a explotar provocándome hemorragias en la nariz, ojos y encías. Sabía que no había cura para esa enfermedad. Todo lo que podía hacer era comer sólo frutas, beber mucho líquido, observando no consumir alcohol, no comer ningún tipo de carne y aguardar por los síntomas fatales o por su desaparecimiento. Nada más. Deliraba por la fiebre. Las paredes blancas se convertían en las más perfectas superficies ya imaginadas por ser humano algún. Adquirían apariencia desértica. Perfecta. No había la más insignificante mácula

en ellas. No parecían de este mundo. De tan perfectas me producían asco. Un asco tan grande que me daba ganas de vomitar. Pero no lo hacía. En ese momento veía las paredes como las había visto siempre y cerraba los ojos para tratar de dormir. Todo comenzaba nuevamente. Iba hasta el baño con esfuerzo y observaba mi orina oscura. Me preguntaba si podía hacer otra cosa a no ser padecer ese calvario. Pero no. No podía. Solo podía esperar por la muerte; o por la vida. Preferí esperar por la vida puesto que la muerte, tarde o temprano, llegaría. Finalmente cuando ya cantaban las chicharras; me dormí. Desperté con Papai y Emanuelle llamando a la puerta; abrí y entraron. Estaba oscuro. No supe cuánto tiempo había dormido. En mi reloj eran las seis, aunque no sabía si eran las seis de la mañana o de la tarde. ¿Qué diferencia eso podía hacer? Fui hasta el baño y me miré al espejo. Había adelgazado mucho y tenía ojeras enormes. Bebí bastante agua mineral y volví a acostarme. La fiebre estaba volviendo. Pensé en ver un médico pero el médico no iba a ayudarme. Sabía que no había cura para el dengue y no tenía ganas de hacer el titánico esfuerzo de salir para que me dijesen que tenía que hacer lo que ya estaba haciendo hacía varios días. Pasé cinco o seis días sin comer nada a no ser unas pocas frutas. Diariamente Papi y Emanuelle cumplían con su palabra. Estaba debilitado y flaco pero finalmente la fiebre había desaparecido. Esa tarde sentí hambre por primera vez desde que cayera enfermo. Entonces me metí en la ducha y pocos minutos después estaba sintiendo escalofríos en todo

el cuerpo y una suerte de comezón en la piel que parecía viajar por todo mi cuerpo, tal y como cambian los colores de la piel de un pulpo vivo; en ráfagas que aparecían y desaparecían. La fiebre había regresado y con ella el terrible dolor de huesos. Este cuadro se repitió en unas cinco o seis oportunidades en días diferentes. Finalmente un día desperté y me sentí mejor. Fui hasta lo de Nelly, para comer. Nelly era famosa por sus profundos conocimientos sobre espagiria y las propiedades medicinales de muchas plantas. Podía curar hasta la hepatitis con té de hojas de picão[32]. La pensión de Nelly era una simple casa de pescadores sobre la calle Cesar Augusto São Luíz que había sido transformada en una fonda simple. Dos planchas de madera terciada unidas por dos bisagras describían el PF sobre la vereda, un plato económico que ofrecía tres variantes; siempre acompañados de arroz y feijão, ensalada mixta y farofa. Con pescado, carne o pollo. La otra opción era el plato comercial, donde siempre la misma base de arroz y feijão[33], ensalada mixta y farofa, era acompañada de porciones más grandes de pescado, carne o pollo. Esta era un poco más cara que las otras.

Nelly era una simpática nativa de unos cuarenta y pocos años. Tenía varios hijos e hijas. Los más fieles a su madre la ayudaban en el pequeño restaurante cuya función no podía saberse si era ganar dinero para ayudar al sustento familiar o ayudar a los que tenían

[32] **Picão**: Designación de varias hierbas de la familia de las compuestas, como la Cosmos sulphurens, de hojas opuestas, tallo piloso, flores amarillas en capítulos y frutos aquenios (vulgarmente conocida como picão-açu, picão-uçu, picão-de-flor-grande e picão-do-grande), y la Bidens graveolens, de tallo leñoso, carente de pelos, hojas oblongas y flores amarillas.

[33] **Feijão**: (Port.) Porotos negros.

hambre y dinero alguno. Nelly me vio y preguntó algunas cosas. Para ella lo peor ya había pasado. Ella se disculpó por no tener nada para ofrecerme porque ese día había vendido todo. Llamó a su hija Paulinha y le pidió que fuese a comprar algo para cocinarme. Les agradecí a ambas pero les dije que no podía esperar. Que estaba muerto de hambre; lo que en realidad no era cierto pero no quería molestarlas. Me despedí y me dirigí al O Gostinho Natural, el restaurante de Ney, hijo de Domingos: histórico taxista de la península. Ney había perdido trágicamente a su hermano y esto había dejado un enorme vacío en su vida que sabía que jamás sería llenado nuevamente. Era buen hombre, buen amigo y buen comerciante. Sabía trabajar el negocio que su padre le confiara. Era honesto y querido por todos. Domingos, su padre, ahora solamente se dedicaba a manejar su taxi: un Chevrolet azul metálico siempre impecable, lo que hacía con amor por su trabajo y una cierta obsesión. Cuando Ney me vio, me miró espantado a través de sus anteojos rectangulares y desde lo alto de su más de metro ochenta.

—¿Qué te pasó? —me preguntó.

—Creo que tuve dengue... Quería comer algo sustancioso y rico, como un Frango a francesa[34] ... Para llevar.

—No, no, no, no, no: nada de eso. Siéntate en una mesa. Vas a comer acá. La casa invita.

[34] **Frango à francesa: Bras.:** Revuelto de pechugas picadas de pollo grillado con papas fritas, cebolla blanca, arvejas, aceitunas verdes y jamón.

Ney siempre había demostrado un cariño sincero por mí y continuaba haciéndolo.

Mientras reponía mis fuerzas entró Silvano Nascimento: dueño del Bar Nascimento en la calle Manoel Turibe de Farías. Me saludó y se acercó a Ney, en la barra. Enseguida se fue.

Menos de media hora después llegaron Marcelo y Aníbal, del Perú Molhado. Ney les había advertido de mi estado y ambos acudieron en mi ayuda.

Ambos se sentaron a mi mesa y se ofrecieron a brindarme lo que necesitase. Les agradecí y Marcelo y yo compartimos dos cervezas, mientras Aníbal bebía su tercer whisky.

Entonces Marcelo me dijo:

—Demente: ¿supiste lo de Blancoamor?

—¿Qué le pasó? ¿Está bien?

—Não é isso, rapaz; não é isso... —arrastró Aníbal, con la lengua pesada por el whisky —no está ni bien ni mal. No está más...

Ambos me contaron que Blancoamor había enloquecido literalmente, con Susana Garabaim y ella no quería estar con él. Blancoamor se había descontrolado a tal punto que, en su desvarío, creyó estar perdidamente enamorado de Susana. Ella gustaba de su compañía pero no a tal punto de establecer una relación formal con Ernesto.

En un rapto de locura le pidió a Susana para que lo acompañase a visitar una casa céntrica de la que era administrador. Allí la había secuestrado y mantenido cautiva en la calle Manuel Turibe de Farías, donde le llevaba alimentos, bebida y artículos de higiene. Dolores Larroc había tratado de convencerlo de liberarla, a lo que Blancoamor accedió intimidado por la presencia policial. Lo último que se supo de él fue que se había declarado culpable de todos los cargos, que esperaba su juicio y que había cargado dos bidones de nafta en el Posto da Gatinha, a la entrada de la Ferradura. Unas pocas horas más tarde encontraron la Brasilia VW beige de Blancoamor con su cuerpo carbonizado en su interior; camino a la playa Brava. Se había inmolado a lo bonzo. Blancoamor no había conseguido superar la abstinencia de alcohol, la que le había abierto las puertas de su infierno a los monstruos que lo habitaban, que en un golpe de gracia pusieron fin definitivamente a su tormentosa existencia.

—Pobre Blancoamor —se lamentó Jorge—era un tipo digno. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, no pudo soportarlo y se mató. Eso es ser digno. Tener honor, más allá de equivocarse.

Jorge prácticamente ya no venía a la península. Se había instalado en Rio. Se había cansado de la fauna local. El lugar había cambiado en esos años.

El 24 de diciembre de 1989 fue mi último día de trabajo en Manuelle y por poco el último de mi vida. La ciudad estaba bastante llena y pasadas las 22:00 entró un alemán muy alto y fuerte, rubio y con un importante bigote al mejor estilo mexicano. Se llamaba Günther y tenía cara de malo. Cuando llegó ya había bebido bastante y en poco menos de una hora bebió media botella de Ballantines. Entonces pagó y pidió un taxi, pero no había taxis disponibles. Emanuelle me pidió si podía llevarlo hasta su casa. Accedí y lo llevé hasta una casa en lo alto de un morro con una vista espectacular de toda la península. Me preguntó cuánto me debía por el viaje y le respondí que nada, puesto que no era taxista. Entonces me dijo que me invitaba a tomar un trago. Le agredecí pero le dije que tenía que regresar a mi trabajo. Günther insistió amenazante y, temeroso de su reacción si me negase nuevamente, acepté. Entré en medio a dos enormes y feroces Rottweiler. Seguí avanzando pegado a él y sudando frío. Nos sentamos frente a un enorme ventanal. Se acercó al bar y trajo un lujoso estuche forrado en terciopelo azul conteniendo una botella cerrada de Cognac Hardy. Abrió la botella y nos sirvió. Brindamos y poco después comenzó a quedarse dormido sobre la mesa. Entonces lo llamé y le dije que tenía que irme. Se despertó de peor humor aún. Se incorporó y llamó a su casero. Este hizo su entrada en escena y el dueño de casa le preguntó por una tal Nina. El casero le respondió que se había arreglado y que había salido. Günther enfureció. En ese momento entró una mulata

curvilínea y vulgar. Günther le propinó una cachetada con tanta fuerza que la infeliz cayó al piso a unos dos metros de donde Günther le propinara el golpe.

—¡Te voy a matar! —le gritó a la mujer, que ya sangraba copiosamente por la nariz. —y usted va a ser testigo —dijo dirigiéndose a mí.

Veinte metros y dos peligrosos Rottweiler me separaban de la libertad. De poder despertarme y abandonar esa pesadilla. Entonces la mujer se levantó y corrió hacia la puerta mientras Günther, poseído, había ido a traer una escopeta calibre 12, de dos caños. La mujer ganó la calle y yo salí corriendo, logré entrar en mi auto y arranqué. Escuché un disparo y el grito de la mujer. Vi como el cuerpo caía por el espejo retrovisor, mientras yo trataba de huir. Entonces escuché un segundo disparo y el estallido de la luneta trasera al tiempo que el auto se iba incontrolablemente hacia la izquierda en la pendiente por la que bajaba. Algunos perdigones le habían dado a la cubierta izquierda delantera. Entonces el auto volcó y giró una dos, tres, cuatro veces, mientras yo me asía desesperadamente al volante hasta que finalmente se detuvo con las ruedas hacia arriba. El olor a nafta era muy fuerte y el contacto continuaba encendido, a pesar de que el motor se había detenido. Salí por la ventanilla y corrí. Milagrosamente, e inexplicablemente, no fui alcanzado por los disparos, a pesar de haber sufrido algunos cortes superficiales por los vidrios. Conseguí llegar hasta la Bento

Ribeiro Dantas y pedí ayuda. Poco tiempo después vi como la policía y una ambulancia se dirigían a la casa de Günther. Llegué a mi casa a pie, me desvestí y me bañé tratando de quitarme los vidrios que tenía clavados por todo el cuerpo. Entonces recordé la frase de Flavia.

"Un día vas a terminar mal y sé que no vas a tener nada que ver…"

Günther se vio obligado a indemnizarme a cambio de que yo no le hiciese una denuncia penal. Nina recibió un escopetazo en su pierna donde, de por vida, la acompañarían las pequeñas municiones alojadas en ella. Günther declaró públicamente que donde me encontrase me mataría. Gracias a algunos amigos conseguí obtener sus antecedentes en Europa.

Había provocado innúmeros desmanes y delitos, durante décadas en toda Europa, hasta que su millonaria familia se cansó de sus actitudes y le ofreció el exilio, a cambio de una jugosa pensión de por vida, para terminar con los problemas con los que este los obsequiaba a diario. Así, Günther, había aterrizado en la península. Su familia era una de las cien familias más poderosas de toda Europa, según la revista Forbes. Su casero era un traficante de drogas. Poco tiempo después, su casero, fue preso y condenado. Nina no pasaba de una prostituta más.

Poco tiempo después supe que Emanuelle me había pedido que me llevase a Günther hasta su casa, para que no le destrozase su espacio. Ella ya lo conocía y sabía perfectamente de lo que él podía ser capaz.

Cuando supe esto, por dos fuentes diferentes, me sentí traicionado profundamente. Me sentí un peón sacrificable. Descartable. Ella sabía perfectamente que había puesto un demonio maldito en mi camino, sin importarle las consecuencias. Jamás la perdoné por esto, ni lo haré.

❖ ❖ ❖

Capítulo XX

La guerra

Marcelo y Aníbal me habían ofrecido vender publicidad para O Perú Molhado. Después de discutir las condiciones acepté. Poco a poco pequeñas notas y materias mías iban apareciendo en las ediciones que eran impresas en las rotativas del Jornal do Comercio; originalmente Jornal do Commercio (tal era la grafía original). En sus orígenes, el Jornal do Commercio contaba con una columna diaria escrita por el Emperador de Brasil, Dom Pedro II. Ya en 1959 había sido adquirido por el mítico magnate de la prensa brasileña Assis Chateaubriand (O Chatô). Alternaba mis días con footing colina arriba, caza submarina por las mañanas y tenis por la tarde. Había recuperado mi forma y mi espíritu. Entonces, el jueves quince de marzo de 1990 dos eventos tuvieron lugar. El primero fue celebrar mi cumpleaños y el segundo fue la asunción del nuevo presidente electo de Brasil. Después de haber vivido espectaculares lanzamientos de medidas económicas en Argentina durante mi infancia y adolescencia, mi memoria me obligaba a retirar inmediatamente mis ahorros del banco, debido al temor de que los mismos fuesen confiscados por el Estado; como tantas veces había ocurrido con anterioridad en mi país. Me dirigí al extinto banco Bamerindus donde el gerente me informó que no me podía entregar el equivalente a ocho mil dólares estadounidenses que tenía

ahorrados, porque no había hecho la previsión para retirar esa cantidad de fondos. Después de tratar de defender mis derechos infructuosamente, el gerente optó por llamar al guardia de seguridad para que me retirase de la agencia. Entonces, apoyado por una señora que se encontraba en mi misma situación, optamos por llamar a la policía. El horario bancario de atención al público terminaba a la hora 15:00. La policía vino, llamamos a un escribano que labró un acta y después de horas de varias discusiones más (y algunas amenazas recíprocas) e innúmeras llamadas telefónicas del gerente para con sus superiores, finalmente a eso de la hora 23:00 llegó un VW Gol con dos custodios y una bolsa para transporte de valores con nuestros ahorros. Nos entregaron nuestro dinero y el gerente me informó que cerraba irreversiblemente mi cuenta sin perjuicio para mi historial de crédito. Así, nos fuimos a nuestras casas con nuestros ahorros; la señora a la suya y yo a la mía.

Al día siguiente se anunció feriado bancario y todo el dinero de los ahorristas fue confiscado por el Banco Central do Brasil. Yo me encontraba con un empleo modesto en el Perú Molhado y con la posibilidad de conocer personas; algunas realmente notables como el director de cine y el responsable de descubrir a Sônia Braga: Neville D’almeida, el gran director español Carlos Saura, el actor Dolph Lundgreen, el ganador del Oscar por la banda sonora de The Matrix I, David Lee, la actriz argentina Esther Goris, Thierry Peugeot y tantos otros. Además tenía un capital considerable como para

comprar dólares a muy bajo precio, compitiendo con la agencia Ekoda y hasta con Itzaak. Para vender los dólares iba hasta Rio de Janeiro, lo que me permitía respetables ganancias. Así, en poco tiempo compré un nuevo vehículo y me mudé al centro, a un pequeño apartamento en el Condominio Vila Vecchia, sobre la calle Cesar Augusto São Luiz. Un día al regresar a almorzar a mi nueva casa, Hilde, el encargado, me detuvo y me preguntó si sabía lo de Ives: el hijo de Jean Luc. Le respondí que no y entonces me contó. El muchacho había contraído HIV hacía ya un cierto tiempo y había fallecido como consecuencia de una infección generalizada. Una gran cantidad de compañeros sexuales de Ives estaban apavorados; algunos de ellos eran casados. Los problemas ajenos eran ajenos y mi mundo no debería detenerse por su causa.

Era el momento de divertirme y yo lo hacía. Poco tiempo después un día sonó el teléfono en la redacción del Perú Molhado. Era del Jornal do Brasil: el tercer diario más antiguo del país. Buscaban un representante en la península. Le dije a Marcelo y me dijo que no le interesaba y que si me interesase que cerrase negocio. Así lo hice. Poco tiempo después me transformé en una especie de corresponsal permanente, tratando con la célebre modelo, socialité, periodista, escritora y actriz Danuza Leão. El hecho de hablar otros idiomas me calificaba para entrevistar a las más diversas figuras que recalaban en la península. Fue en esa época cuando conocí a Mario Paz, que había nacido en Argentina y hablaba castellano.

—¿Te gusta el cine? —me preguntó un día.

—Sí, mucho.

—Voy a hacer un cine.

—¿Un cine?

—Sí. Un cine. ¿Te gusta la idea?

—Me parece genial —le respondí.

Mario tenía una posada en la Travessa dos Pescadores: Vila do Mar. Y tenía el proyecto de construir el primer cine de la ciudad y realizar un festival internacional de cine todos los años. Gracias a sus incontables esfuerzos, tenacidad y sacrificios, finalmente lo consiguió.

❖ ❖ ❖

En 1990, en la ciudad de São Paulo, tuvo lugar el primer encuentro de un tal Foro de São Paulo, donde el único país soberano miembro, donde el Poder Ejecutivo lo ejercía el Partido Comunista; era Cuba. Pasarían algunas décadas antes de que nos concientizásemos de lo que realmente representaría para América Latina ese insignificante, ingenuo y pintoresco encuentro de soñadores, románticos, bohemios y diletantes. Ya en enero de 1991 el mundo se estremecía por el

inicio de la Guerra del Golfo. La primera guerra televisada, en directo, de la historia. La telefonía celular acababa de desembarcar en noviembre de 1990 y constituía una nueva línea divisoria de aguas; o mejor: de clases sociales. Gracias al gobierno de Collor de Mello, Brasil parecía salir del oscurantismo y las computadoras personales anunciaban la incipiente aurora de la globalización. Ciertamente, el mundo jamás volvería a ser el mismo. Así, gobierno, inflación, política monetaria, condiciones económicas internas, defensa, condiciones externas, finanzas públicas, meteorología, política internacional, trabajo, tierra, capital, interior, tecnología, nivel de satisfacción con la calidad de vida de sus habitantes, clima local, plagas, fauna, flora, epidemias, pandemias, subversión, terrorismo (interno y externo), religión, moda, capital físico, infraestructura, capital humano, educación, políticas estructurales, políticas de estabilización, condiciones financieras, factores culturales, institucionales, características demográficas, étnicas, geográficas, historia, inversión, crédito, crecimiento poblacional, exportaciones, importaciones, PIB, balanza comercial, oferta y demanda, utilidad marginal y total, geolocalización, dinero, banca, crecimiento económico, desarrollo, ingresos, empleo, nivel general de precios, inflación, recesión, etc. A pesar de todos estos cambios la península continuaba rumbo a su destino final: la nada. La idílica colonia de pescadores donde nobles europeos, rockstars, actores de Hollywood, ganadores del Grand Slam y otras especies recalaban, se

iba transformando en un gran shopping popular a cielo abierto, gracias al proteccionismo clientelista del gobierno de Leonel Brizola. Hasta tal punto influyó socialmente su gobierno, que hasta nuestros días a la cocaína se la denomina Brizola en el estado de Rio de Janeiro así como, paradójicamente, a un tipo de escuelas denominados CIEPs[35] se los conoce popularmente como Brizolões. Su administración determinó un punto de inflexión en la historia. Basado en políticas garantistas y proteccionistas, los sectores más carentes y consecuentemente ignorantes, del estado de Rio de Janeiro, comenzaron a ganar voz y voto. La península parecía ser indemne a ese efecto decadente y globalizante; aunque sin embargo, no lo fue. Durante el mes de enero de 1991 las reservas habían excedido la capacidad de la ciudad, pero la Guerra del Golfo acabó con los planes y sueños de muchos noveles empresarios locales y potenciales turistas. Por causa de la guerra había desabastecimiento y, consecuentemente, había poco o ningún combustible en la península. Los que llegaban no podían reabastecerse para regresar a su lugar de origen. Algunos de los artesanos locales como Diogo, que vendía anillos de plata en la Plaza Santos Dumont, o Chicão, que tallaba ceniceros en quebracho sirviéndose de una bancada improvisada sobre la calle de las lajas, donde una morsa de madera y algunos formones constituían todo su universo. Chicão vivía en una pequeña habitación en la casa de Doña Maroca, madre de Lico

[35] **CIEP**: Centros Integrados de Educação Pública (s), popularmente conocidos como Brizolões, fueron parte de un proyecto educativo del antropólogo Darcy Ribeiro durante los gobiernos de Leonel Brizola (1983/87 y 1991/94). El proyecto era de Oscar Niemeyer. Fueron erguidas más de 500 unidades. Una de sus características era la utilización de piezas premoldeadas de concreto.

Maroca. Nadie sabía, a ciencia cierta, quién era Chicão. Era un mulato nordestino, con una sola ceja bastante poblada. Un hombre simple y respetuoso. No se le conocían ni mujer ni hijos ni amigos, a pesar de que todos lo respetaban. En ocasiones tomaba unas cachacas y decía que hablaba en alemán.

—Sprachenvedusrten —decía.

Si alguien le respondía, él contestaba.

—Wurstengeborenbossendorffen…

Era un niño grande; ingenuo, puro. Un día alguien de la municipalidad local no tuvo mejor idea que confiscarle su bancada, su morsa y sus herramientas. Le habían confiscado su vida, sus sueños y el sentido de su existencia. Cuando Chicão llegó y vio que le habían secuestrado sus herramientas, que le habían amputado el sentido de su vida, se descompensó y murió de un infarto fulminante al corazón. Nunca nadie se hizo responsable de su muerte. Poco tiempo después Lars se jubiló y llegó para instalarse definitivamente en la península junto a su esposa Virginie, pero ella tenía otros planes.

A los pocos días de haber llegado su esposo, Virginie le pidió el divorcio. Lars estaba arrasado pero tuvo que aceptarlo, así como tuvo que aceptar cederle a ella el cincuenta por ciento de los bienes

gananciales declarados. Ambos se fueron de la península. Virginie se mudó a otro país y Lars al interior del estado de São Paulo.

❖ ❖ ❖

Mientras tanto Itzaak se afianzaba como caudillo local de los extranjeros ilegales y de los necesitados. Yo mismo en algún momento lo sondeé para constatar si él era tal y como se proclamaba.

—Itzaak: necesito viajar a Buenos Aires.

—¿Cuándo pensás que me podés pagar?

—A mi regreso. En 15 días.

—Dolores: emitile un pasaje con la VASP. El ya arregló conmigo.

Así era Itzaak. Este trámite debo haberlo hecho unas tres o cuatro veces. Siempre honré mi palabra. Itzaak nunca falló.

Un día me dijo:

—Escuchame: ¿no querés llevarte un Chevrolet Opala 6 cilindros y arreglarlo?

—Sí. —le dije.

—Dolores: dale las llaves del Opala y los documentos. Ya arreglé con él…

En ese momento entró Montrell, que estaba extremamente delgado. Me contó que había vendido su casa de João Fernandes para un floreciente grupo hotelero y que regresaba a Paris junto con su hermana.

Itzaak me entregó en total confianza un Chevrolet Opala 1982, con su documentación completa y un baúl con algunos casquillos de munición 32, 38 y 9mm.

Arreglé el auto y un día percibí que era el mismo auto que esperaba por Drago, a la sombra de un almendro. Arreglé el vehículo y lo destiné a hacer traslado de pasajeros hacia, y desde, el aeropuerto internacional Galeão, en la Ilha do Governador, en las afueras de Rio de Janeiro.

Llamé a Josué, el antiguo recepcionista de la posada para que lo manejase y descubrí un nicho que aún no había sido explorado en la península. Así nació mi Agencia de Viagens e Turismo. De este modo fui el primero a hacer sightseeing en la península y en Cabo Frio y Arraial do Cabo. Nacía la Five Star Tours: mi agencia. Luego me expandí hasta Rio de Janeiro con el primer Rio Day Tour. La empresa era todo un éxito. La jornada constaba de un *pickup service*, pasando a buscar a los turistas por sus hoteles o posadas, el viaje hasta la Ciudad de Rio de Janeiro, el almuerzo en la Churrascaría Marius, y la

opción de Corcovado o Pão de Açucar, para culminar en el Barra Shopping en la Barra da Tijuca, antes de regresar a la península. La Five Star Tours crecía. Abrí una sucursal e incorporé una bandera de la Localiza National Rent a Car.

❖ ❖ ❖

Capítulo XXI

El estallido de la burbuja

En 1992 la inflación era del 1.119% y un año después ya había alcanzado el 2.477%. Bajo la gestión de Itamar Franco: vicepresidente que asumiera la Presidencia de la República, luego del escándalo de corrupción traicioneramente denunciado por el hermano del Presidente Pedro Collor de Mello, a quien que le costaría su destitución presidencial. Desde entonces se sucedieron diversos ministros de hacienda, hasta la llegada del entonces canciller Fernando Henrique Cardoso. En junio de 1993 se puso en marcha el Plan Real, que en su primera etapa profundizó los procesos de apertura comercial y privatizaciones con el fin de equilibrar las cuentas del gobierno y reducir la inflación. La segunda etapa del plan preveía la creación de un patrón de valor denominado Unidad Real de Valor (URV) atado a la cotización del dólar, al cual se debían ajustar todos los contratos, tarifas, precios y salarios. En 1994, Brasil concretó la reestructuración de su deuda externa dentro del llamado Plan Brady. Así, el Real pasó a valer más que el dólar, otorgando un gran poder adquisitivo al pueblo brasilero que este jamás había detentado hasta entonces. De este modo Brasil se convirtió durante un cierto tiempo en el país más caro del mundo. Los extranjeros dejaron de viajar a Brasil en busca de destinos turísticos más baratos (y más seguros). Mi flota, que a esa altura ya

contaba con 19 vehículos, no se alquilaba; no se movía. Los brasileños acudían a la península con sus propios colchones, cacerolas, mantas, perros, suegras, hijos, mascotas, sombrillas, reposeras, conservadoras, cervezas y víveres. Ya en 1995 nadie reservaba hoteles en Rio de Janeiro ni compraba paquetes de excursiones a las Cataratas del Iguazú. Al contrario. Los nuevos visitantes alquilaban casas de pescadores donde se hospedaban seis ó siete personas en dos habitaciones rústicas, donde los locatarios colocaban sus propios colchones en el piso. El dólar llegó a ser vendido por R$ 0,8405. La burbuja finalmente había explotado. Era el fin de una era y también el de la Five Star Tours.

Jorge me contó que el tío de Tony estaba enfermo y había nombrado a su sobrino su heredero universal. Su tío tenía sesenta pequeños departamentos en el corazón de Montevideo y una chacra en Canelones. Pocos días después, el tío de Tony había muerto y él heredaría casi dos millones de dólares. Tony estaba exultante y no era para menos. Después de décadas de vivir como un paria, Tony tenía por primera vez en su vida la oportunidad de sentir que era alguien; alguien importante. Pocos meses después Tony ya había adquirido un hermoso terreno en lo alto de la Ferradura.

Mientras tanto Itzaak volvía a esconderse de sus acreedores. Ahora se trataba de un dueño de una agencia de viajes, de la Policía Federal y de algunos cambistas de Rio de Janeiro. Itzaak había desaparecido. Principalmente por una deuda de cuarenta mil dólares que había contraído con un francoisraelí llamado Shimon Mankiewicz. Shimon había hecho una pulcra carrera en la marina mercante francesa y había aterrizado en Argentina. Un buen día juntó sus ahorros con los de algunos modestos inversores y adquirió dos pequeños buques cargueros en Argentina. Al principio todo iba bien hasta que un día uno de los buques se hundió y él cobro el seguro. Luego el segundo de los buques, coincidentemente, también se hundió y Shimon no cobró el segundo seguro, probablemente debido a la coincidencia en los dos sucesivos hundimientos. En aquella época él se había casado con una joven argentina llamada Ileana. Ella era una chica joven e inexperta que se enamoró de un joven capitán de marina. Curiosamente, después del hundimiento de ambas embarcaciones, abandonaron rápidamente la Argentina rumbo a la península. Allí, Shimon, compró una grande y antigua residencia construida en el s.XIX, sobre la calle de las lajas, con todo su vasto mobiliario de época, y la transformó en una posada. Había pagado cuarenta mil dólares por la propiedad y todo lo que en ella se encontraba. La Rustique, tal el nombre con el que este había bautizado a su nuevo emprendimiento, no tardó en darle un enorme retorno financiero que superó holgadamente la inversión inicial.

Luego, Shimon, consiguió un contrato apócrifo con la empresa estatal que estaba ampliando el cableado de telefonía analógica en la península, consiguiendo así triplicar los verdaderos gastos de las cuadrillas encargadas del trabajo y en unos seis meses obtuvo ganancias de más de cincuenta mil dólares; más de lo que había pagado por la, ahora, posada. Cuando lo conocí a él y a su esposa, me parecieron ser gente de bien. A tal punto que él había conseguido un ingeniero austríaco como potencial comprador de La Rustique y los muebles que Shimon aún no había retirado de ella. Shimon me había propuesto convertirme en gerente de la posada una vez que fuese vendida. La idea me entusiasmó puesto que era un trabajo que, grosso modo, yo conocía y el sueldo inicial sería de casi mil dólares al mes. Sería el gerente mejor pago de la península. En esa época yo había comenzado a salir con una bella muchacha llamada Deneice. Mi amistad con Shimon se afianzaba cada vez más, al punto que si yo necesitase efectivo se lo pedía y él me lo daba sin firmar ningún tipo de documento. Yo siempre se lo devolvía. Un día Deneice me dijo que Shimon no le gustaba. Que no le parecía un amigo leal. Pero ella no me dio una justificativa que avalase esa apreciación, hasta que un día me confesó que Shimon, sabiendo que ella era mi pareja, le había propuesto acostarse con ella a cambio de un regalito en dinero. Deneice era una persona decente y no aceptó. Pero Shimon, ante mis ojos, se había convertido en lo que siempre había sido: un deleznable y oportunista ser obnubilado por el dinero, dispuesto a prostituir a su

propia esposa si la cantidad de dinero fuese lo bastante para él. A esta altura yo me había convertido en su chofer, su administrador de obras en construcción, y su encargado de ventas de los terrenos que había adquirido durante los años de sobrefacturación al Estado; cosa que en aquel entonces yo ignoraba. El comprador potencial de su posada apareció y combinamos una cena, para conocernos. Fritz Geinhardt era un ingeniero austríaco que había trabajado toda su vida en la construcción de usinas de energía eléctrica alrededor del mundo. Ya retirado y divorciado de la madre de sus hijos, había conocido a Lavínia: una carioca suburbana con un hijo de padre desconocido que le prometía amor incondicional. Poco tiempo después y cansada de las infidelidades de Shimon, Ileana le había pedido el divorcio. Un día ella me buscó puesto que sabía que Shimon y yo éramos amigos. Entonces trató de convencerme acerca del tipo de individuo que Shimon era. Después de escuchar lo que Ileana tenía para decirme no hice sino reafirmar el concepto que ya me había forjado de Shimon. En esa época él me había dado un terreno suyo para que lo vendiese y ganase la comisión sobre la venta. Coloqué un cartel con mi número de teléfono y esperé. La línea de teléfono era alquilada. Un día percibí que el aparato no tenía tono y fui a reclamar a la Telerj. Entonces me informaron que esa línea había sido transferida en la víspera por motivo de venta de la misma. Así, el número de teléfono ya no pertenecía más a quién me lo había alquilado. La propietaria había vendido la línea sin

comunicármelo, incurriendo a un incumplimiento de contrato firmado ante escribano público. Ese mismo día un comprador había llamado y demostrado su interés en el terreno en venta. Llamó al nuevo propietario, que tenía una inmobiliaria, y le compró el terreno al dueño de la inmobiliaria que ya se había puesto en contacto con Shimon, que siquiera fue capaz de reconocer los gastos del cartel que yo mismo había mandado confeccionar y había colocado. Shimon le vendió su posada a Fritz en un millón de dólares. Cuando parecía que por lo menos yo tendría un buen empleo como gerente de la posada, Lavínia urdió un autosecuestro con la ayuda de un examante policía. Fritz creyó la historia y entró en paranoia después de pagar el rescate de Lavínia que ciertamente había dividido el botín con su examante. Nunca más Fritz respondió mis llamadas ni accedió a darme una explicación. La cuestión es que Shimon le había prestado más de cuarenta mil dólares a Itzaak que este jamás le devolvió. Itzaak volvió a desaparecer, pero esta vez lo buscaban el dueño de la agencia de viajes IATA y la Policia Federal do Brasil. Era una oportunidad para llenar el vacío que Itzaak había dejado y no la desaproveché.

Me dirigí a Rio tras los paso de Itzaak y no me costó mucho encontrar al dueño de la agencia de viajes que emitía los pasajes para él. Después de todo yo mismo había ido a retirar los tickets en más de una oportunidad a sus oficinas, en el centro de la ciudad. Cuando estuve frente a frente con el dueño de la agencia le expliqué

claramente mis intenciones. Como él conocía el potencial de la península en términos de emisión de pasajes, no me costó mucho convencerlo de continuar el mismo esquema, pero conmigo. Después de reflexionar un tiempo el dueño me llamó y me dijo que sí teníamos un trato. Ahora solo me restaba aliñar las cosas con los federales. D. era un Policía Federal que yo había conocido en el predio de la calle Venezuela Nº2, en la Plaza Mauá; a poco más de cien metros del Puerto de Rio de Janeiro. Allí concurrí para dar entrada a mi pedido de residencia en 1988. Cuando llegué pregunté por él y poco después hizo su aparición D. Le expliqué la situación y me dijo que lo esperase a la salida de su horario de trabajo, cuando iríamos a tomar un café y hablar del tema lejos de la Sede de la Policía Federal. Así lo hice y unas horas después nos encontramos en una cafetería próxima. D. llegó y se explicó.

—La cosa no es tan sencilla, gringo. Itzaak se quedó con mucha plata que no le pertenece y hay mucha gente muy enojada con él. Muy enojada, en serio…

—Bueno, yo no me puedo comprometer a devolver la que él se llevó; pero sí me puedo comprometer a honrar mi palabra. Nos conocemos hace algunos años y sabes que no tengo ningún tipo de antecedentes. Si así no fuese, no estaría acá.

—Sí. Todo muy lindo. ¿Pero quién te conoce?

—Tu me conoces. No quiero problemas. Quiero que sea útil para todos. Solo eso.

D. me miró fijo a los ojos y en algún punto sintió que le estaba diciendo la verdad.

—Bueno, gringo. Vamos a hacer una prueba. Ahora si tropezás, fuiste. ¿Está claro?

—Clarísimo.

Me dio la mano y cerramos un trato. Dada la cantidad de extranjeros irregulares en la península en esa época y que el plazo de la visa de turista era de 90 días, con la única posibilidad de extenderla por 90 días más; expirados ambos plazos, los extranjeros debían abandonar el territorio nacional so pena de multa diaria y la posibilidad de ser expulsados y no poder volver a ingresar durante un período muy largo de tiempo, sumado al pago de una multa sideral, lo que equivalía a una prohibición de por vida para regresar. La maniobra consistía en simular la partida del individuo en cuestión, adulterando los registros oficiales. Esto costaba cien dólares, más barato que los ciento cincuenta o doscientos dólares de un pasaje aéreo, sin contar los gastos como alimentación, traslados, hospedaje, etc. La ganancia era dividida en dos mitades iguales. Una mitad para ellos y la otra mitad para quien llevase la documentación del turista en cuestión. Un punto que se encontraba fuera de discusión era que el extranjero a quien el plazo de estadía estaba próximo a vencer, no estuviese

siendo buscado ni que fuese fugitivo de la justicia o que tuviese antecedentes penales en ninguna parte del mundo. Así, comencé a vender pasajes IATA y a regularizar turistas en situación irregular con la ayuda de D.

Como yo ahora detentaba el monopolio de las regularizaciones, decidí que un valor justo serían doscientos dólares billete. Cien para él y cien para mí. Los irregulares hacían fila para dormir tranquilos y yo partía rumbo al aeropuerto internacional Galeão, con doce o quince pasaportes una vez a la semana. Al poco tiempo ya me había hecho conocido y dejaba mi auto en la puerta de embarque internacional, con las balizas prendidas, durante una hora, o más. Nadie iba a atreverse a increparme porque yo representaba la alegría de muchos. Del mismo modo bebía whiskys con el jefe y hasta entraba al free shop para comprar lo que quisiese. Así, a fin de mes obtenía unos cuatro o cinco mil dólares libres de gastos; además de los pequeños lucros que me proporcionaban la emisión de pasajes aéreos y de mi sueldo en el Perú Molhado y en el Jornal do Brasil. En poco tiempo cambié el viejo Opala por uno full modelo ’92, con solo 20.000 km. y compré una moto enduro. El Opala era la misma versión que la que utilizaba el Presidente de la República. Tarjetas de crédito Gold internacionales, viajes al exterior, buenos restaurantes, ropa, perfumes, vinos, mujeres, etc. La vida parecía retribuirme con retroactividad mis noches en vela en Manuelle. En 1998 hubo una amnistía, como solía ocurrir cada diez años, para

extranjeros en situación irregular. La lista era enorme. A tal punto que D. y un abogado amigo suyo llegaron a alquilar una oficina en las inmediaciones de la Plaza Mauá para poder atender a esa enorme cantidad de gente que buscaba una residencia legal en Brasil. Ambos no nos cansábamos de facturar billetes de cien dólares.

Poco tiempo después Tony nos invitaba a la inauguración de su pequeña mansión en la Ferradura. La lujosa casa contaba con piscina, jacuzzi, tres amplias suites con vista al mar, jardín y otros detalles burgueses.

Tony disfrutaba de la vida como siempre había soñado cambiando de novias por lo menos una vez por semana.

Una noche un italiano me pidió que le renovase la visa. Le dije que no habría inconveniente, desde que no tuviese antecedentes criminales. Así, llamé a mi contacto y este me dijo que esa semana no habría nadie conocido de turno en el aeropuerto; pero que sí habría alguien de confianza en las oficinas del Puerto de Rio de Janeiro a partir de la medianoche de ese día. Tomé el dinero, los pasaportes, mi S&W calibre 38, y salí rumbo al Puerto de Río. Llegué cerca de la una de la mañana. Me identifiqué en la garita de ingreso ante los marinos de la Capitanía dos Portos, quienes tomaron mis datos y, conforme me tenían en la lista de personas agendadas que ingresarían esa noche, me abrieron la barrera y entré. El puerto estaba oscuro y vacío con la excepción de algunos buques que

estaban amarrados, pero donde no se veía movimiento alguno a no ser por sus poderosas luces de mercurio. Algunas enormes ratas cruzaban frente a mi auto. No había un alma. Me inquieté. Estacioné y llamé a mi contacto. Su celular estaba apagado. Fumé unos dos cigarrillos y volvía a llamar. Apagado. Finalmente me entró una llamada. Era mi contacto. Me indicó que me apease del auto y que caminase en línea recta hacia un grupo de contenedores. La idea no me agradó, pero lo hice. Luego volvió a llamarme y me indicó que doblase a la izquierda. Lo hice. Finalmente vi un bulto en la osbcuridad. Me llamó por mi nombre y avancé. Me preguntó si estaba armado y le respondí que sí. Entonces me pidió que lo siguiera. Anduvimos unos doscientos metros por una dársena desierta. Entonces subimos una escalera y él sacó un manojo de llaves y abrió la puerta y encendió las luces fluorescentes. Nos vimos cara a cara. Prendió la computadora y poco a poco la pantalla cobró vida con un fondo verde. Era un sistema DOS. Me pidió el dinero y los pasaportes. Le entregué ambos. Entonces con la punta de su bolígrafo cambió la fecha del sello que estampaba los timbres en las hojas de los pasaportes y en las tarjetas de entrada/salida. Comenzó a observarlos uno por uno y a consultarlos en la computadora. Todo iba bien hasta que ingresó los datos del italiano.

La pantalla comenzó a titilar y una caja de diálogo increpaba con la leyenda Actitud a tomar. Una y otra vez. Los datos ingresados habían retornado la ficha de un ciudadano italiano cuyos nombres, apellido,

fecha de nacimiento y ciudad de nacimiento, coincidían con los más de seis pedidos de captura internacionales. El hombre me miró y me dijo:

—¿Me vas a decir que no sabías…?

—¿Saber qué? —le respondí.

—Que lo busca Interpol.

—No. No lo sabía.

—No me tomes por idiota. Esto te va a costar cinco mil dólares…Sabés muy bien. Le cobraste diez mil y a mí me querés arreglar con cien.

—¿Qué?

En ese instante percibí cómo para todo había un precio. Tal vez si se tratase de un asesino serial de niños el valor fuese de cien mil dólares o más; pero todo tenía un precio.

—No te hagas el estúpido —me dijo.

—No me hago el estúpido, pero tampoco me tomes por uno.

Sacó su arma casi al mismo tiempo que yo. En una fracción de segundo nos estábamos apuntando el uno al otro y mirándonos fijamente a los ojos.

—Si pestañeas te mato —me amenazó.

—No lo dudo, pero no te la vas a llevar de arriba… Entero a tu casa no volvés —le dije.

En ese momento golpearon a la puerta. Era personal de la Capitanía dos Portos que había visto la luz encendida y mi auto estacionado en el medio de la nada y fueron a ver si estaba todo bien.

—No hagas nada. Dame la plata y los pasaportes. Cancelá las visas que ya hiciste y acá no pasó nada. ¿Te parece? —le propuse.

El hombre respiró hondo y guardamos las armas lentamente. Me devolvió los pasaportes y el dinero, no sin antes estampar un sello con la inscripción “Nulo”, sobre las visas en las páginas de los pasaportes donde las había colocado y destruir las tarjetas que ya había ingresado en el sistema.

Abrió la puerta y los marinos entraron. Percibieron que no era una actividad normal, pero no dijeron nada y se retiraron.

Apreté el paso, llegué hasta mi auto y regresé a toda velocidad a la península; pero a mitad de camino una tupida niebla me hizo detenerme en una estación de servicio. Bebí unas cuantas latas de cerveza, me quité la corbata, me abrí el cuello de la camisa y continué. Cuando llegué eran las cinco de la mañana. Me dirigí a la casa donde estaba hospedado el italiano y casi derribo el portón metálico a golpes de puño. Finalmente abrieron la puerta y le dije que cuando le pregunté si debía algo él me había respondido que no.

Me había mentido y yo, gracias a esa mentira, casi no regreso. El italiano juraba que jamás había tenido problemas con la justicia. Le devolví su pasaporte, pero no el dinero. A pesar de haberle dicho lo que había pasado, el hombre juraba que no tenía antecedentes. Lo insulté, le dije que abandonara la península en el primer ómnibus y que no regresara jamás. Así lo hizo.

Al día siguiente D. me llamó. Le conté lo ocurrido y él me explicó que su compañero no estaba a la altura de las circunstancias y se disculpaba por ello; pero que el sistema había informado correctamente. Solo que se trataba de un homónimo. Esa mañana había sido capturado en otro país. Un hombre con los mismos nombres y apellido y nacido en la misma ciudad, el mismo día del mismo año. D. me dijo que me esperaba por la tarde para resolver todo. Le agradecí pero le dije que acababa de retirarme.

D. Volvió a llamarme algunas veces más. Siempre se había portado bien conmigo pero yo ya no quería volver a pasar por una situación semejante nunca más. Lo entendió y continuamos manteniendo contacto; pero siempre lejos de nuestros antiguos negocios.

Como no había podido dormir en toda la noche, pasé por el Perú Molhado y allí estaban Alan Câmara el paginador, diagramador y creador de arte del periódico y un tal Gilles. Un francés nacido en Vietnam, también hijo de franceses nacidos en la antigua Indochina.

Marcelo me puso al tanto.

—¿Supiste lo de Tony, el uruguayo de la Ferradura amigo de la polaca esta… Agnieszka?

—No.

—Ayer se resbaló en la bañera y se partió la cabeza con el pico de la canilla. Hoy la mucama lo encontró muerto en el baño. Partió…

—No puede ser. Ayer, antes de irme a Rio me crucé con él y nos saludamos…

—Sí, demente. Verdad. Se murió en el baño; solo.

La empatía con Gilles fue rápida y mutua. Salimos de la redacción y fuimos a tomar unas cervezas. Me hizo bien conocerlo. Tenía un gran sentido del humor y reímos mucho.

❖ ❖ ❖

Capítulo XXII

Quirópteros políticos

Ese año habría elecciones municipales en la península y eran muchos los candidatos que trataban de conseguir una silla en la legislatura local. Lo curioso era que no existía, en la mayoría de los casos, un proyecto, un plan por parte de los candidatos para tratar de seducir a los electores para que los votasen. La mayoría se limitaba a su espacio televisivo o radial donde decían más o menos lo siguiente:

"Soy el profesor Amilton. Voy a luchar por sus derechos para que tengamos más justicia social, mejor educación y un mejor futuro. Vote en mí: Profesor Amilton 39654".

O bien:

"Soy Tininha de las empanadas. Si me votan voy a traer bienestar, salud educación, alegría y justicia para todos. Vote en mí: Tininha de las empanadas 46.312".

Casi en la mayoría de los casos, si electos, los candidatos asumían sus cargos y se olvidaban por completo de sus promesas, y de sus orígenes, hasta que llegaban las próximas elecciones.

Algunos de los candidatos aparecían disfrazados de El Chapulín Colorado, o hasta de Batman.

Este es el caso que nos ocupa. Batman, como era conocido, era un peluquero de hombres que hacía años que tenía su pequeño salón en la península. Era alto y de hablar pausado. En una oportunidad la posibilidad de ser electo *vereador* (legislador mucipal), se hizo carne en él y se convirtió casi en una obsesión. Acudía a las reuniones del partido disfrazado de hombre murciélago; con máscara, baticinturón, capa, guantes y todo.

El se sentía una estrella y sus pocos fans creían estar ante un nuevo fenómeno mediático que, al menos, les cortaría el flequillo y les teñiría las canas, ya que poco y nada se sabía de su plataforma electoral, su preparación y mucho menos de su vida personal, ya que no se le conocía novia, ni esposa ni hijos. Notas en los periódicos, en la TV local y regional, no hacían sino promover gratuitamente al candidato quiróptero. Finalmente, cuando se anunció el cierre de campaña oficial. Batman concurrió al evento, siempre con su disfraz, y pronunció algunas palabras tratando de convencer a la multitud que apoyaba su partido político a que lo votase. Concluido el acto y ya con el cierre oficial de la propaganda política se organizó una caravana de automóviles donde los candidatos de ese partido pasearían por la península en vehículos descubiertos saludando a la multitud.

Batman iba sentado en la parte trasera de un buggy, orgulloso y sonriente, mientras su capa flameaba al viento. Todo iba de maravilla hasta que el viento cambió de dirección y su capa, en vez de flamear hacia atrás, se fue hacia adelante enganchándose en la rueda trasera del vehículo, al mejor estilo Isadora Duncan, derribándolo de espaldas al asfalto y provocándole un fuerte golpe en la cabeza y estrangulándolo; ante el estupor de los presentes que a los gritos cubrían los ojos de los niños o salían corriendo despavoridos, pretendían que la capa se librase sola de la rueda y le permitiesen nuevamente respirar al hombre murciélago, que comenzaba a ponerse de color azul violeta mientras agitaba sus brazos desesperadamente sin conseguir librarse de la capa de raso enrollada en la rueda.

Finalmente un carnicero salió de su carnicería esgrimiendo un enorme cuchillo y cortó la capa de raso azul oscuro de Batman, permitiéndole respirar nuevamente. Batman quedó internado en observación y no pudo concurrir a los comicios para votarse él mismo. Los casi mil votos obtenidos no alcanzaron para quedar bien posicionado en la interna del partido. Fue el fin de su carrera política.

Una tarde me encontré con Enzo Salvaterra en la playa de Geribá; Salvaterra era abogado. Pasaba largas temporadas en su casa de la playa antes de regresar a Rio de Janeiro. Hacía algunos años que se había instalado en la península. Había sido abogado de

Athanase Notopoulos, un simpático griego que tenía tres casas pegadas en el trébol de la Ferradura.

Notopoulos, un día viajó a Las Vegas y después de haber ganado una gran suma de dinero en el casino, fue encontrado muerto en su suite del hotel. Nos sentamos en un parador y pedimos unas papas fritas y cerveza. Me preguntó si sabía del lío en el que se había metido la socialite Lilibeth Figueiredo de Mello Dantas. Le respondí que no. Me contó que la mujer, una conocida socialite de Rio de varias décadas, se había divorciado hacía algunos años y que había cambiado su piso sobre la Avenida Vieira Souto y la Casa de Angra dos Reis, por una humilde choza en el Amazonas; junto a los indios Korubo, a quienes incluiría en su próximo libro de fotografías. Ella trabó amistad con un cacique y lo invitó a que viajase a la península a pasar un tiempo con ella. Lilibeth quería adquirir antiguos conocimientos sobre plantas y animales. El cacique aceptó. Fue en la época que Marcelo le hizo una nota en el periódico, cuando pusieron al cacique en la tapa —dijo Salvaterra.

Las cosas iban muy bien hasta que un día ella no tuvo mejor idea que ofrecerle caipiroska al cacique. Los indios no tienen incorporada la enzima inhibidora del alcohol como nosotros la tenemos hace decenas de miles de años. Ellos no. Yo ya había presenciado casos de individuos con estas características terminar en completo estado de ebriedad, después de haber bebido una única lata de cerveza. El cacique se emborrachó y forzó a Lilibeth a

mantener relaciones sexuales con él. La mujer salió corriendo despavorida y llamó a la policía. Pero la policía no puede intervenir en cuestiones indigenistas. Así, se comunicaron con la institución que vela por los asuntos indígenas y ellos no pudieron hacer absolutamente nada, porque según los códigos de la tribu, el cacique puede tomar la mujer que él desee. Lilibeth había desaparecido de la península y había colocado su casa en venta de lo que se ocupaba Enzo. Poco después llegó Gilles, que se nos unió.

Después de superar un grave accidente doméstico que sufriera al atravesar una puerta de vidrio cerrada, Gilles aún mantenía intacto su sentido del humor a pesar de cargar con algunas cicatrices en su cuerpo. A él debo haberme hecho probar la maravillosa salsa Nuoc Mam: una deliciosa salmuera de pescado típicamente vietnamita y también a él debo el haber conocido un poco más de la cultura de los habitantes de esa particular nación. Según leyendas vietnamitas, la historia del país data de hace más de 4000 años. Otras fuentes indican que la historia de su país no tiene más de 2700 años.

Gilles nos contó detalles culturales de sus habitantes como el secular uso de la electricidad estática y de las bombillas hechas artesanalmente por ellos en las montañas.

—En la parte más alta de las montañas hay mucha electricidad estática disponible —contaba— y los montañeses descubrieron como

hacer pequeñas bombillas de vidrio con un delgado filamento en su interior. Estas bombillas tienen una especie de antenas de cobre que captan la electricidad del aire, produciendo una tenue luz; comparable a la de una pequeña vela. Y gratis.

Tal vez lo que más me haya sorprendido de todo es la forma en que Gilles contaba que algunos individuos utilizan para matar.

Un rito secular consistía en entrenar una serpiente. Es necesario capturar una serpiente venenosa viva y colocarla en el interior de un tubo de bambú con una prenda, o parte de ella, de la víctima. Luego se procede a cerrar la otra extremidad del bambú para impedir que la serpiente salga. Entonces el bambú se calienta al fuego mientras se lo golpea repetidamente. Este procedimiento se repite varias veces. Ahora —me explicaba Gilles— al asesino solo le basta esconderse en algún tramo del camino por donde pase la víctima y a su paso soltar la serpiente. Esta olfateará el aire con su lengua y percibirá el olor asociado al tormento sufrido y a la prenda dentro del bambú. Así, se dirigirá con la velocidad del rayo a hincarle sus colmillos a la víctima inyectándole una dosis mortal de veneno.

Salvaterra y yo quedamos estupefactos. Aunque la más impresionante era la técnica de los bigotes del tigre. En esta técnica milenaria simplemente hay que picar en puntas dos o tres bigotes de tigre en pequeños pedacitos y mezclarlos con la comida de la víctima. Los bigotes de los tigres son de una tal dureza que siquiera

el potente ácido clorhídrico contenido en los jugos gástricos humanos consigue disolverlos. Así, estos diminutos y afilados bigotes perforaban el estómago de la víctima produciéndole importantes hemorragias en el estómago y una muerte dolorosa, en cuestión de horas.

❖ ❖ ❖

Capítulo XXIII

Crimen y castigo

Coline era una joven de Luxemburgo que había emigrado, casi, junto con su entonces esposo, Stijn Van Morgenstern. Al llegar a la península, atraído por otros migrantes amigos de larga data, Stijn se había sentido seducido por el lugar y pocos meses después le envió dinero a Coline para que fuese a su encuentro con el bebé de ambos. Stijn había cometido una estafa contra uno de los mayores bancos belgas obteniendo un crédito en forma ilegal por casi medio millón de dólares. Así, poco tiempo después la familia se había reunido nuevamente en la península. El tiempo fue transcurriendo y Stijn no

parecía haber cambiado. Su prontuario había sido creado cuando él tan solo contaba con catorce años de edad, con algunos hurtos menores y continuando con robos de autos, reducción de autopartes y su última temporada europea, culminaba con su estafa a la banca belga. El dinero y el espíritu delincuente que lo caracterizaban no tardaron en imponerse. Abandonó su familia después de tratar de urdir un plan para apoderarse de los ahorros de sus amigos que los escondían en la cisterna de la casa que alquilaban. Coline, cuando supo los planes de Stijn alertó a sus amigos, quienes cortaron todo tipo de vínculo con él. Así, Stijn abandonó la península dejando librados a su suerte a Coline y a su pequeño bebé. Stijn partió rumbo al Sur. Hacia Rio Grande do Sul, mientras Coline trataba de conseguir sustentar su bebé y a ella misma.

Ella era simpática y sencilla, ingenua y divertida, hacía amistad rápidamente con las personas que conocía. Así fue como una tarde de 1989, al bajar el sol de los últimos días de febrero conoció una pareja de belgas en el Canto Esquerdo de Geribá. Pronto comenzaron a conversar y rápidamente trabaron amistad, a tal punto que Anouk Van Leeuwen y su esposo Florian Vermeulen comenzaron a frecuentar la casa de Coline.

Florian y Anouk eran jóvenes que parecían amar la aventura y la vida, aunque desencantados de los canones y convenciones de la vieja Europa. Así, se habían embarcado en una nueva aventura donde el objetivo era establecerse en Brasil y recomenzar una nueva

vida allí. La amistad del grupo continuó al punto que se mudaron a la casa de Coline, donde la fiesta de comida y bebida parecía no tener fin. Todos los fines de semana Anouk y Florian iban hasta la ciudad de Rio de Janeiro donde iban a retirar dinero en la casa de un familiar en Copacabana. A su regreso la fiesta continuaba bajo el ingenuo beneplácito de Coline. Así continuaron durante algunos meses, hasta el mes de mayo de ese mismo año. Una mañana ambos partieron hacia Rio, como de costumbre; pero jamás regresaron. El amigo de la pareja le dijo a Coline que iba tras el rastro de sus amigos, preocupado por su ausencia. El tampoco regresó.

La noticia

Anouk Van Leeuwen y su esposo Florian en realidad eran los secuestradores del Primer Ministro belga Paul Emile François Henri Vanden Boeynants, conocido como P.V.B.

Boeynants había sido secuestrado por un grupo de cinco delincuentes el 14 de enero de 1989: Patrick Haemers, el jefe de la banda, (Florian Vermeulen) y su esposa Denise Tyack (Anouk Van Leeuwen).

En un incidente que aún es objeto de discusión, el primer ministro Vanden Boeynants había sido secuestrado por Haemers y su banda. Tres días después los criminales publicaron una nota en el periódico Le Soir, de Bruselas, exigiendo 30 millones de francos belgas que más tarde se transformarían en 60 millones de francos belgas (unos casi dos millones de dólares americanos, en la época), para pagar el rescate del primer ministro. Después de pagar el rescate el Boeynants fue liberado ileso un mes después, el 13 de febrero de 1989. Patrick Haemers era hijo de Liliane y Achille Haemers. Achille Haemers, era un próspero comerciante textil de Flandes Occidental. En los años 70, Patrick comenzó a disfrutar de la vida nocturna de Bruselas. Su hermano, Eric, era dueño de un pub llamado The Gypsies. Además de Haemers otros oscuros personajes relacionados con el submundo del hampa también eran clientes habituales del pub. Uno de los miembros del grupo llamado Basri Bajrami, tenía contactos con la mafia de…: Yugoslavia…

Lacroix, antes de unirse a la banda, era miembro de una organización delictiva que había robado bancos en Bélgica y Francia.

Haemers se hizo amigo de jóvenes delincuentes en la discoteca de su hermano. Thierry Smars, Philippe Lacroix y Jorgen y Axel Zeyen eran algunos de ellos; particularmente en el municipio belga de Sint-Lambrechts-Woluwe. Todos eran hijos de padres ricos que tenían tiempo libre y dinero en abundancia.

Haemers, el jefe de la banda, era Buscado en Bélgica por varios cargos criminales. Huyó a Brasil con su esposa pero fueron localizados debido a que él se dirigía semanalmente a un teléfono público ubicado en Copacabana, sobre la avenida Atlántica en la ciudad de Rio de Janeiro desde donde se comunicaba con un número en Bélgica. La Interpol había conseguido intervenir el teléfono con el que Haemers se comunicaba en Bélgica.

Así, con la triangulación del origen de la llamada y la ayuda de la Policía Federal do Brasil, consiguieron detenerlo, llevando la policía brasileña todo el crédito por la detención. Patrick Haemers, su esposa y otro miembro de la banda, fueron detenidos en la ciudad de Rio de Janeiro el 27 de mayo de 1989. Haemers fue extraditado a Bélgica y condenado. Al sufrir graves síntomas de abstinencia de drogas en prisión y después de que un traslado le impidiera unirse a una fuga con sus cómplices, Haemers con, entonces, cuarenta años de edad, aparentemente no podía hacer frente a la perspectiva de cumplir una larga condena, se ahorcó colgándose de un radiador de calefacción de 130 centímetros de altura en su celda de una cárcel belga en 1993. En un momento se lo consideró probable sospechoso de ser el gigante (a causa de su elevada estatura), de los asesinos de Brabante, pero a diferencia de los robos relativamente pequeños de la banda de Brabante, los crímenes de Haemers siempre tuvieron como objetivo recompensas de alto valor. Los asesinos de Brabante (en francés Les Tueurs du Brabant), también conocidos como la

banda de Nivelles, en neerlandés: Bende van Nijvel, fue un grupo de individuos que se cree fueron los responsables de una serie de violentos ataques de los que la mayoría fueron cometidos en la provincia de Brabante, en Bélgica, entre 1982 y 1985. Como consecuencia de esos ataques veintiocho personas murieron y cuarenta resultaron heridas. El caso se ha convertido en la ola de crímenes sin resolver más importante en la historia belga. Su viuda, Denise Tyack, pasó diecisiete años presa hasta que se le otorgó la libertad. En 2012 publicó su libro Ma Vie avec Patrick Haemers (Mi vida con Patrick Haemers) donde relata los años compartidos con él.

Stijn, por su parte, se radicó en el Sur de Brasil donde volvió a casarse, se bautizó como evangelista (Stijn era judío), y poco tiempo después murió de una enfermedad autoinmune sin poder jamás regresar a su país para no ser detenido, juzgado y condenado por la estafa cometida. Sus padres, ya octogenarios, debieron acudir a su encuentro pocos días antes de su muerte y pudieron participar de su funeral.

Mario Paz había cumplido con su sueño y el Gran Cine Bardot había sido inaugurado. En él aún se lleva a cabo el festival de cine todos los años.

❖ ❖ ❖

Armand Pegaitaz era suizo, heredero de una importante fortuna generada a partir de una empresa familiar destinada al cuidado de los pies. Sus productos aún pueden verse exhibidos en las principales farmacias y supermercados del mundo. Armand padecía de alguna enfermedad del tipo acromegálica y había conseguido un importante adelanto de su herencia de su abuelo, fundador de la empresa. Ese dinero, en su casi totalidad, lo había despilfarrado en excesos. El restante lo invirtió en un viaje a Indonesia donde, en aquella época, la moda de Bali hacía furor en Brasil. Era parte del nuevo mundo (que ya existía desde mucho antes del descubrimiento del verdadero nuevo mundo), que los brasileños acababan de descubrir. Así, las camisas de hombre estampadas a mano, las riñoneras bordadas, los pareos, las fundas para almohadones, y los cigarrillos Gudang Garam, invadían las atmósferas más vanguardistas con su inconfundible aroma dulce a clavo de olor. Armand comenzó a importar fruslerías de Indonesia y consiguió multiplicar su valor por diez o veinte veces, ante un público que conocía muy poco, o nada, del también colorido mundo que comenzaba al acabar de trasponer las fronteras. En poco tiempo se afianzó como un conocido y caprichoso importador; aunque él se autodenominase empresario. Su moto enduro circulaba a toda velocidad por las calles de la península, siempre conducida por él, con un cigarrillo Marlboro en la boca y una riñonera cruzada en el pecho.

Buenavida había venido a verme para comprar un pasaje a Montevideo. Iba a hacerse un chequeo completo porque tenía una molestia en el pecho. Le vendí el pasaje y me pagó en el acto. Un joven desaliñado y desgarbado lo acompañaba.

—Te presento a Pil —me dijo Buenavida.

—Hola Pil —lo saludé— ¿por qué Pil…?

Buenavida se adelantó a responder:

—Porque es una piltrafa, por eso Pil. No llega a los veintiséis y no sirve para nada. Es una piltrafa humana. Una porquería…

No pretendo justificar el discurso de Buenavida, pero de hecho sí, Pil no era un individuo limpio ni en pleno uso de sus facultades mentales ni con capacidad para tomar decisiones útiles. Pocos años después Pil regresó a Argentina donde se desempeñó como agente de aduanas en el Aeroparque Jorge Newbery.

Armand entró y pidió hablar conmigo. Me dijo que había hecho una enorme compra en Bali y que debía pasar a buscar dinero por Ginebra, antes de dirigirse a Indonesia para acompañar el embarque de sus containers. En definitiva quería un pasaje Rio-Madrid-Rio, una vez que llegando a Madrid iría con una amiga suya hasta Ginebra; desde donde seguiría su viaje hasta Bali. Allí despacharía su mercadería y regresaría a Madrid y a Rio; donde al llegar me pagaría los mil doscientos dólares del pasaje más los ciento veinte dólares

del traslado desde la península hasta el aeropuerto de Galeão. Le emití el pasaje y Armand partió en uno de mis autos, con Josué como chofer, hasta el aeropuerto.

Al regresar Josué me dijo que Armand le había pedido desviarse hacia Copacabana para buscar una mujer que se habría sumado al viaje junto con él. Después de reprenderlo, puesto que no debía desviarse de su hoja de ruta sin pedirme autorización y de recibir sus disculpas y la promesa de que esto no sucedería nuevamente, Josué me contó que la mujer parecía una prostituta, montada sobre lo alto de zapatos con enormes plataformas. Pasada una semana más del tiempo que Armand me dijo que demoraría en regresar, y honrar su deuda, comencé a inquietarme. Sus conocidos y empleados no tenían noticias de él. A través de mis contactos en la línea aérea conseguí descubrir que el pasaje de la mujer que había embarcado con él había sido pagado por Armand, con una tarjeta de crédito a su nombre. La compra había sido hecha en una agencia de viajes de Copacabana. Tomé la guía Pan Rotas e identifiqué la agencia. Al comunicarme con el dueño, este me informó que Armand había comprado dos pasajes y no uno. El otro estaba a nombre de un ciudadano francés que conocía porque vivía en la península. De este último pasaje faltaba abonar el cincuenta por ciento que, igual que a mí, Armand le había prometido honrar en el plazo máximo de hacía ya diez días. Entonces al día siguiente el dueño de la agencia me llamó por teléfono y me pidió señal de fax. Poco a poco fue surgiendo

el facsímil de un recorte de diario de El País, de España. En el espacio de una columna por unos doce centímetros de alto, se explicaba la ausencia de Armand, la mujer y el francés. Los tres habían sido detenidos en el aeropuerto de Barajas al tentar ingresar al país traficando dos kilos de cocaína de alta pureza. En las plataformas de los zapatos de la mujer se encontraba la mayor parte del contrabando.

Los tres se encontraban detenidos por delitos contra la salud pública, esperando sus respectivos juicios. Fueron condenados a tres años de prisión efectiva cada uno. Armand regresó al cabo de cumplir su condena pero jamás honró su deuda conmigo. Actualmente tiene un parador en una playa de Bahía.

Poco tiempo después Jean Luc y Florence tuvieron que entregar La France ya que el alquiler había aumentado mucho y la época era otra. Florance regresó a Francia para realizarse una cirugía. Luiza, la amante de Jean luc, había filmado una película pornográfica y parecía haber descubierto su verdadera vocación al seguir rumbo a Rumania con el dueño de la productora de filmes. Jean Luc ya no era joven. Estaba solo y sin trabajo a pesar de jamás haber perdido su charme característico. Las importantes sumas de dinero ganado honestamente habían sido despilfarradas en placeres mundanos y con la muerte de su hijo Ives, él ya no tenía a nadie a no ser por algunos comerciantes que lo alquilaban como se puede exhibir una reliquia. Todo esto hizo que Jean Luc tomase una pésima

determinación. Trató de contrabandear droga a Italia y fue arrestado en el aeropuerto de Fumicino minutos después de haber desembarcado. Pasó cinco años en prisión. Finalmente aprendió la lección y aún vive en la península.

❖ ❖ ❖

Capítulo XXIV

La muerte y la doncella

Liliana era hija de la península; de la tierra, como frecuentemente se autoproclamaba con orgullo la gente que había nacido en ella. Era la hija menor de una familia tradicional, originalmente constituida por pescadores. Era pequeña, rubia, de ojos verdes que enmarcaban un rostro dulce; como ella. De sonrisa franca y delicada y hablar pausado y cordial; ingenua y pura. Desde que la conocí siempre me atrajo. Durante largo tiempo me pregunté dónde estaba puesto que cruzarse en la península era inevitable y hacía bastante tiempo que

nuestros caminos no se cruzaban. Una de esas noches la encontré en un bar de la Calle de las lajas en un estado lamentable, justamente cuando un conocido personaje de la fauna local que era hijo de quien fuera uno de los hombres de máxima confianza de Juan Domingo Perón, estaba comenzando a propasarse con ella en público, aprovechándose de su estado. Liliana estaba aturdida, inerte. Hablaba con dificultad y su discurso no era coherente. La tomé por el brazo, la llevé hasta la calle y le pregunté:

—¿Qué te pasa, Liliana?

—Nada. ¿Por qué?

—Estás rara. —le dije preocupado— ¿qué tomaste?

—Estoy bien. No te preocupes. Además ahora estoy acompañada por un hombre bello —sonrió tambaleándose.

Salimos del bar y fuimos caminando por la calle desierta hasta el espigón. Allí nos sentamos y le ofrecí un cigarrillo. Permanecimos en silencio. El humo subía verticalmente en la madrugada sin viento.

Poco después Liliana recuperó un poco su coherencia y comenzó a hablar; me contó el porqué de su estado. Desilusionada por un amor no correspondido, había comenzado a tomar antidepresivos por prescripción de un mal médico y había terminado por crear una fuerte dependencia a ellos. Con el tiempo su organismo había desarrollado tolerancia y los medicamentos ya no le

hacían el mismo efecto que al principio. También, si dejaba de tomarlos padecía la abstinencia. Hacía tiempo había comenzado a combinar las pastillas con alcohol; para aumentar su efecto.

Finalmente, esa noche, Liliana se había abierto conmigo como hacía tanto tiempo necesitaba hacerlo con alguien. Conversamos durante horas sentados en el muelle de la Armação. La luna se escondió. El canto de las cigarras anunciaba el inicio de una jornada tórrida. Acompañé a Liliana hasta su departamento en la mitad de la ladera de una colina. Quedaba en un condominio familiar en escalera, subiendo la ladera del morro, frente al mar de la Armação. Ella, tímidamente, me invitó a subir y acepté. El departamento tenía una vista maravillosa y estaba arreglado en forma modesta, como ella; pero con muy buen gusto. Ella preparó café y tostadas. Desayunamos y pasamos una hermosa mañana. Nos despedimos con la promesa de volver a encontrarnos esa tarde. Yo había invitado a Liliana para almorzar en el parador de la playa de la Ferradura de Michel Lacour, un marroquí de Casablanca que había jugado al básquet con Bob Zagury en Casablanca y había ayudado a cazar militares alemanes que trataban de alcanzar la frontera Suiza, al final de la Segunda Guerra. En ocasiones contaba que capturaban a un soldado alemán y le decían que sería fusilado al alba; lo que no hacían. Finalmente terminaban por entregarlo a los rusos o a los americanos después de hostigarlo durante diez días con la misma amenaza. Amargamente recordaba cuando los tanques Panzer

trataban de pasar a través de un estrecho callejón de algún ignoto poblado de la campiña francesa y al no comportar el diámetro de la calle el ancho del tanque, entonces cañoneaban el obstáculo, entre carcajadas sarcásticas y total desprecio por la condición humana de los franceses. Michel era un caballero. Había trabajado toda su vida con la verdadera gastronomía y era un maestro en ese arte. Se había encariñado por mí como lo hubiese hecho por un hijo varón, si lo hubiese tenido. También aprendí a quererlo como a un padre. Las aguas de la Ferradura eran claras, calmas y frías. Ocasionalmente algunas traineras pernoctaban en la pequeña ensenada; al abrigo del oleaje del bravo mar abierto; el lugar constituía un espléndido refugio para las embarcaciones cuando los vientos del sudoeste hacían rugir con furia las olas que estallaban contra las rocas; al pie de los acantilados. Ese día había muy poca gente en la playa, corría el mes de junio y el tibio sol del invierno pintaba los cuerpos de un único grupo de turistas, de cincuenta o sesenta años. Se reían con estrépito, gordos y rosados, se parecía más a un grupo de elefantes marinos que a personas. Liliana llegó a la hora combinada. Bebimos una cerveza en la playa y nos sentamos a una mesa, a la sombra de un almendro. Ella me confesó que era su primera salida en mucho tiempo y que estaba contenta de haber aceptado mi invitación. Pedí un lenguado con hierbas a la parrilla y otra cerveza. Liliana estaba de buen humor y me invitó para que la acompañase a darnos una zambullida. Ambos nos quedamos en traje de baño. Recorrimos

calmamente los escasos quince metros que nos separaban del agua y Liliana tomó coraje, corrió y se zambulló. Yo fui más cauto y vi que la temperatura del agua no era de mi agrado. Me mojé los pies y me quedé en la orilla contemplándola.

—Vení, el agua está deliciosa —me llamó agitando su brazo.

—Está fría para mi gusto —respondí— me quedo en la arena.

—Como quieras…

Fui hasta el enorme flamboyán y corte una bella flor roja. Regresé, bajé los escalones y me senté en la arena a esperarla; cuando regresó, le entregué la flor. Liliana me agradeció con un cariñoso beso en la mejilla. Nos sentamos al sol y pasamos el resto de la tarde conversando, fumando y bebiendo cerveza. Los otros paradores comenzaron a cerrar. Una kombi vino por los turistas que subían en fila india y se acomodaban en su interior. El sol fue cayendo y partimos. Anduvimos el serpenteante camino de regreso entre sombras y esporádicas luces de mercurio que creaban un universo de siluetas a contraluz. Quedamos en encontrarnos esa misma noche después de un buen baño y sellamos el encuentro con un beso. Algunas pocas horas después yo llamaba a la puerta del apartamento de Liliana. Ella abrió y me invitó a entrar. Reconocí la flor que le diera en la playa, ahora en una copa con agua sobre la mesada que separaba la cocina americana del living. Liliana estaba radiante. El color que el sol le había dado esa tarde no hacía sino embellecerla.

Tenía puesto un vestido negro largo, escotado, y se veía alegre y jovial. Llena de sensualidad, vida y amor para darme. Así lo hizo; generosa y pasionalmente. De este modo comenzamos a vernos a diario, compartiendo atardeceres y noches de pasión. Siempre reíamos y disfrutábamos los majestuosos atardeceres desde la pequeña terraza de su departamento. Los dos éramos felices y nos hacíamos bien.

Una de esas tardes me dijo:

—¿Sabés qué me gustaría —me dijo mirándome a los ojos?

—¿Qué?

—Pasar todos los atardeceres del mundo contemplándolos de la mano, contigo.

—A mí también.

Así pasamos varias semanas comiendo, bebiendo y dándonos cariño. Un cariño que nos lavaba el alma a ambos y nos fortalecía cada mañana, cuando ella salía a la pequeña terraza para colocar agua con azúcar para los colibríes que se disputaban por sorberla a lo largo del día.

Ella había dejado de consumir sus pastillas y se veía llena de salud y de amor. Rebozante de vida y felicidad.

Una de esas noches decidimos salir para beber unas cervezas en un pequeño bar frente a la plaza Santos Dumont. Al promediar la segunda cerveza percibí que la mujer que estaba frente a mí ya no era la misma Liliana de hacía unas pocas horas.

Evidentemente, a escondidas, había vuelto a tomar sus pastillas en algún momento. Liliana quería beber más y más. Traté, en vano, de impedirla. Entonces sin más, se tornó agresiva; se levantó de su asiento y partió. La vi atravesar la plaza en diagonal hacia la Travessa dos Pescadores. Inmediatamente pedí la cuenta; los empleados estaban mirando televisión; entré con el dinero en la mano. El empleado me dijo que no tenía cambio. Dejé el dinero sobre el mostrador. Dije que regresaría después por el vuelto. Salí agitado tras sus pasos y recorrí el centro varias veces buscándola. No la encontré. Recorrí los pequeños bares pero todavía estaban vacíos. Ni una única pista de Liliana. Fui hasta su apartamento. Todo estaba oscuro. Después al muelle. Volví a los pequeños bares. Continuaban vacíos. Tuve un mal presagio. Me fui a dormir aunque no conseguí hacerlo. Volví para buscarla una vez más. Al día siguiente fui a la Ferradura. La playa estaba desierta. La mañana amaneció nublada. Entonces un buggy se detuvo y bajó Maneca, un joven hijo de pescadores; su hermana lo acompañaba. Ellos sabían que nos habían visto juntos en los últimos días. Maneca me preguntó dónde estaba Liliana y le respondí que no sabía. Entonces comenzó a amenazarme arrogándose la potestad de hacer justicia con sus propias manos;

culpándome de su desaparecimiento puesto que no había regresado a su casa. Entonces su hermana lo contuvo y lo condujo de regreso al buggy. Tomé mi auto y me dirigí hasta la delegacía[36]de policía civil. Allí hice una exposición de lo ocurrido ante el Inspector Julio Motta. Yo ya lo conocía puesto que en una oportunidad habíamos conversado en Manuelle. El inspector era un hombre blanco, bajo y contextura delgada. Su rostro lucía un tupido bigote que certificaba su condición de policía. Era un hombre humano, educado y de buen corazón y respondí algunas preguntas. Entonces sonó el teléfono y el inspector Julio levantó el tubo y respondió.

—¡Delegacía…! ¿Dónde? ¿Armação? Vamos para allá y que nadie toque nada.

Se acercó a mí y me ofreció un cigarrillo y un café. Acepté ambos. Julio colocó una pierna sobre una silla y se dirigió a mí en forma paternal.

—Gringo: tengo una muy mala noticia…

Me preguntó si estaría dispuesto a acompañarlo para ver si el cuerpo que habían acabado de encontrar en la playa era el de Liliana. Le dije que sí y salimos.

Al llegar el mar estaba calmo y Liliana estaba muerta; junto a ella yacía una parte mía que también había muerto con ella. Su cuerpo había sido encontrado en la Playa de la Armação, ahogada en poco

[36] **Delegacía de Policia Civil**: Equivalentes a las Comisarías.

menos de treinta centímetros de profundidad. A su lado un flamboyant rojo se mecía en el agua acariciando su rostro.

❖ ❖ ❖

Capítulo XXV

Epílogo

Ya habían pasado varios años desde que había llegado a la península. Había visto mucho; entre cosas y personas y había presenciado demasiados eventos. La muerte de Liliana me había dejado completamente arrasado. Mi sonrisa no era la misma y raramente reía de buena gana. Cada vez eran menos las cosas que me proporcionaban verdadero placer. No quería salir, ni ver gente, ni cocinar ni nada. Ya no le encontraba sentido al transcurrir de mi existencia en ese lugar. Ya no más. Permanecer allí era carente de todo y cualquier sentido. Algunos cabellos blancos comenzaban a anunciarme que ya no tenía más veintitrés años, como cuando llegara a la península. Además, el lugar había cambiado y yo había cambiado. La distancia entre el lugar y yo ahora se hacía verdaderamente insalvable. Era como una embarcación que se

alejaba cada vez más y resultaba inútil cualquier tipo de esfuerzo, o sacrificio, para tratar de alcanzarla. En el fondo yo sabía que esto un día iba a ocurrir.

❖ ❖ ❖

Emanuelle consiguió vender su emprendimiento en un abultado número de siete cifras en dólares. Su exmarido y socio comenzó a ostentar el dinero obtenido de su parte de la venta. Fue asesinado al resistirse al robo de su reluciente camioneta nueva. Tiempo después Emanuelle sufrió un grave ACV. Ella aún deambula a paso vivo por las calles de la península, sin rumbo fijo y sin reconocer a nadie.

De Pixote y de Papai, nunca más se supo.

Brown se convirtió en un próspero empresario local.

Héctor, (o Pino, o Cesar Alejandro Enciso) había contraído HIV y fue detenido por Interpol en el bohemio barrio de Santa Teresa, en Rio de Janeiro, acusado de haber cometido crímenes de Lesa Humanidad. Extraditado, juzgado y condenado por la justicia argentina, murió de cáncer al hígado en una cárcel argentina algunos años más tarde.

Aníbal Fernando nos dejó unos años después con su salud ya muy debilitada.

Marcelo Lartigue lo siguió después de aparecer en el libro Guiness de records por haber impreso el periódico más grande del mundo; falleció luego de un segundo infarto en el quirófano, mientras era sometido a un transplante de hígado.

El cuerpo de Itzaak fue encontrado sin vida en la playa de Geribá.

Montrell falleció en Paris de causas naturales.

O Perú Molhado había dejado de circular, después de treinta y tres años ininterruptos.

Josué continúa recordándome y me saluda con afecto todos los años, donde fuere que me encuentre, repitiendo incansablemente que me considera, y que siempre lo hará, como parte de su familia.

Günther continúa perdiendo la cordura y pasa sus días bebiendo amargado, a bordo de su goleta.

Gugú feneció de viejo.

Coline abandonó este mundo a los cincuenta y cinco años, como consecuencia de una penosa enfermedad.

Reynaldo Mariani terminó sus días en la casa de una vieja amiga, en la Patagonia Argentina, como consecuencia de su ya

avanzada edad y delicada salud, agravados por el alcohol, en la ciudad de Zapala, Provincia de Neuquén.

Kaiser perdió su lucha contra el cáncer de garganta.

El inspector Júlio Motta dejó este mundo víctima de un infarto de miocardio fulminante.

Buenavida partió mientras dormía, en Montevideo.

Flavia aún frecuenta la península durante los fines de semana y los feriados.

Shimon compró una enorme hacienda en el norte de Brasil y multiplicó su dinero innúmeras veces.

De Jorge, lo último que supe es que aún estaba en Rio de Janeiro.

Florence debió realizarse diversas cirugías y vive en Paris.

La tumba de Liliana se encuentra en lo alto del cementerio de Sant'Ana, desde donde se domina el lado norte de la península y casi todo el horizonte. Descansa en un lugar apacible y bello, donde es visitada diariamente por aves que trinan, juegan y revolotean sobre su lápida; principalmente colibríes. Y desde donde puede contemplarse el ocaso en toda su magnificencia con las montañas recortando el cielo con sus siluetas. Con frecuencia un gran manto

de flores de flamboyán rojas baña su túmulo hasta cubrirla por completo.

Abandoné la península una tarde cualquiera con la intención de no regresar jamás.

Cuando alguien aún me pregunta:

—¿Cuántos años has pasado en la península?

Mi respuesta es siempre la misma:

—Demasiados…

FIN

INDICE

Capítulo I
Encuentro mortal**.....Pag. 6**

Capítulo II
El viaje.....**Pag. 9**

Capítulo III
Charla con el diablo.....**Pag. 15**

Capítulo IV
El paraíso.....**Pag. 25**

Capítulo V
La France.....**Pag. 32**

Capítulo VI
Manuelle.....**Pag. 56**

Capítulo VII
Vivir en el paraíso.....**Pag. 55**

Capítulo VIII
Un holandés llamado Alvaro Serafim.....**Pag. 65**

Capítulo IX
Achim.....**Pag. 70**

Capítulo X
La noche.....**Pag. 77**

Capítulo XI
Rojo y blanco.....**Pag. 93**

Capítulo XII
La venganza.....**Pag. 104**

Capítulo XIII

Comezón.....**Pag. 112**

Capítulo XIV
Olor a pólvora.....**Pag. 121**

Capítulo XV
El ángel de la muerte.....**Pag 133**

Capítulo XVI
Olor a pólvora.....**Pag. 138**

Capítulo XVII
El fuego purificador.....**Pag. 147**

Capítulo XVIII
El crimen.....**Pag. 154**

Capítulo XIX
El fuego purificador.....**Pag. 157**

Capítulo XX
La influencia de la guerra.....**Pag. 169**

Capítulo XXI
El estallido de la burbuja.....**Pag.178**

Capítulo XXII
Política y quirópteros.....**Pag. 190**

Capítulo XXIII
Crimen y castigo.....**Pag. 196**

Capítulo XXIV
La muerte y la doncella.....**.....Pag. 205**

Capítulo XXV

Epílogo**.....Pag. 212**